NOCTUARIO

THOMAS LIGOTTI

Lectulandia

Noctuario es una colección de relatos que se agrupan en tres partes: «Estudios de sombra», «Discurso sobre la negrura», y «Cuaderno de la noche». Las historias reunidas en este «diario nocturno», cuya escritura es tan minuciosa y cuidada como tenebroso y sutil es el pálpito que las anima, nos introducen en un universo ominoso y desquiciado, poblado de sueños malsanos, de muñecas siniestras y extraños artilugios, de mentes hipersensibles y enfermizas. Todos estos fantasmas que conforman el extraño mundo de Thomas Ligotti se mueven entre la luz y la sombra, el sueño y la vigilia, lo Real y lo Irreal. Así pues, *Noctuario* es una crónica de las Tinieblas, una indagación narrativa sobre la esencia misma del terror, que cuestiona los cimientos sobre los que se asienta la realidad y la razón.

Lectulandia

Thomas Ligotti

Noctuario

(Relatos extraños y terroríficos)

ePub r1.3
Titivillus 02.06.15

Título original: *Noctuary*
Thomas Ligotti, 1994
Traducción: Varios

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Dave y Leona

Prólogo: Pasos en la oscuridad

Un atisbo al horror según Thomas Ligotti

I

HAY pocas cosas más inquietantes, irritantes y, al mismo tiempo, fascinantes, que andar en la oscuridad. En la más completa oscuridad. Esa que, en realidad, no existe, pues hasta en la más aparentemente honda negrura, nuestros ojos se empeñan en atisbar formas y contornos, volúmenes que, quizá, no estén ahí, pero nuestra mente finge reconocer, como anclajes que nos impiden hundirnos definitivamente en la locura de la nada.

Una noche cualquiera, durante una estancia solitaria en la habitación de un hotel, no importa el motivo, despertamos en la madrugada, en medio de la oscuridad. Una oscuridad desconocida, que nada tiene que ver con la de nuestra casa, cuya geografía está grabada en nuestro cerebro por la cotidianeidad de la existencia diaria. De repente, bajamos de la cama, poniendo inseguros los pies en el suelo y, al echar a andar, tropezamos con un obstáculo sólido y brutal. ¿Una pared? ¿Un muro? ¿Un acantilado? Sin embargo, juraríamos que hemos bajado por el lado correcto de la cama, aquel que daba en dirección a la puerta de la habitación, a varios metros de la misma… Pero ¿por qué ahora no hay espacio a nuestro alrededor? ¿Qué es esto? ¿Una ventana? ¿La puerta del baño? ¿Una trampa? Nuestra mano se dirige, frenética, hacia donde el recuerdo le dicta que se encuentra la llave de la luz… En lugar de un interruptor, tocamos algo húmedo, fofo, blando. ¿Telarañas? ¿Una cortina empapada? ¿Un… animal? Nada tiene sentido, la orientación nos ha abandonado por completo. Flotamos inseguros en la oscuridad, nos tiemblan las piernas, tropezamos con nuestros propios pies. Sentimos miedo, sí. Pero también una excitación sin límite. Nos encontramos, al fin, con lo Desconocido. Se disparan las endorfinas, los nervios explotan en mil venas de color y vemos *hacia dentro*. Es el momento definitivo de la Revelación. Estamos solos como nunca antes, ni siquiera en el vientre materno. Solos ante la Realidad en su esencia pura… Entonces, la mano tropieza finalmente con la llave de la luz y un blanco resplandor ilumina la habitación, la vulgar y sencilla habitación de un hotel cualquiera en una ciudad cualquiera. Nos reímos de nosotros mismos, respiramos tranquilos pensando que por fin hemos vuelto a la realidad,

escapando al engaño de los sentidos. Aunque también nos sentimos un poco decepcionados. Por un instante, a través del miedo y del vacío, habíamos creído descubrir el mundo tal como era, antes de que se hiciera la luz. El mundo en su esencia… Pero era sólo una ilusión. ¿O no? Quizá la ilusión sea esta exigua habitación con su cama, su mesilla, su televisión y su teléfono, que instantes antes no existían, mientras la oscuridad lo era todo, en sí y para sí. ¿Cómo saberlo?

Este miedo, esta excitación, esta fascinación, preñados de peligro pero también de perverso placer, que siente nuestro yo al dar apenas unos pasos en la oscuridad, lejos de la celosa vigilancia maternal de la realidad cotidiana, son los mismos que despiertan los relatos de Thomas Ligotti. Sin duda alguna el maestro absoluto de lo extraño y lo fantástico en la literatura actual.

II

Existen muchas tendencias, modos y modas en la literatura sobrenatural, fantástica y de terror. No son sólo cosa de hoy. Siempre hubo autores que escribieron fantasías para un público masivo y popular, atendiendo a los miedos y necesidades del momento, mientras otros lo hicieron impulsados ante todo por una sensibilidad singular, necesitada de expresión, aunque no tuviera un lector objetivo al que dirigirse, al menos en apariencia. También hay quienes intentan conciliar ambas directrices, con mayor o menor éxito. No se trata de establecer comparaciones o jerarquías del gusto. En cierto modo, en lo que a literatura fantástica se refiere, se trata más bien de que el lector encuentre a su autor, antes que a la inversa.

En un universo consumadamente consumista como el nuestro, la producción en masa y en serie de obras —e incluso de autores— que encajen perfectamente con las necesidades de un tipo —o tipos— de lector concreto está tan estudiada, elaborada y perfeccionada que resulta imposible escapar a ella. Salvo por el hecho de que, la mayoría de las veces, esas obras y autores acaban por saturar nuestros sentidos, nuestro gusto, en ocasiones mucho antes de lo esperado, precisamente porque encajan demasiado bien con nosotros. Están hechos a medida. Así, los vampiros, zombis, fantasmas y psicópatas de la mayor parte de la literatura de horror actual —por no hablar de los dragones, elfos y caballeros del *fantasy*— están tan integrados en nuestro propio mundo que han dejado de ser criaturas asustantes, apenas siquiera fantásticas, para convertirse en compañeros de viaje más o menos molestos o divertidos, con poco o ningún derecho a formar parte de nuestras verdaderas

pesadillas, sueños y deseos. El mundo del fantaterror actual, hinchado de corrección política, comentario social y personajes «humanos», procura a veces algunos placeres, pero raramente el placer del miedo, de lo extraño, de lo perverso. No se trata, como algunos agoreros predijeron, de que la sangre y las vísceras lo agoten, sino de que esta sangre y estas vísceras están tan claramente prefabricadas, tan perfectamente diseñadas, que en lugar de provocar revulsión, en lugar de conmover nuestra conciencia, la adormecen, la acunan en una falsa sensación de seguridad. El «bien» siempre triunfa, incluso cuando lo hace el «mal», ya que éste ha sido completamente domesticado a través de arquetipos devenidos lugares comunes de una mitología cotidiana descafeinada, reificados como bienes de consumo para minorías aparentemente selectas —tribus urbanas y modernos de diverso pelaje—, o para mayorías biempensantes —lectores de *bestsellers* prestigiados por suplementos dominicales— que, a la larga, se unen en un sólido mercado casi indistinguible (el joven *gothic* que lee *Crepúsculo*… mientras su madre ya va por el tercero de la saga).

Por ello, encontrar el genuino *frisson* de lo extraño, de la *otredad*, el desconcertante, embriagador e irritante picor del miedo, un miedo sin excusas, sin recurrencia a lo banal, un miedo no actual, sino eterno, es tan difícil… Por ello, Thomas Ligotti es tan necesario. Tanto que, de no existir, tendríamos que haberlo inventado. De hecho, a veces tengo la impresión de que Ligotti no existe, sino que es un personaje surgido, por algún perverso e imposible desdoblarse de la realidad, de sus propias obras, en partenogénesis —o autogénesis— obscena. En cualquier caso, su existencia, de la que son prueba innegable los relatos recogidos en este libro, resulta asombrosa en un panorama como el nuestro. Fenómeno *forteano* por derecho propio, Thomas Ligotti pertenece a esa estirpe en vías de extinción a la que nos referimos más arriba: los autores que se ven impelidos por una profunda necesidad personal, por una convicción que va más allá y más acá de las fuerzas de lo consciente, a escribir acerca de lo que no puede ser descrito, a desvelar hasta el extremo de lo posible aquello que es imposible desvelar. En definitiva, a plasmar literariamente el abismo que nos mira y se repite hasta el infinito en nuestras pupilas asombradas, sin darnos tregua ni descanso. Thomas Ligotti es un escritor de ficción sobrenatural y extraña sin excusas ni condiciones, sin necesidad de éxito y con el éxito asegurado por ello. Descendiente en línea directa de Edgar Allan Poe y Howard Phillips Lovecraft, con quienes compone la insana, justa y necesaria Trinidad de la Literatura Fantástica y Extraña Moderna.

Aquellos que piensen que exagero, no tienen más que saltar estas páginas y pasar directamente al *Noctuario* para comprobarlo por sí mismos. En los relatos aquí incluidos se hace absolutamente evidente el genio peculiar de Ligotti. Un autor obsesivo y obsesionado, con una prosa exquisita, detallista y compleja, no siempre fácil de seguir, exigente e incluso a veces irritante, pero por todo ello dotada también del arte único de crear auténtica inquietud. De recuperar el desasosiego que nos produjeron aquellos grandes clásicos del género gótico y sobrenatural del pasado… O

que nos puede producir dar unos pocos pasos en la oscuridad.

III

Durante años, Thomas Ligotti ha sido una figura oscura, casi mítica, del panorama de la ficción fantástica. Tanto que incluso algunos llegaron a dudar, antes que nosotros, de su existencia, como hiciera la propia Poppy Z. Brite, con humor cómplice, en su prólogo a *La fábrica de pesadillas*, colección de relatos de Ligotti publicada en 1996, y hasta ahora único libro de su autor aparecido en España —en una edición irregular y ya agotada de la editorial La Factoría de Ideas—. Sin embargo, es bien sabido que nació en 1953 en Detroit, dedicándose profesionalmente a la labor de editor literario para una importante compañía de publicaciones estadounidense. Desde los primeros años 80 empezó también a publicar relatos fantásticos en diversas revistas y *fanzines* de tirada limitada, entre ellos el muy prestigioso *Grimoire*. A comienzos de la década siguiente, las primeras recopilaciones de sus relatos, *Noctuario* (1994) y la citada *La fábrica de pesadillas*, dieron a conocer su nombre entre un cada vez más amplio sector de aficionados al género, consiguiendo con la segunda el famoso Premio Stoker a la mejor colección de relatos, galardón que obtendría en otras dos ocasiones, en la categoría de mejor relato largo, con «The Red Tower» (1996), y con la novela corta *My Work Is Not Yet Done* (2002), que conquistaría algún premio más.

Sin prisa pero sin pausa, el culto a Ligotti ha ido creciendo poco a poco en la sombra, como los hongos, y, como las de éstos, sus cualidades alucinógenas han entusiasmado a expertos y amantes de lo fantástico siniestro como Ramsey Campbell, S. T. Joshi, la citada Poppy Z. Brite o Adam Nevill, entre otros muchos. Poeta y colaborador también del mítico grupo de rock experimental y *avant garde* Current 93, creado por el *crowleyano* David Tibet, su obra más reciente es un ensayo filosófico titulado significativamente *The Conspiracy Against the Human Race* (2010), donde expone sus ideas no sólo sobre la ficción sobrenatural y fantástica, sino también sobre la propia condición humana. Algo que, en definitiva, está constantemente presente en sus relatos de ficción, que algunos han llegado a calificar como «terror filosófico», sea esto lo que sea. Reticente y poco dado a la publicidad, Ligotti afirma pasar la mayor parte del tiempo que no dedica a su trabajo profesional o a la escritura viendo telebasura en casa, y hasta hace unos años apenas había concedido entrevista alguna.

Nada más natural, como comprenderá el lector tras sobrevivir a su *Noctuario*.

Gracias al propio autor hemos sabido que sufrió durante años de profunda depresión, evitando prácticamente todo contacto humano, superándola finalmente en parte, muy probablemente, gracias al ejercicio de la literatura. Aunque no sea, obviamente, condición estrictamente necesaria para ser buen escritor de horror, no cabe duda de que una vida y una personalidad un tanto tortuosas resultan propicias al ejercicio del oficio, y que Ligotti comparte con otros maestros como Poe, Nerval, Lovecraft o Philip K. Dick esta característica, que se transparenta a menudo en la visión desoladora, misantrópica e inmisericorde del mundo que ofrecen sus cuentos. No se crea, sin embargo, que estamos ante puros ejercicios confesionales o piezas autobiográficas; por el contrario, los relatos de Ligotti —mucho más variados en estilo de lo que pudiera desprenderse de un juicio precipitado de los mismos— son sobre todo historias de horror y fantasía oscura, entretenidas, intrigantes y a menudo siniestramente divertidas.

Una vez apuntado el breve, injusto y precipitado retrato del autor, digamos unas palabras más sobre su obra, y concretamente sobre la que el lector tiene en sus manos. La ficción fantástica de Thomas Ligotti parece saltar o atravesar por un agujero de gusano todo o casi todo el horror vulgar y chabacano de los últimos cincuenta años de literatura de terror. Como si un cordón umbilical invisible los ligara, a los ya tantas veces citados nombres de Poe y Lovecraft se unen para llegar hasta Ligotti los de M. R. James, Dunsany, Machen, Blackwood, Robert W. Chambers, M. P. Shiel, De La Mare, Clark Ashton Smith, Robert Aickman y quizás un leve, muy leve toque de Robert Bloch por el lado anglosajón. Pero, como buen discípulo de Poe, Ligotti está tanto o más influenciado por los fantasistas europeos y continentales, en especial por simbolistas y decadentes como Gautier, Villiers, Huysmans o Mirbeau, poetas como Lautremont o Baudelaire, y vanguardistas como Jarry, Apollinaire o Raymond Roussel. Tan fuerte como este influjo es en su obra el del fantástico centroeuropeo. Sus pesadillas más abstractas y expresionistas evocan e invocan a Kafka, Meyrink o Bruno Schulz, sin olvidar tampoco autores peculiares como Jean Ray o Topor. Por repetida confesión del autor, sabemos que algunos escritores experimentales y de vanguardia, en la frontera no sólo de lo fantástico sino de lo literario mismo, ejercen influencia decisiva en su escritura e ideas. Autores como Nabokov, Ionesco, Thomas Bernhard, Samuel Beckett, Borges o William Burroughs, se cuentan entre sus favoritos, mientras filósofos como Cioran o el menos conocido Zapffe impregnan de pesimismo su estilo y relatos.

Relatos como los reunidos en este *Noctuario*, que van desde historias con estructura más o menos clásica, que se atienen a los principios del cuento de fantasmas y de horror gótico tradicional, imbuidos siempre de la atmósfera onírica y enrarecida de lo *lovecraftiano* —«La Medusa», «El Tsalal»—, pasando por apuntes de psicologías enfermizas y trastornadas con una pincelada de Bloch —«Conversaciones en una lengua muerta»—, hasta llegar a los ejercicios de oscura prosa poética, tortuosa y torturante que componen el último tercio del libro, son

perfecta introducción en su conjunto al arte sinuoso y escalofriante de Ligotti, quien compone en cada una de sus páginas un auténtico poemario de los miedos más exquisitos que ensombrecen el alma humana, evadiendo los tópicos al uso en la ficción de terror contemporánea, para crear un universo propio donde no existen leyes narrativas fijas ni explicaciones tranquilizadoras.

Aunque maneja un lenguaje esotérico y expresionista, evocador de los misterios y la parafernalia del Ocultismo, Ligotti no se refugia en las Ciencias Ocultas o la fenomenología de lo paranormal para propiciar al lector un cómodo refugio final contra el pavor, con esas largas parrafadas efectistas que revisten el misterio y lo sobrenatural de convenciones racionalistas o pseudorracionalistas. Sus espectros, por así llamarlos, no responden a los motivos tradicionales que los explican y exorcizan finalmente, salvo en raras excepciones. No encontraremos en sus páginas monstruos o criaturas sobrenaturales de guardarropía. Tampoco héroes comprometidos en la lucha entre un Bien y un Mal que no encuentran espacio alguno en su inestable y esencialmente inhumano universo. Ligotti disfruta a menudo iniciando sus historias en medio de una barroca escenografía fantasmática, que difícilmente identificaremos con nuestro mundo cotidiano o con cualquier otro conocido, pese a lo cual surge, inevitable, inamovible, el horror. Sus personajes no pertenecen ni por asomo a esa galería aburrida y vulgar de protagonistas mediocres que acostumbran utilizar los cultivadores del autodenominado «horror moderno», sino que son individuos generalmente extraños, tan singulares como el propio autor. Eruditos sensibles, investigadores obsesionados, eremitas aislados, a imagen y semejanza de los personajes de Lovecraft o M. R. James, con aires de cierto diletantismo decadente a la francesa, predispuestos a caer en las fauces del caos. Estamos, pues, en las antípodas del «terror cotidiano» de Stephen King, Dean Koontz, Peter Straub, Laymon, Douglas Clegg, Joe Hill y otros que se han esforzado tanto por traer el miedo a la realidad vulgar y corriente que han acabado por perderlo de vista, haciéndolo tan vulgar y corriente como la realidad misma. Con Ligotti entramos en un terreno literario elaborado hasta el punto de la abstracción, hecho de sugerencias, atisbos y retazos. Un mundo conceptual capaz de competir con (y, en mi opinión, superar) los logros narrativos de Pynchon, Auster o Coover, desarrollando escenarios que necesitarían el talento combinado de Francis Bacon, Giorgio de Chirico, Max Ernst, Odilon Redon y Edward Gorey para poder ser representados visualmente. Sus relatos, una vez más como los de Poe o Lovecraft, combinan a menudo la narración con la prosa poética e incluso con la disquisición retórica, en rica fusión creativa.

El secreto de Ligotti para hacernos recuperar el verdadero sentido de la maravilla del miedo —ambos uno y el mismo— estriba, precisamente, en volver a sus raíces metafísicas y ontológicas. El poder de la palabra, de la escritura como invocación de lo imposible. La esmerada descripción de lo que está más allá de la palabra misma, por medio a veces de hipnóticas aliteraciones, de combinaciones absurdas y contradictorias, escapando incluso a la estructura y la lógica interna del horror

cósmico lovecraftiano, para precipitar al lector en el borde del abismo de la realidad desnuda, tal y como es: sin disfraces, sin discurso, sin sentido final alguno. El conocimiento hermético del esoterismo es para Ligotti el último disfraz de la verdad última. Verdad que no puede expresarse, porque nada significa. No hay Grandes Antiguos y, si los hay, lo que está detrás y por encima de ellos, como detrás y por encima de todos nosotros, es todavía mucho más terrible. Porque es la ausencia definitiva de todo sentido, de cualquier finalidad.

Thomas Ligotti se encuentra claramente en una larga tradición de lo fantástico y lo sobrenatural, lo extraño y lo grotesco, que se remonta a Poe, adquiere con Lovecraft dimensiones cósmicas y encuentra en su obra una nueva cumbre de terror, poesía y maravilla. Una cumbre donde se apunta el desnudo horror de la Nada, travestido en imágenes distorsionadas de mitos antiguos, dioses paganos moribundos, maniquíes inertes, autómatas y marionetas de vida ambigua, cultos extraños, paisajes desolados y sueños de los que no podemos despertar. Si Poe creó el horror psicológico y Lovecraft el cósmico, Ligotti, parafraseando a uno de los editores españoles de este mismo libro, ha creado el horror ontológico, sin dejar de ser fiel por ello a los principios fundamentales y fundacionales de la mejor ficción gótica y de terror.

Leer sus relatos no sólo es un profundo placer para el buscador y degustador de lo raro, sino una obligación para cualquier alma inquieta que quiera acercarse a la esencia de la verdadera literatura fantástica y su futuro inmediato. Porque después del miedo según Thomas Ligotti, es muy posible que no haya nada más que decir. Que nadie pueda llegar más lejos en la búsqueda del pavor de lo innombrable e innombrado… Eso que acecha a nuestro alrededor cuando damos unos pocos pasos en la oscuridad.

JESÚS PALACIOS

Gijón, 15 de octubre de 2012

En la noche, en la oscuridad

Unas palabras sobre la percepción de la ficción de lo extraño[1]

NADIE necesita que le expliquen qué es lo extraño. Es algo que se revela en los primeros años de la vida de toda persona. Con la primera pesadilla o el primer episodio de fiebres altas, tiene lugar la iniciación en una sociedad universal y a un mismo tiempo muy secreta. La pertenencia a esta sociedad se renueva a lo largo de toda la vida a través de una serie de encuentros con lo extraño que pueden adoptar una variedad de formas y presentar muchos rostros. Algunas de estas formas y rostros son conocidos solo por uno mismo, mientras que otros son reconocidos por prácticamente todas las personas, aunque no lo admitan.

De hecho, la experiencia de lo extraño es tan frecuente que queda profundamente asumida, de manera que permanece invisible en la trastienda de la vida de una persona, e incluso más alejada del mundo en su conjunto. Pero siempre está ahí, esperando a ser invocada en aquellos momentos especiales que le son propios. Estos momentos son en su mayor parte bastante breves y relativamente escasos: la intensa extrañeza de un sueño se desvanece al despertar y es frecuentemente olvidada por completo; los retorcidos pensamientos de un delirio pronto se enderezan tras recuperarnos de la enfermedad; incluso un encuentro de primera mano y en plena vigilia con lo extraordinario puede llegar a perder esa terrorífica extrañeza que inicialmente poseía y finalmente confinarse en aquellas trastiendas, aquellas salas de espera de lo extraño.

Así pues, es obvio: la experiencia de lo extraño es un hecho fundamental e inexorable en nuestra vida. Y, como ocurre con este tipo de hechos, al final se encauza hacia formas de expresión artística. Una de esas formas ha sido denominada, cómo no, ficción de lo extraño. Las historias que conforman este género literario son depósitos de lo extraño; son similares a esos cuartos apartados donde se esconden los sueños y delirios y apariciones espectrales, aunque en este caso pueden ser visitados en cualquier momento, formando así un vasto museo donde lo extraño está expuesto permanentemente.

Pero ¿realmente necesita alguien que le digan de qué trata la ficción de lo extraño más de lo que pudiera necesitar saber sobre la propia definición de lo extraño? Es bastante posible que la respuesta a esta pregunta sea afirmativa. Y la razón es que la ficción de lo extraño no es algo que todo el mundo experimente por igual: no es una pesadilla ni un ataque de fiebre, y ciertamente no es un encuentro en la niebla con algo que no se espera. Es sólo un tipo de relato, y un relato es un eco o transmutación de la experiencia, al mismo tiempo que también es una experiencia por derecho propio, diferente de cualquier otra en cuanto a cómo acontece y cómo es percibida.

Parece probable, entonces, que la experiencia de los relatos extraños pueda verse intensificada y realzada si nos centramos en sus cualidades especiales, sus distintas variaciones y diversos rostros.

Por ejemplo, existe un conocido relato en el que se cuenta lo que sigue: *Un hombre se despierta en medio de la oscuridad y alarga el brazo para coger las gafas de la mesilla. Alguien o algo coloca las gafas en su mano.*

Éste es el esqueleto de muchísimos cuentos que han hecho que los lectores se estremezcan al sentir la experiencia de lo extraño. Se puede simplemente aceptar este estremecimiento y pasar a otra cosa; se puede incluso intentar obviar la fuerza de este episodio en caso de que fuera imaginado con excesiva viveza. Por otro lado, también es posible, y algunos consideran deseable, lograr una óptima receptividad del incidente en cuestión, abrirse a ello y permitir que despliegue en nosotros todo su efecto y sugestión.

No se trata de una cuestión de esfuerzo intencionado; por el contrario, cuán más difícil es sacarse de la mente esa escena, especialmente si se lee dicho relato en el momento adecuado y en las circunstancias apropiadas. Entonces, la propia mente del lector se llena de la oscuridad de aquel dormitorio en el que alguien, cualquier persona, se despierta. Así pues, el interior del cráneo del lector se transforma en las paredes jalonadas de sombras de aquel dormitorio y todo el drama transcurre en un lugar del que no se puede escapar.

Sin embargo, a pesar de su brevedad, el relato no carece de argumento. Hay un inicio totalmente natural, una acción perfecta en el nudo, y un desenlace final que arroja más oscuridad sobre la oscuridad. Hay un protagonista y un antagonista, y un encuentro entre ambos que, a pesar de ser abrupto, refleja claramente su naturaleza funesta. No se precisa de ningún epílogo para explicar que el hombre se ha despertado por algo que lo esperaba a él, y a nadie más, en esa oscura habitación. Y lo insólito de todo ello, observado directamente, puede llegar a resultar bastante impactante.

Una vez más: un hombre se despierta en la oscuridad y alarga el brazo para coger las gafas que dejó sobre la mesilla. Alguien o algo coloca las gafas en su mano.

En este punto deberíamos recordar que hay una vieja identificación entre las palabras «extraño» y «destino» (de la cual un célebre ejemplo moderno es el relato «The Weird of Avoosl Wuthoqquan», de Clark Ashton Smith, en el que el destino del personaje del título es profetizado por un mendigo y consumado por una famélica monstruosidad). Y este viejo par de sinónimos persiste en la resurrección de una vieja filosofía, la más antigua… el fatalismo.

Percibir, aunque sea erróneamente, que todos los pasos conducen a una cita programada previamente, darse cuenta de que uno se encuentra frente a frente con lo que parece que le ha estado esperando todo el tiempo… éste es el marco necesario, el esqueleto que sirve de soporte a lo extraño. Por supuesto, el fatalismo, como tendencia filosófica sobre la existencia humana, pasó de moda hace mucho tiempo,

eclipsado por una tendencia a la incertidumbre y un modelo de universo «abierto». Sin embargo, ciertas experiencias vitales traumáticas de las personas reales podrían reinstaurar una antigua e irracional visión de las cosas. Tales experiencias siempre impactan por su extrañeza, su alejamiento del curso normal de los acontecimientos, y con frecuencia provocan una protesta universal: «¿Por qué yo?». Y tengan por seguro que no es una pregunta sino una queja. La persona que grita se siente embargada por la asombrosa sospecha de que él, de hecho, ha sido el perfecto protagonista de algo «extraño» muy específico, un destino hecho a la medida, y de que una cita previa, con toda su extrañeza, ha tenido lugar a la hora y en el lugar acordados.

Sin duda esta sensación de extrañeza del destino es un espejismo.

Y el espejismo está hecho del mismo material que conforma el armazón interno de la palabra. Es el material de los sueños, de la fiebre, de las apariciones nunca antes contempladas; se aferra a los huesos de lo extraño y lo modela otorgándole distintas formas al rellenarlo con sus múltiples rostros. Y es que para que el espejismo del destino pueda arraigar profundamente debe estar conectado con cierta materia fuera de lo común, algo que no se pensaba que formase parte del plan existencial, aunque al echar la vista atrás no pueda ser percibido de otra forma.

Después de todo, no se produce ninguna revelación de lo extraño cuando alguien encuentra un céntimo en la acera, recoge la moneda y se la mete en el bolsillo. Aunque no sea un suceso cotidiano para un determinado individuo, jamás revela un matiz o implicación del destino, de lo extraordinario. Pero supongamos que, tras ser analizada, esta moneda presenta una característica extraña y resulta ser un objeto de considerable valor. De repente, un gran cambio, o al menos la posibilidad de cambio, se produce en la vida de alguien; de repente, el curso esperado de los acontecimientos amenaza con virar hacia destinos totalmente inesperados.

Alguien podría pensar que la moneda quizás habría pasado totalmente inadvertida mientras permanecía sobre la acera, que la persona que la *encontró* podría haber pasado a su lado como otros sin duda hicieron. Pero quienquiera que encuentre ese objeto fuera de lo común y descubra su significado pronto se da cuenta de algo: que ha sido atraído a una trampa y que comienza a resultarle difícil imaginar que las cosas podrían haber ocurrido de otra manera. Sus expectativas vitales originales se alejan y son ahora percibidas a lo sumo como algo pasajero: ¿qué certeza tenía sobre el rumbo de su vida antes de encontrar esa moneda? Obviamente, muy poca. Pero ¿qué sabe sobre tal asunto ahora que las cosas han dado un giro tan melodramático? Desde luego, no sabe más que antes, lo cual queda patente cuando finalmente se convierte en la víctima de un espectral numismático que desea recuperar aquella inusual moneda. Entonces la persona que la encontró y que la guarda descubre algo terrible sobre el inescrutable, misterioso y verdadero carácter extraño de su existencia… el extraordinario hecho del universo y de que uno forma parte de él. Paradójicamente, es el suceso inusitado el que puede mostrar mejor esa condición común.

Al mismo tiempo, lo extraño es, recordemos una vez más, un fenómeno

relativamente escurridizo e insólito que aparece en momentos que perturban la rutina y que se olvidan con sumo alivio. Como ocurre en la vida real, la pesadilla sirve principalmente para impartir una mayor conciencia de lo que significa estar despierto; un diagnóstico médico negativo tan sólo proporciona en la mayoría de las ocasiones una lección acerca de la definición de la salud, y lo sobrenatural no puede existir por sí mismo sin las reglas predominantes de la naturaleza.

Sin embargo, en la ficción se pueden prolongar aquellos periodos en los que alguien se encuentra atrapado en un destino insólito. Las trampas tendidas en la ficción de lo extraño pueden llegar incluso a ser absolutas, una ilustración completa de algo que siempre estuvo *en las obras* y sólo esperaba ser descubierto. Porque el final de cualquier historia extraña es también frecuentemente el final definitivo de los personajes involucrados. Así pues, tan sólo el lector puede ser testigo de un final anunciado, un destino que se le presenta, por decirlo de alguna manera, al alcance de la mano.

Por definición, el relato de lo extraño se basa en un enigma que jamás se desvela —si es fiel a la experimentación de lo extraño, lo cual puede tener lugar sólo en la imaginación del autor— y que constituye su único origen justificable. Aunque este enigma exude definitivamente una atmósfera de cementerio, resultará amenazante tanto por su naturaleza irreal y su desorientadora extrañeza como por sus conexiones con el inmenso mundo de la muerte. Tal esquema narrativo contrasta convenientemente con el esquema del relato de «suspense» realista, en el que un personaje se ve amenazado por un funesto destino conocido y puramente físico. Sean cuales sean las manifestaciones y fenómenos identificables que se presenten en un relato de lo extraño (desde los fantasmas tradicionales hasta las pesadillas científicas de la era moderna), éste siempre conserva en su núcleo algún tipo de abismo desde el que emerge lo extraño, que no puede ser analizado ni resuelto. De esta manera, se retiene cierta cualidad enigmática en estos relatos de innombrables y terribles incógnitas. Al igual que la persona que encontró aquella moneda «valiosa», el hombre que se despierta por la noche y alarga la mano en busca de sus gafas se aproxima a lo desconocido, en esta ocasión a una criatura sin nombre. Éste es un ejemplo extremo, quizás el ejemplo más puro, de un argumento que se repite a través de la historia de la ficción de lo extraño.

Otro ejemplo más célebre del argumento enigmático de un relato de lo extraño es este paradigma de la extrañeza: «The Colour Out of Space» de H. P. Lovecraft. En esta narración se desencadena una serie compleja de fenómenos y sucesos debida a una fuerza invasora de origen y naturaleza desconocidos que se aposenta en un pozo oscuro en el centro del relato, y desde allí se dispone a reinar como un tirano sin rostro sobre todos y cada uno de los mecanismos del argumento. Cuando sale y se revela al final del relato, ni los personajes involucrados ni el lector saben más que al principio sobre este visitante. Aunque esta última afirmación no es del todo cierta: lo que todo el mundo sin duda aprende sobre el «color» es que el contacto con esta

aparición procedente de las estrellas es una introducción a esa macabra irrealidad que es a la vez común en lo extraño y también una experiencia a la que nadie llega a acostumbrarse… y con la que nadie se siente *jamás* a gusto.

Podríamos continuar ofreciendo ejemplos del enigma esencial en el que se basan los más célebres relatos de lo extraño, desde «El hombre de arena» de E.T.A. Hoffman hasta «La cicatriz» de Ramsey Campbell, pero creo que la tesis ya ha quedado clara: lo verdaderamente extraño tanto en la literatura como en la vida es tan sólo un esqueleto con la mínima cantidad de carne en sus huesos… la suficiente para introducir ciertos temas y evocar la apropiada reacción morbosa, pero nunca tanta como para que los dedos despellejados y extendidos hacia nosotros se conviertan en el cordial estrechamiento de manos cotidiano.

Se puede admitir que lo extraordinario como hacedor de nuestro propio destino (es decir, la inevitable muerte) es un mecanismo bastante pomposo, y con frecuencia vulgar, para representar la existencia humana. Sin embargo, la ficción de lo extraño no busca situarnos ante los trámites rutinarios que la mayoría de nuestra especie realiza de camino a la tumba, sino más bien recuperar parte del asombro que sentimos en ciertas ocasiones, y que probablemente deberíamos sentir más a menudo, frente a la existencia en su aspecto esencial. Reclamar esta sensación de asombro ante la monumentalmente macabra irrealidad de la vida es despertar a lo extraño… exactamente como el hombre en el cuarto se despierta en el perpetuo infierno de su breve relato, sacude su sensibilidad adormecida, y extiende el brazo hacia aquella criatura desconocida en la oscuridad. Ahora, incluso sin las gafas, puede ver verdaderamente. Y quizás, aunque sólo sea por ese instante de terror artificial que proporciona lo extraño, también el resto de nosotros podamos.

Primera parte

Estudios de sombra

La medusa

I

ANTES de salir de la habitación, Lucian Dregler anotó unos cuantos pensamientos sueltos en su cuaderno.

> Lo siniestro, lo terrible, jamás nos engaña: el estado que nos aporta es siempre un estado de lucidez. Y sólo ese estado de descarnado conocimiento nos permite una comprensión total del mundo que tenga en cuenta *todas* las cosas, de la misma manera que la gélida melancolía nos permite estar en pleno uso de nosotros mismos.
>
> Sólo podríamos escondernos del horror en las profundidades del horror.
>
> ¿Es que quizás yo, entre todos los soñadores, sea un espécimen excepcional y haya logrado cortejar a la Medusa (mi primera y más antigua compañera) excluyendo a todos mis rivales? ¿Sería capaz de que me respondiera a estas dulces palabras?

Aliviado tras plasmar estos fragmentos en una hoja y no sólo en un precario cuaderno mental, donde probablemente terminarían emborronados y desvaídos, Dregler se echó por los hombros un viejo abrigo, cerró la puerta de la habitación y bajó unos cuantos tramos de escaleras por la parte trasera del edificio de apartamentos. Habitualmente tomaba una ruta zigzagueante, llena de esquinas y callejones, hasta cierto local que visitaba de vez en cuando, aunque por cuestiones de tiempo (es decir, para no *malgastarlo*) optó en esta ocasión por desviarse de su ruta habitual en varios puntos. Iba a encontrarse con un conocido que no había visto desde hacía bastante tiempo.

El local estaba muy oscuro, aunque no más que en pasadas ocasiones, y mucho más abarrotado de gente de lo que en principio percibieron los ojos de Dregler. Se detuvo unos segundos en la entrada y se quitó los guantes lenta y distraídamente, mientras ajustaba su visión a las débiles aureolas de luz que ofrecían las lámparas de metal deslucido en las paredes, tan separadas entre sí que la luz de cada lámpara

apenas se fundía con la de su vecina, ni llegaba a reforzarla. Entonces, gradualmente, la oscuridad fue desvaneciéndose y se revelaron las formas que escondía: una frente que brillaba con el resplandor de las gafas de montura de alambre que había debajo, unos dedos ensortijados que sostenían un cigarrillo dormitaban sobre una mesa, zapatos de piel brillante que acompasaban ligeramente los pasos de Dregler cuando éste cruzó cautelosamente la sala. Al fondo se alzaba una columna de escalones que subía en espiral al siguiente nivel, que era más una plataforma anexa, un pequeño altillo, que una parte integral del propio edificio. Ese nivel estaba cerrado por una barandilla construida con el mismo frágil y delgado metal que el empleado en las escaleras, otorgando a esa zona una apariencia de andamio provisional. Dregler ascendió las escaleras con gran parsimonia.

—Buenas noches, Joseph —saludó Dregler al hombre que estaba sentado a una mesa situada junto a una ventana inusualmente alta y estrecha. Joseph Gleer observó durante unos segundos los viejos guantes que Dregler había lanzado sobre la mesa.

—Aún conservas estos mismos guantes —le contestó, luego levantó la mirada y sonrió—: ¡Y ese abrigo!

Gleer se puso en pie y ambos hombres se estrecharon la mano. Luego los dos se sentaron y Gleer, señalando el vaso vacío que había entre los dos sobre la mesa, preguntó a Dregler si todavía bebía coñac. Dregler asintió, y Gleer dijo:

—Marchando —tras lo cual se asomó ligeramente por la barandilla y sostuvo en alto dos dedos a la vista de alguien entre las sombras de la planta inferior.

—¿Es esta una reunión meramente por motivos sentimentales, Joseph? —inquirió Dregler, que ya se había despojado del abrigo.

—En parte. Espera hasta que hayamos tomado unas copas y puedas felicitarme así de forma apropiada.

Dregler volvió a asentir y escudriñó con la mirada el rostro de Gleer sin manifestar ningún tipo de curiosidad. Gleer era un antiguo compañero de clase de la época escolar de Dregler y siempre había poseído una abierta afición por las pequeñas intrigas, ya fueran académicas o de otro tipo, y una adicción por los detalles de ritual y protocolo, por cualquier fórmula repetida y con precedentes. También le gustaban los secretos, siempre que él estuviera al tanto de ellos. Por ejemplo, en discusiones (ya fuera sobre filosofía o sobre viejas películas), Gleer se deleitaba abiertamente confesando, normalmente en un punto avanzado de la disputa, que él había apoyado de forma totalmente consciente algunas escuelas de pensamiento peligrosamente absurdas. Tras reconocer su perversidad, ayudaba e incluso superaba a su contrincante en demoler lo poco que quedara de su antiguo posicionamiento dialéctico, supuestamente para mayor gloria de los intelectos desinteresados del mundo entero. Pero al mismo tiempo Dregler captaba perfectamente las intenciones de Gleer. Y aunque no siempre era fácil entrar en el juego de Gleer, era esta contrainformación secreta lo único que proporcionaba a Dregler cierto entretenimiento en estas competiciones mentales, porque

Nada que requiera argumentos vale la pena ser argumentado, al igual que no vale la pena creer en nada que precise de nuestra fe. Lo real y lo amado cohabitan en *nuestro terror*, la única «esfera» que importa.

Entonces, quizás fuera ese hermetismo lo que unía a ambos hombres, un hermetismo imperfecto en el caso de Gleer, y uno consumado en el caso de Dregler.

Y en ese momento allí estaba Gleer, manteniendo a Dregler en supuesto suspense. Los ojos de Dregler se dirigían hacia la ventana alta y estrecha, tras la cual se veían las ramas desnudas más altas de un olmo que bailaba con espectrales movimientos bajo los focos instalados en la fachada. Pero cada cierto tiempo Dregler miraba a Gleer, cuyos aniñados rasgos habían cambiado sorprendentemente poco: los labios con forma de arco de cupido, las mejillas mofletudas, los diminutos ojos grises casi totalmente enterrados bajo la carne de un rostro retorcido con demasiada frecuencia por la risa.

Una mujer con dos vasos sobre una bandeja con el fondo de corcho estaba de pie al otro lado de la mesa. Mientras Gleer pagaba las bebidas, Dregler alzó la suya y la sostuvo en alto a modo de indolente brindis. La mujer que les había llevado las bebidas echó una breve mirada inexpresiva al maestro de ceremonias Dregler. A continuación se marchó y Dregler, fingiendo total ignorancia, exclamó:

—Por tu próximo o recientemente pasado acontecimiento, sea lo que sea o haya sido.

—Espero que sea para toda la vida en esta ocasión, gracias, Lucian.

—¿Cuál es este, *quintus*?

—*Quartus*, si no te importa.

—Por supuesto, mi memoria es tan mala como mis dotes de observación. De hecho, esperaba ver algo brillante en tu dedo, cuando debería haberme fijado en tus ojos. Pero ¿ningún anillo de la novia?

Gleer metió la mano en el cuello abierto de su camisa y tiró de una delicada cadena, de la que pendía un pequeño diamante rosado sobre una sobria montura de plata.

—Es la moda —dijo con tono neutro, guardando la cadena y la joya—. Los modernos necesitan ir cambiándolas, supongo, pero el matrimonio sigue siendo el matrimonio.

—Por la Edad Media —brindó Dregler con desvergonzado hastío.

—Y por los de edad mediana —replicó Gleer.

Los hombres permanecieron sentados y en silencio durante unos minutos. Los ojos de Dregler recorrieron una vez más el altillo en penumbra, donde unas pocas mesas compartían la luz de una sola lámpara. La mayor parte de su tenue brillo se proyectaba sobre la pared, revelando las espirales concéntricas de la nudosa superficie de madera. Tras dar un pausado sorbo a su bebida, Dregler quedó a la espera.

—Lucian… —comenzó a explicar Gleer en voz tan baja que apenas resultaba audible.

—Te escucho —le animó Dregler.

—No sólo te pedí que vinieras aquí para brindar por mi matrimonio. Hace ya casi un año, ya sabes. Aunque no creo que eso te importe demasiado.

Dregler no dijo nada, animando a Gleer con un silencio receptivo.

—Desde entonces —continuó Gleer—, mi esposa y yo hemos solicitado bajas temporales de nuestros respectivos trabajos en la universidad y hemos estado viajando, principalmente por el Mediterráneo. Acabamos de regresar hace tan sólo unos días. ¿Te gustaría tomar otra copa? Te has acabado esa bastante rápido.

—No, gracias. Por favor, continúa —pidió Dregler con suma educación.

Tras otro trago de coñac, Gleer continuó.

—Lucian, nunca he entendido tu fascinación por esa criatura que llamas la Medusa. No estoy seguro de que me importe, aunque jamás te lo he dicho. Pero sin esfuerzos deliberados por mi parte, y que esto quede claro, creo que puedo serte de ayuda en tu, supongo que podríamos llamar, búsqueda. Todavía estás interesado en el tema, ¿verdad?

—Sí, pero soy demasiado pobre para permitirme excursiones al Peloponeso como la que acabáis de realizar tú y tu esposa. ¿Era eso lo que tenías en mente?

—En absoluto. Ni siquiera tendrás que abandonar la ciudad, eso es lo extraño, lo hermoso de todo el asunto. Es muy complicado cómo sé lo que sé. Espera un segundo, coge esto.

En ese momento Gleer sacó un objeto que previamente tenía oculto en algún rincón oscuro y lo colocó sobre la mesa. Dregler contempló el libro. Estaba encuadernado con una tela de color óxido y las letras en oro en el lomo estaban pelándose. Por lo que Dregler pudo leer en los fragmentos de letras que quedaban, el título del libro parecía ser: *Electrodinámica para principiantes*.

—¿Y qué se supone que es esto? —le preguntó.

—Sólo una especie de pasaporte, sin ningún significado en sí mismo. Esto te va a sonar ridículo (¡estoy seguro de ello!), pero tienes que llevar el libro a un establecimiento —dijo Gleer, mientras colocaba una tarjeta sobre la tapa del libro— y preguntarle al dueño cuánto está dispuesto a pagar por él. Sé que vas a este tipo de comercios con frecuencia. ¿Conoces este?

—Sólo vagamente —replicó Dregler.

El establecimiento en cuestión, según se leía en la tarjeta, era *Libros Brothers: Compraventa de libros singulares y de anticuario, se compran bibliotecas y colecciones, extenso fondo en Ciencias Esotéricas y la Guerra Civil, no se precisa cita previa, Miembro de la Sociedad de Libreros Filosóficos de Manhattan, Brothers, Benjamin, Fundador y Propietario*.

—Me han informado de que el propietario de esta librería conoce tu obra —dijo Gleer en un ambiguo tono monótono—: Piensa que eres un verdadero filósofo.

Dregler miró durante un largo rato a Gleer, mientras jugueteaba con la tarjeta entre los dedos.

—¿Me estás diciendo que la Medusa es supuestamente un libro? —preguntó.

Gleer bajó la mirada a la mesa y luego volvió a levantarla.

—No estoy diciendo nada de lo que no esté seguro, lo cual no es mucho. Por lo que sé, la Medusa podría ser cualquier cosa que pudieras imaginar, y que seguramente ya hayas imaginado. Por supuesto, puedes tomar esta información incompleta como te plazca, como estoy seguro que harás. Si quieres saber más que yo, entonces visita esa librería.

—¿Quién te dijo que me lo dijeras? —preguntó Dregler con calma.

—Me parece que es mejor que no te informe sobre eso, Lucian. Podría estropear el espectáculo, por así decirlo.

—Muy bien —dijo Dregler, a continuación se sacó la billetera e introdujo la tarjeta dentro. Se levantó y comenzó a ponerse el abrigo.

—¿Es eso todo, entonces? No querría ser grosero, pero…

—¿Y por qué deberías ser distinto a como eres normalmente? Pero debo decirte algo más. Por favor, siéntate. Y ahora, escúchame. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Lucian. Y sé cuánto significa esto para ti. Así que, pase lo que pase, o lo que no pase, no quiero que me responsabilices a mí por ello. Sólo he hecho lo que pensé que tú mismo querrías que hiciera. Bueno, dime, ¿he acertado?

Dregler volvió a ponerse en pie y se colocó el libro bajo el brazo.

—Sí, supongo que sí. Pero estoy seguro de que nos veremos pronto. Buenas noches, Joseph.

—Una copa más —sugirió Gleer.

—No, buenas noches —respondió Dregler.

Al alejarse de la mesa, y para su bochorno, Dregler estuvo a punto de golpearse la cabeza contra una enorme viga de madera que pendía peligrosamente baja en la oscuridad. Echó un vistazo atrás para ver si Gleer se había percatado de este torpe accidente. ¡Y después de tan sólo una copa! Pero Gleer se había vuelto hacia el otro lado y miraba por la ventana los zarcillos del olmo y el lívido color que habían adquirido bajo la luz de las luces de la fachada.

Durante un tiempo Dregler permaneció con la mente en blanco, observando los árboles barridos por el viento, antes de darse media vuelta y estirarse en la cama, que estaba a tan sólo unos pasos de la ventana de su habitación. Junto a él había en ese momento un ejemplar de su primer libro, *Meditación sobre la Medusa*. Lo tomó y leyó algunos fragmentos al azar.

> Los adorantes[2] de la Medusa, incluyendo aquellos que llenan páginas de «reflexiones» e interpretaciones tales como éstas, son los ciudadanos más abominables de esta tierra… y los más numerosos. Pero ¿cuántos de estos

saben que lo son? Cabe la posibilidad de que exista un culto instintivo a la Medusa, pero, de nuevo: ¿quién podría ser consciente de la existencia de tales seres durante el periodo de tiempo necesario para acorralarlos y ejecutarlos? Es posible que sólo los muertos no estén confabulados con la Medusa. Nosotros, por el contrario, somos los aliados de esta… pero siempre contra nuestra propia voluntad. ¿Cómo es posible convertirse en su *compañero*… y seguir viviendo?

Nunca estamos en peligro de contemplar a la Medusa. Para que eso ocurra, ella necesita nuestro consentimiento. Pero un desastre mucho mayor espera a aquellos que saben que la Medusa los está mirando y desean devolverle la mirada. Qué mejor definición de un hombre marcado que ésta: alguien que «ofrece sus ojos» a la Medusa, y cuyos ojos poseen una voluntad y fin propios. Ah, ser un objeto sin ojos. ¡Qué alivio *nacer* piedra!

Dregler cerró el libro y volvió a colocarlo en uno de los estantes de la habitación. En ese mismo estante abarrotado, cuero y tela presionados contra tela y cuero, había un grueso archivador lleno de páginas sueltas. Dregler se lo llevó a la cama y comenzó a rebuscar entre los papeles. A lo largo de los años el archivo había aumentado enormemente, desde que lo inició con unos cuantos memorandos al azar, recortes de prensa, fotografías, referencias variadas que Dregler había copiado a mano, y fue expandiéndose hasta convertirse en un almacén de infernales descubrimientos casuales, un testamento de terribles coincidencias. Y el tema de todas y cada una de las entradas en esta enciclopedia involuntaria era la propia Medusa.

Algunos de los documentos correspondían a una sección titulada «Humor», e incluía un tebeo (que Dregler había encontrado en un *drugstore*) que presentaba a la Medusa como una superheroína benevolente que usaba sus terribles poderes sólo contra enemigos igualmente terribles en un mundo sin belleza. Otros documentos estaban archivados bajo la categoría de «irrelevante», donde había un recorte de unos siete centímetros y medio de una página de deportes de una década atrás alabando la excelente temporada del «Señor (*sic*) Medusa». Había también una estrecha subdivisión del archivo a la que no se le había designado ningún título oficial, pero que Dregler no podía evitar considerar como elementos de «Verdadero Horror». Entre este material destacaba un artículo de un periódico británico sensacionalista: una crónica sin fotografía sobre la sospecha de un hombre, durante el periodo de un año, de que su esposa era poseída cíclicamente por un demonio con serpientes en la cabeza, un pequeño guiñol sin sentido que acabó una noche con la esposa decapitada mientras dormía y la consiguiente encarcelación del demente.

Una de las subcategorías menos valiosas del archivo consistía en pseudodatos procedentes de propagadores menos legítimos del conocimiento humano:

publicaciones periódicas «científicas» renegadas, boletines informativos de antropología oculta y publicaciones de varios centros de estudios alternativos. Las contribuciones al archivo por parte de revistas como *The Excentaur*, una edición antigua que Dregler había encontrado precisamente en la librería Brothers, estaban colectivamente clasificadas como «Medusa y medusianos: avistamientos y explicaciones físicas». Uno de los primeros números de esta publicación incluía un artículo que atribuía el nacimiento de la Medusa, y de toda la vida en la Tierra, a uno de los muchos visitantes extraterrestres para los que este planeta había sido una especie de parada de camiones o área de descanso para los habitantes de otros sistemas galácticos.

Todos estos descubrimientos eran atesorados por Dregler con salvaje regocijo, especialmente aquellas proclamas de los sumos sacerdotes de la mente y alma humanas que invariablemente relegaban a la Medusa a un submundo psíquico donde servía de imagen por excelencia del pánico romántico. Pero la pieza más singular de las curiosidades que tanto apreciaba era un fragmento de prosa cuyo autor parecía seguir los pasos del propio Dregler: un hombre *tras su propio corazón*. «¿Podemos librarnos —preguntaba retóricamente este autor— de la "fuerza vital" tal como la que simboliza la Medusa? ¿Puede esta energía, si es que existe tal cosa, ser eliminada, aniquilada? ¿Podemos nosotros, en el ruedo de nuestro ser, salir con paso firme, como un gladiador, con la red y el tridente en una mano, y, azuzando y golpeando, pinchando y revolviéndonos, *atormentar* a este desalmado y horrendo demonio hasta enloquecerlo atrozmente y aniquilarlo finalmente para el disfrute de nuestros nervios vengados y ante el ensordecedor aplauso de nuestra alma?». Sin embargo, estas palabras habían sido inspiradas desafortunadamente por el más venenoso ánimo sarcástico a un crítico que reseñaba paródicamente la obra del propio Dregler, *Meditaciones sobre la Medusa*, cuando fue editada por primera vez veinte años atrás.

Pero Dregler nunca se interesó por las reseñas a sus libros, y lo más curioso y sorprendente era que este artículo, como todos los demás informes y reflexiones sobre la Medusa, había caído en sus manos accidentalmente, algunos de ellos incluso en la consulta del dentista. Aunque había leído profusamente sobre la tradición y los comentarios referidos a la Medusa, ningún material de su caótico archivo había sido encontrado a través de los canales normales de investigación. Nada había sido obtenido de manera oficial, nada de forma prevista. En pocas palabras, era todo producto de inesperadas circunstancias, una cuestión estrictamente informal.

Pero ¿qué probaba exactamente que le continuaran llegando estas piezas de su propio *puzzle*? No probaba nada, nada exacto ni de otro tipo; era simplemente un efecto secundario de su obsesión por un solo asunto. Naturalmente, se mantendría alerta a las intermitentes apariciones estelares en el escenario de su rutina diaria. Esto era normal. Pero, aunque estos «hallazgos» no probasen nada, racionalmente, siempre sugerían más cosas a la imaginación de Dregler que a su razón, especialmente cuando se sumergía en los contenidos globales de estos archivos dedicados a su más antigua

compañera.

De hecho, era una referencia a esta clase de imaginación a la que Dregler se entregaba ahora mientras descansaba en la cama. Y allí estaba, un párrafo que en una ocasión copió en la biblioteca de un librillo amarillo titulado *Cosas cercanas y lejanas*. «No existe nada en la naturaleza de las cosas —afirmaba la cita— que haga totalmente imposible que un hombre vea un dragón o un grifo, una Gorgona o un unicornio. Nadie, de hecho, ha visto jamás a una mujer cuyo cabello esté compuesto de serpientes, ni a un caballo de cuya frente se proyecta un cuerno, aunque en los primeros tiempos probablemente el hombre sí viera dragones (conocidos por los científicos como pterodáctilos), y monstruos más extravagantes que los grifos. En todo caso, ninguna de estas rarezas zoológicas viola las leyes fundamentales por las que se rige el intelecto; los monstruos de la heráldica y la mitología no existen, pero no existe ninguna razón en la naturaleza de las cosas ni en las leyes de la mente por las que no podrían existir». Por lo tanto, estaba dentro de la naturaleza de las cosas que Dregler se reservara cualquier juicio hasta que visitara cierta librería.

II

A una hora avanzada de la tarde siguiente, tras librarse de todas sus dudas e indecisiones, Dregler entró en una pequeña librería embutida entre un edificio gris y uno marrón. Las paredes estaban atestadas de libros y casi podían tocarse con los brazos extendidos. Las baldas altas sólo podían alcanzarse mediante una escalera muy alta, y las baldas más altas no parecían estar pensadas para poder acceder a ellas. Ejemplares antiguos de viejas revistas (*Blackwood's*, *The Spectator*, ediciones londinenses y norteamericanas de *Mercurys*) se amontonaban en destartaladas y gruesas columnas apiladas contra el escaparate de la librería, y sus cubiertas de papel de pulpa se desteñían bajo la luz del sol. Había páginas sueltas de novelas olvidadas pegadas eternamente sobre el suelo, o enrolladas por los rincones. Dregler vio a sus pies la página doscientos dos de *La segunda escalera*, y no pudo evitar sentir cierta compasión sarcástica por el anónimo par de ojos que se enfrentaría al inesperado callejón sin salida narrativo de aquel viejo misterio. En todo caso, se dijo, cuántos miles de estos volúmenes habían sido ya ojeados por última vez. Esto incluía, por supuesto, el que sostenía en su propia mano y por el que en ese momento sentía un fugaz y absurdo instinto de protección. Dregler atribuyó a su amigo Gleer este sutil elemento de lo que sospechaba ya que era una farsa bastante más elaborada y cruel.

Sentado tras un mostrador a una distancia telescópica en la parte trasera de la librería, un hombrecillo rechoncho con anteojos de montura de alambre le observaba. Cuando Dregler se aproximó al mostrador y depositó el libro encima, el hombre (Benjamin Brothers) se puso de pie de un salto.

—¿Qué desea? —preguntó; el tono animado de su voz era el del saludo formal y familiar de un viejo sirviente.

Dregler asintió mientras reconocía vagamente al hombrecillo de su previa visita a la tienda hacía unos años. Recolocó el libro sobre el mostrador, simplemente para llamar la atención sobre él, y dijo:

—Supongo que más me hubiera valido no perder el tiempo trayendo este tipo de material aquí. El hombre le sonrió cortésmente.

—Tiene toda la razón en ese punto, señor. Los viejos textos como ése no interesan prácticamente a nadie. En mi sótano —dijo mientras señalaba una estrecha puerta— tengo literalmente miles de libros como ése. Además de otras cosas, ya sabe. La revista *Bookseller's Trade* lo denominó «La mina de Benny». Pero quizás usted hoy tan solo esté interesado en vender libros.

—Bueno, puesto que ya estoy aquí…

—Sírvase usted mismo, doctor Dregler —dijo el hombre con tono cordial mientras Dregler se dirigía a las escaleras. Al oír su apellido, se detuvo y asintió al librero, luego comenzó a bajar las escaleras.

En ese instante Dregler recordó aquel enorme depósito de libros en el sótano, y los tres largos tramos de escaleras que debían bajarse para llegar a sus inusuales profundidades. La librería al nivel de la calle no era más que un desordenado y pequeño trastero en comparación con el extenso desorden de allí abajo: una caótica caverna abarrotada de pilas y montones de libros, con baldas combadas en las librerías organizadas siguiendo un orden difícilmente discernible. Era un universo construido únicamente con muros suavemente dentados de libros. Pero si la Medusa era un libro, ¿cómo iba a poder encontrarlo entre semejante caos? Y si no lo era, ¿qué otra manifestación concreta cabría esperar encontrar de un fenómeno que él había evitado definir de forma exacta durante todos estos años, uno cuya efigie más aproximada era una horrible mujer con la cabeza llena de serpientes?

Durante un tiempo se limitó a recorrer los torcidos pasillos y profundos recovecos del sótano. De vez en cuando tomaba algún libro cuya apariencia atraía su atención, desgajándolo de entre una masa informe de destartalados lomos que se mezclaban unos con otros entre los incesantes volúmenes de «La mina de Benny», fusionándose todos en un balbuceo de páginas secretas y sin sentido. Abrió el libro y apoyó una de sus raídas hombreras contra las altísimas y polvorientas columnas de libros. Y tras permanecer un breve lapso de tiempo en la claustrofóbica desolación de ese sótano, Dregler se sorprendió a sí mismo bostezando abiertamente y rascándose inconscientemente, como si estuviera recluido en algún santuario privado.

Pero, súbitamente, fue consciente de esa sensación de privacidad que le había

dominado, y un instante después esa sensación se desvaneció. En ese momento, la sensación de seguro aislamiento fue reemplazada a todos los niveles de respuesta física por la sensación contraria. Y es que, ¿no había escrito él mismo que «el bienestar personal sólo sirve para exhumar del alma un abismo que espera ser llenado por un alud de terror, un molde vacío cuyas peculiares dimensiones conformarán un día ese terror *único*»?

Fuera o no éste el caso, Dregler percibió que ya no se encontraba a solas en aquella caótica mina de libros, o quizás jamás lo había estado. Pero continuó actuando como si lo estuviera, evitando tan sólo bostezar y rascarse. Hacía ya mucho tiempo que había descubierto que un ligero arrebato de pánico era un estado capaz de *aliñar* los momentos más tediosos. Así pues, no intentó aplacar inmediatamente esta sensación, probablemente irreal. Sin embargo, como ocurre con cualquier circunstancia que dependa de la conjunción de fuerzas delicadas e insondables, el estado de ánimo o la intuición de Dregler se hallaban sujetos a inesperadas metamorfosis.

Y cuando el estado de ánimo o intuición de Dregler pasó a una nueva fase, así ocurrió a continuación con su entorno: tanto él como la mina de libros traspasaron simultáneamente la línea que divide los pánicos inofensivos de aquellos de naturaleza más letal. Pero esto no quiere decir que un tipo de temor fuera más excusable que el otro; eran igualmente contrarios a los designios de la lógica. («En relación al miedo, la intensidad por sí misma no es prueba de validez»), Así que no significaba nada, necesariamente, que diera la impresión de que los serpenteantes pasillos de libros se estrechaban alrededor del suspicaz bibliófilo, que en esos momentos las estanterías parecieran más visiblemente combadas con el peso de su suave y mohosa carga, que débiles crujidos y sombras parecieran retozar como una fuga a través del polvo y la oscuridad de la mina de libros subterránea. Mientras doblaba la siguiente esquina, se preguntó si era posible que terminara viendo aquello que no debiera ser visto.

La siguiente esquina daba a un espacio cerrado en lugar de a un pasillo… un *cul-de-sac* de estanterías de libros formado por tres paredes que casi alcanzaban las vigas del techo. Dregler se encontró de cara a la pared como un colegial travieso castigado. Recorrió con la mirada de arriba abajo la altura como si estuviera cerciorándose de que ésta era real, preguntándose si era posible pasar a través de ella simplemente superando el espejismo de su solidez. Cuando estaba a punto de girarse y abandonar ese recoveco, algo le rozó ligeramente el hombro izquierdo. Con involuntaria brusquedad, giró en esa dirección, pero sólo sintió la misma caricia etérea, en esta ocasión de lleno en la espalda. Siguió rotando en dirección contraria a las agujas del reloj hasta que completó una vuelta completa y se quedó allí quieto observando frente a él a alguien que estaba de pie y que también le observaba desde el lugar exacto donde hacía tan sólo unos segundos él había estado de pie.

Las botas de tacón alto de la mujer situaban su rostro justo al mismo nivel que el de Dregler, mientras que su sombrero, semejante a un turbante, la hacía parecer un

poco más alta. Estaba sujeto en el lado derecho, el izquierdo de Dregler, con un broche de gemas rosadas engarzadas. Por debajo del sombrero sobresalían unos cuantos mechones de pelo color pajizo sobre una frente tersa. A continuación, un par de gafas oscuras, luego un par de labios sin carmín, y finalmente un abrigo de cuello alto que descendía como un oscuro y elegante cilindro hasta las botas. Con parsimonia, ella sacó un bloc de notas de uno de los bolsillos, arrancó la primera hoja y se la ofreció a Dregler.

«Siento si te he asustado», decía.

Tras leer la nota, Dregler miró a la mujer y vio que se golpeaba suavemente el cuello con el borde de la mano, pero sólo unas pocas veces y simplemente para indicar algún tipo de incapacidad vocal. ¿Laringitis?, se preguntó Dregler, ¿o algo crónico? Examinó la nota de nuevo y observó el nombre, la dirección y el número de teléfono de una empresa suministradora de calefacción y aire acondicionado. Esto, por supuesto, no le aclaró nada.

La mujer arrancó del bloc un segundo mensaje escrito de antemano y lo colocó sobre la palma de Dregler, que ya sostenía la otra hoja, sonriéndole muy abiertamente mientras lo hacía. (¡Cómo deseó entonces ver lo que sus ojos hacían en ese instante!). Ella sacudió ligeramente la mano de Dregler antes de apartar la suya y marcharse silenciosa y sin dejar aroma alguno. Así pues, ¿de dónde procedía ese hedor que Dregler percibió en el aire cuando bajó la mirada hacia la nota, en la que simplemente se leía: «Con relación a M.»?

Y bajo este mensaje de tres palabras y media había una dirección, y bajo ésta había indicada una hora del día siguiente. La escritura a mano era elegante, la caligrafía más atractiva que Dregler hubiera leído jamás.

A la luz de los acontecimientos de los últimos días, Dregler no se extrañó mucho de encontrar otra nota más esperándole al regresar a su casa. Estaba doblada por la mitad e introducida por debajo de la puerta del apartamento. «Estimado Lucian —comenzaba la misiva—, cuando ya creías que las cosas habían alcanzado su máximo nivel de absurdo, aún se vuelven todavía más absurdas. En pocas palabras… ¡nos han tomado el pelo! A los dos. Y nada menos que mi esposa, junto a una amiga suya. (Una catedrática de antropología rubia a quien creo que tú quizás ya conozcas, o hayas oído hablar de ella; en todo caso, ella sí te conoce a ti, o al menos tu obra, o quizás a ambos). Te explicaré todo el asunto cuando nos reunamos, lo cual me temo que no pueda ser hasta que mi esposa y yo regresemos de otra de nuestras «escapadas». (En esta ocasión, echando un vistazo a algunas islas del Pacífico).

»Creí que quizás te mostrarías lo suficientemente escéptico para no ir a la librería, pero al enterarme de que no estabas en tu casa temí lo peor. Espero que no te hicieras muchas ilusiones, aunque no creo que nunca te las hayas hecho por nada. En todo caso, no ha ido a mayores. Las chicas me explicaron que estaban perpetrando un engaño cuasicientífico, una broma pesada secreta. Si sientes que has sido estafado, no puedes ni imaginarte cómo me sentí yo. Es increíble el realismo con el que me

hicieron creer toda la pantomima. Pero si llegaste hasta la librería, ya debes saber a estas alturas que el remate final de la broma era bastante endeble. El objetivo final, según me contaron, era simplemente despertarte suficiente interés para que cometieras alguna acción un tanto ridícula. Tengo curiosidad por saber cómo reaccionó el señor B. Bros cuando el distinguido autor de *Meditaciones sobre la Medusa* y otros sesudos estudios le ofreció un viejo libro de texto sin ningún valor.

»En serio, espero que no te causara demasiado bochorno, y los dos, los tres, te pedimos disculpas por hacerte perder el tiempo. Nos vemos pronto, morenos y relajados tras disfrutar de un Edén en los Mares del Sur. Y tenemos planeado compensarte por todo ello, es una promesa». Por supuesto, la nota estaba firmada por Joseph Gleer.

Pero la confesión de Gleer, aunque le resultaba evidente que era genuina, no resultaba más convincente que su «pista» sobre una Medusa de Librería. Porque esta pista, la cual Dregler no había creído ni un solo segundo, le había llevado más lejos de lo que Gleer, el cual ya no creía en ella, pensaba. Así pues, todo indicaba que, mientras su amigo había quedado convencido por una falsa aclaración, Dregler debía seguir sufriendo a solas los efectos de un estado genuino de desconocimiento. Y fuera quien fuera quien estuviera tras esta broma pesada, fuera esta verdadera o falsa, conocía a la perfección las mentes de ambos hombres.

Dregler recogió todas las notas que había recibido ese día, las grapó y las colocó en una nueva sección de su enorme archivo. Provisionalmente tituló esta sección como: «Confrontación personal con la Medusa, ya sea real o aparente».

III

La dirección que Dregler había recibido el día anterior no estaba demasiado lejos para acudir a pie, siendo como era un andarín inquieto. Pero por alguna razón esa mañana se sentía bastante agotado, así que tomó un taxi que le transportara rápidamente por la ciudad oscurecida bajo la llovizna. Tras acomodarse en el espacioso y descuidado asiento trasero del taxi, reflexionó sobre unas cuantas cuestiones. ¿Por qué, se preguntó, eran las gafas de la conductora, que con frecuencia se asomaban por el espejo retrovisor, más oscuras que el propio día? ¿Era un truco para poder «admirar» a placer a sus pasajeros? Y toda esta basura en el asiento trasero (la colilla en forma de L sobre el apoyabrazos de la puerta, el negro corazón de manzana sobre el suelo), ¿se suponía que debía despertar su admiración?

Dregler se hizo otra docena de preguntas sobre aquel trivial itinerario, aquel húmedo día, y la ciudad a su alrededor, donde se multiplicaban los paraguas como champiñones bajo el cielo gris, hasta que estuvo totalmente convencido de carecer de cualquier sensación de bienestar. Un poco antes le había preocupado que el flujo de sus propias reacciones a lo largo de ese día no fuera el de un hombre que con toda probabilidad iba a enfrentarse a la Medusa. Le preocupaba llegar a tomarse este recorrido y su destino con demasiado entusiasmo, o como si fuera algún tipo de aventura; en resumen, temía que su actitud pudiera resultar ser, hasta cierto punto, la actitud de un demente. Estar cuerdo, sostenía, significaba o bien estar sedado por la melancolía o activado por la histeria, dos reacciones que están «disponibles siempre y por igual para aquellos de *correcto* entendimiento». Todas las demás reacciones eran irracionales, simples síntomas de imaginaciones perezosas, de recuerdos ociosos. Y más allá de estas reacciones mundanas, la única elevación posible, la única trascendencia válida, era el sarcasmo: un gozo que aniquilaba el universo visible con burlas de oscuro júbilo, un éxtasis *consciente*. Cualquier otra cosa en el camino hacia el «misticismo» era una señal de desvío o distracción, y una herejía contra lo evidente.

El taxi giró hacia un edificio de piedra caliza húmeda y de color rojizo y se detuvo frente a un pequeño solar del callejón recubierto por las esqueléticas ramas de dos abedules jóvenes. Dregler abonó el viaje a la conductora, que no expresó gratitud alguna por la propina, y se alejó rápidamente bajo la llovizna hacia un edificio de ladrillos dorados con números negros (dos-cero-dos) sobre una puerta negra con un pomo y un llamador de latón.

Tras revisar de nuevo la información de la arrugada hoja que se sacó del bolsillo, Dregler presionó el brillante timbre. No se veía a nadie por la calle, y los árboles y el pavimento desprendían un aroma a humedad.

La puerta se abrió y Dregler entró rápidamente. Un hombre con un traje raído y de edad indefinida cerró la puerta a sus espaldas, luego preguntó con una voz cordialmente neutra: «¿Dregler?». El filósofo le respondió asintiendo. Tras unos segundos sin reaccionar, el hombre pasó junto a Dregler y le hizo una señal para que le siguiera hasta el zaguán de la primera planta. Se pararon frente a una puerta que estaba exactamente bajo las escaleras principales que conducían a los pisos superiores. «Por aquí dentro», dijo el hombre mientras colocaba la mano en el pomo de la puerta. Dregler vio en ese momento el anillo, su piedra rosada y la montura de plata, y la incoherencia entre la austera apariencia del hombre y aquella pieza de joyería bastante llamativa en comparación. El hombre abrió la puerta y, sin penetrar en la estancia, accionó el interruptor de la luz en una pared lateral.

En apariencia era como cualquier otro almacén o trastero repleto de distintos objetos.

—Póngase cómodo —dijo el hombre mientras indicaba a Dregler la entrada a la estancia—. Váyase cuando así lo desee, sólo tiene que cerrar la puerta cuando lo

haga.

Dregler echó un rápido vistazo por el cuarto.

—¿No hay nada más? —preguntó tímidamente, como si fuera el alumno más tonto de la clase—. ¿Esto es todo, entonces? —insistió con voz más baja, más digna.

—Esto es todo —repitió el hombre con suavidad. Luego, cerró la puerta lentamente, y desde dentro Dregler pudo oír los pasos que se alejaban por el zaguán.

La habitación era el típico receso bajo unas escaleras, y el techo se inclinaba en una suave pendiente donde los escalones en ángulo ascendían por el otro lado. Cualquier otra parte de la estancia estaba a oscuras y abarrotada de sábanas con forma de lámparas o mesas o caballitos de juguete: montones de mecedoras y carritos de bebé y otras piezas de mobiliario abandonado; mangueras con esparadrapos que pendían de ganchos en las paredes como pitones muertas; jaulas de animales con las portezuelas abiertas colgando de una sola bisagra; viejas latas de pintura y tarros de aguarrás pálido y moteado como un huevo, y un foco polvoriento que irradiaba un haz grisáceo de luz sobre todos los objetos.

Extrañamente, no se detectaba una variedad de olores en el cuarto, cada cual delatando su origen, sino un único olor compuesto por muchos como un *puzzle*: su imagen completa era oscura como las sombras de una cueva y se esparcía en una docena de direcciones deslizándose sobre las paredes curvas. Dregler echó un vistazo al cuarto y recogió un pequeño objeto, aunque rápidamente lo volvió a dejar porque le temblaban las manos. Encontró un viejo cajón donde sentarse, mantuvo los ojos abiertos y esperó.

Más tarde no recordaba cuánto tiempo había permanecido en aquel cuarto, aunque logró recopilar en su memoria todos los detalles de una vigilia sin acontecimientos para reutilizarlos más tarde en sus sueños voluntarios e involuntarios. (Estaban recopilados en la cada vez más útil sección bautizada con el título de «Confrontación personal con la Medusa», una sección que se configuraba como una zona en la que se arremolinaban sombras rojas y cien voces susurrantes). Sin embargo, Dregler recordaba vívidamente que abandonó el cuarto en un estado de pánico tras verse a sí mismo reflejado en un viejo espejo con una grieta que reptaba justo por el centro de la imagen. Mientras salía del cuarto se quedó sin aliento al notar que algo le arrastraba de regreso a la estancia. Pero se trataba simplemente de un hilo suelto del abrigo que se había enganchado en la puerta. Finalmente, la hebra se partió y quedó libre para marcharse, con el corazón dominado por el terror.

Dregler nunca informó a sus amigos del gran éxito que había supuesto esa tarde, aunque tampoco habría sabido explicárselo de manera práctica incluso si hubiera querido hacerlo. Según lo prometido, le compensaron por cualquier inconveniente o bochorno que pudiera haber sufrido como resultado del, en palabras de Gleer, «incidente de la librería». Los tres celebraron una fiesta en honor de Dregler y finalmente éste conoció a la nueva esposa de Gleer y a su cómplice en la «farsa». (Dregler pudo comprobar entonces que nadie, y menos él mismo, estaba dispuesto a

admitir que hubiera sido algo más que eso, una farsa). Dejaron a Dregler a solas con esa mujer tan sólo unos instantes, en un rincón de una habitación llena de gente. Aunque ambos conocían sus respectivas obras, parecía que era la primera vez que se encontraban en persona. Sin embargo, ambos confesaron tener la sensación de conocerse de algo, aunque sin tener ni la capacidad ni la intención de ahondar más allá en los orígenes de esa impresión. Y aunque lograron establecer múltiples amistades comunes, no encontraron ninguna relación directa entre ambos.

—Quizás fuiste una de mis estudiantes —sugirió Dregler.

Ella sonrió y dijo:

—Gracias, Lucian, pero no soy tan joven como pareces creer.

Entonces la empujaron desde atrás («Uoops», exclamó un académico achispado), y algo con lo que ella había estado jugueteando en la mano acabó en la bebida de Dregler. Transformó la burbujeante bebida en una copa llena de luz rosácea líquida.

—Lo siento. Permite que te pida otra —dijo ella, y a continuación desapareció entre la multitud.

Dregler pescó el pendiente de la copa y se esfumó de allí con él antes de que ella tuviera ocasión de regresar con nuevas bebidas.

Más tarde, ya en su habitación, Dregler lo introdujo en una pequeña caja, con una etiqueta: «Tesoros de la Medusa».

Pero no había nada que él pudiera probar, y lo sabía.

IV

No muchos años más tarde, Dregler se encontraba de nuevo realizando uno de sus ya famosos paseos por la ciudad. Desde el incidente de la librería había añadido varios títulos a su obra, y éstos le habían reportado la leal y fascinada atención de lectores que anteriormente le habían eludido. Antes de su «descubrimiento» tan sólo había despertado un interés distante tanto en círculos académicos como populares, pero en este momento cada una de sus costumbres, y de igual manera todos sus paseos diarios, habían sido transformados por los comentaristas en «rasgos típicos» y «peculiaridades definitorias». «Los paseos de Dregler —se afirmaba en un artículo— son un elemento constitutivo de la mente moderna, los periplos urbanos de un torturado Ulises *sans* Itaca». En otro artículo se le otorgaba el superlativo de contraportada: «el heredero más barroco de las obsesiones del Existencialismo».

Pero, a pesar de todas las fastuosidades que pudieran haber inspirado, sus libros

más recientes (*Un ramillete de gusanos*, *Banquete para arañas*, y *Nuevas Meditaciones sobre la Medusa*) le habían permitido «atrapar las mentes de una generación moribunda y traspasarles su propio dolor». Estas palabras fueron escritas, bastante inesperadamente, por Joseph Gleer en una reseña sumamente favorable de *Nuevas Meditaciones* en una publicación quincenal filosófica. Probablemente pensó que esta mención lograría reavivar la amistad con su antiguo colega, pero Dregler hizo caso omiso de los esfuerzos de Gleer por congraciarse y de las repetidas invitaciones a unirse a él y a su esposa para esta o aquella reunión. ¿Qué otra cosa podía hacer Dregler? Fuera o no consciente Gleer, él ahora era uno de ellos. Y también lo era Dregler, aunque la virtud que lo salvaba era su propio conocimiento de este hecho perturbador. Y esto era parte de su dolor.

«Sólo podemos vivir dejando nuestra "alma" en manos de la Medusa —escribió Dregler en *Nuevas Meditaciones*—. Que sea un ángel o una gárgola no es lo que importa. En ambos casos la apariencia tan sólo sirve de truculenta distracción de la última catástrofe que nos convertirá en piedra; en ambos casos se trata de una máscara que esconde el peor rostro, una medicina que aturde la mente».

«Y la Medusa se asegurará de que estemos protegidos, sellando nuestros párpados con la saliva pegajosa de sus serpientes, mientras los cuerpos de estas reptan y penetran por nuestros labios para devorarnos *desde el interior*. Esto es lo que nunca debemos presenciar, excepto en la imaginación, donde resulta una visión atrayente. Y tanto en palabras como en la mente, la Medusa fascina en mucha mayor medida que lo que horroriza, y nos atormenta tan sólo a este lado de la petrificación. En el otro lado está lo impensable, lo jamás oído, aquello-que-nunca-debió-ser: es decir, lo Real. Esto es lo que ahoga nuestras almas con cientos de dedos, en algún lugar, quizás en aquella habitación en penumbra que nos hacía olvidarnos de nosotros mismos, ese lugar donde nos abandonábamos entre sombras y extraños sonidos, mientras nuestras mentes y palabras jugueteaban, como mascotas traviesas y estúpidas, *distrayéndose* de un inconmensurable desastre. La tragedia es que debemos acercarnos mucho para poder evitar este peligro. *Sólo seríamos capaces de ocultarnos del horror en el mismo corazón del horror*».

En ese momento Dregler había llegado al punto más alejado de su paseo diario, el punto en el que normalmente daba media vuelta y regresaba a su apartamento, a aquella *otra* habitación. Echó un vistazo a la puerta negra con el pomo y el llamador de latón, luego miró la calle, a la hilera de luces de los porches y los ventanales, que relucían ferozmente bajo la penumbra del crepúsculo. Levantó los ojos al cielo y vio las cúpulas azuladas de las farolas: aureolas invertidas u ojos abiertos. Una ligera lluvia comenzó a salpicarle, pero nada por lo que preocuparse demasiado. Un segundo más tarde, Dregler ya había encontrado refugio bajo la acogedora mole de piedra arenisca.

En breve se encontró ante la puerta de la habitación, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo para mantenerlas alejadas de cualquier tentación. Advirtió que

nada había cambiado, nada en absoluto. La puerta no había sido abierta por nadie desde que él la cerró a sus espaldas aquel frenético día de hace años. Y allí estaba la prueba, como sabía de alguna manera que estaría: ese largo hilo de su abrigo todavía colgaba donde quedó atrapado entre la puerta y el marco. Ya no había ninguna duda acerca de lo que iba a hacer.

Debía echar un rápido vistazo a través de una grieta del grosor de una mano, pero el suficiente tiempo para arriesgarse a sufrir una decepción y la dispersión de todos los atrayentes traumas que había formado en su cerebro y sus libros, esparciéndolos en ellos como aquellas extrañas sombras que él creía que pululaban por ese cuarto.

Y las voces… ¿volvería a oír aquel susurro que presagiaba la presencia de la Medusa en igual medida que las huidizas sombras rojas? Mantuvo los ojos clavados en su mano sobre el pomo, lo giró suavemente y abrió la puerta ayudándose con el codo. Así pues, lo primero que vio fue su mano, que comenzó a irradiar un resplandor como de amanecer rosado, luego como de crepúsculo carmesí más profundo, a medida que era bañada más directamente por la extraña iluminación del interior de la estancia.

No hizo falta que buscara el interruptor y diera la luz del interior. Podía ver lo suficiente, porque su propia visión, aunque ya de por sí era excepcional, estaba reforzada por la orientación de un espejo resquebrajado, que le ofrecía el reflejo de las profundidades en penumbra del cuarto. ¿Y en las profundidades del espejo? Una imagen partida, algo fracturado por un abismo del grosor de un hilo que rezumaba un fulgor rojo viscoso. Había un hombre en el espejo; no, no un hombre, sino un maniquí, o una figura congelada de alguna clase. Estaba desnudo y rígido, apoyado contra una pared abarrotada, los brazos extendidos y echados hacia atrás, como si intentara evitar caer de espaldas.

La cabeza también estaba echada hacia atrás, el cuello casi roto; los ojos estaban totalmente cerrados, formando un par de protuberancias perfectamente selladas, dos arrugas oculares que habían ocupado el lugar de las propias órbitas. Y la boca estaba tan abierta en un grito silencioso que todas las arrugas en esa parte del anciano rostro se habían alisado. Apenas reconoció ese rostro, esa forma desnuda y paralizada que había olvidado casi por completo, excepto como escabrosa figura retórica que en otro tiempo empleó para describir el extraño estado de su alma. Pero ya no era una encantadora imagen de la imaginación. El reflejo le había otorgado encanto, la había hecho aceptable para la cordura, al igual que el reflejo había convertido a esas serpientes, y a la que las portaba, en algo pintoresco y que ya no aterraba hasta la parálisis total. Pero ningún tipo de reflejo podría dar una idea de cómo era verla en realidad, ni el estado de ser una piedra.

Las serpientes se movían en ese momento, enroscándose por los tobillos y las muñecas y el cuello; sigilosamente penetraban la boca del hombre abierta en un grito y se asomaban por los ojos. En la profundidad del espejo se abrió otro par de ojos de color del vino mezclado con agua, y relucían a través de una oscura masa

enmarañada. Los ojos se cruzaron con los suyos, pero no en un espejo. Y la boca gritaba, pero no emitía ningún sonido. Finalmente, se había reconciliado de la peor manera posible con la criatura del interior del cuarto.

Rígido interior de piedra ahora, se escuchó pensar. *¿Dónde está el mundo, mis palabras?* Ya no había mundo, ni palabras, sólo había a partir de ese momento aquella estrecha habitación y sus dos inseparables ocupantes. Nada que no fuera eso existía ya para él, ni tampoco podía existir, ni, de hecho, jamás existió. En su propio corazón rosado, su terror finalmente había dado con él.

Conversaciones en una lengua muerta

Conveniens vitae mors fuit ista suae.

OVIDIO

I

TRAS despojarse del uniforme, bajó las escaleras para rebuscar en los cajones de la cocina, en los que trasteó ruidosamente entre cubiertos y utensilios de cocina. Finalmente encontró lo que buscaba. Un cuchillo de trinchar, el cuchillo de las fiestas, la herramienta tradicional que había usado todos estos años. Su cuchillito-amorcito.

Primero talló un ojo, horadando el triángulo con la punta del cuchillo y retirando con cuidado la pulpa del agujero. Pellizcó la hoja, deslizó dos dedos por el borde sin filo y desgajó el ojo sobre el periódico que había colocado con sumo cuidado junto al lavabo. Otro ojo, una nariz, una boca aullante ovalada. Listo. A falta del vaciado manual de las entrañas de semillas y fibras para reemplazarlas por una pequeña vela corta como las de vigilia. Guíalos, santo farol, a través de la oscuridad y el desastre. Hacia mí. Hacia mi yoíto-chiquitito.

Vació varias bolsas de dulces en un enorme cuenco de patatas fritas, toqueteando los caramelos aquí y allá: gruesos caramelos, bolas ácidas amargas, besos de chocolate para los niños. Probó unos cuantos masticándolos para apreciar su sabor y textura. Unos pocos más. Pero no demasiados, algunos de sus compañeros de trabajo ya empezaban a llamarle culo gordo en cuanto se daba media vuelta. Además, estropearía su cena de fiesta que tanto le había costado preparar en el escaso tiempo que le quedaba antes del anochecer. Mañana comenzaría la dieta y a prepararse comidas más frugales.

Al anochecer sacó la calabaza al porche y la colocó sobre una mesa pequeña pero alta sobre la que había dejado caer una sábana que ya no utilizaba como tal. Recorrió con la mirada el viejo vecindario. Detrás de las barandillas de otros porches y en los ventanales de un lado a otro de la calle brillaba una raza de nuevos rostros en el barrio. Los invitados de la fiesta vienen a pasar la noche, con pocas esperanzas de poder sobrevivir hasta el día siguiente. El día de Todos los Santos el padre

Mickiewicz iba a celebrar una misa a primera hora de la mañana, a la cual tendría el tiempo justo de asistir antes de ir a trabajar.

Ningún niño todavía. Espera. Allí vienen, correteando por la calle: un espantapájaros, un robot, y… ¿qué es eso?… oh, un payaso de cara blanca. No era la cosa con cara de calavera que había pensado al principio, pálida y con las cuencas de los ojos vacías, como la luna que brillaba glacialmente en una de las noches más claras que jamás hubiera visto. Las estrellas eran una gélida efervescencia.

Mejor meterse dentro. Pronto llegarán. Esperando tras el cristal de la puerta principal con el brazo apoyado en el cuenco de dulces, agarró nervioso un puñado de ellos y los dejó caer uno a uno de nuevo en el cuenco, un bucanero regodeándose con su botín… un pirata con cara de color ceniza; un parche en la cuenca del ojo vacía, una calavera pirata en su gorra con una «x» marcando el lugar de las tibias, corriendo por el camino de entrada y subiendo a la carga las escaleras del porche con un sable embutido en los pantalones.

—Truco o trato.

—Bueno, bueno, bueno —dijo, elevando la entonación de cada «bueno» sucesivo —. Que me aspen si no es el mismísimo Barbanegra. ¿O es Barbazul? Siempre me olvido. Pero tú no tienes ninguna barba, ¿verdad?

El pirata sacudió la cabeza tímidamente para expresar que no.

—Entonces quizás deberíamos llamarte SinBarba, al menos hasta que empieces a afeitarte.

—Tengo bigote. Truco o trato, señor —dijo el chico, sosteniendo en alto con gesto impaciente una funda de almohada vacía.

—Y buen bigote es, sí señor. Aquí tienes, pues —dijo, lanzando un puñado de dulces al saco—. Y rebana algunas gargantas a mi salud —gritó mientras el chico daba media vuelta y se alejaba corriendo.

No debería haber dicho esas palabras tan alto. Vecinos. No, nadie le había oído. Esta noche las calles se han llenado de gente gritando, y todos los gritos parecen iguales. Se escuchan las voces por todo el vecindario, música que rebota contra la sonora tabla del silencio y la fría infinidad del otoño.

Por allí llegan algunos más. Viva.

Truco o trato: un esqueleto obeso, los michelines sobresalen por debajo de los huesos del disfraz. Qué lástima, especialmente a su edad. El culo gordo del cementerio y del patio del colegio. Dale un puñado extra de caramelos. «Muchas gracias, señor». «Venga, toma más». Entonces el esqueleto bajó anadeando los escalones del porche, y su imagen se esfumó en la vacuidad de la noche con un repiqueteo de la bolsa de papel llena de caramelos mientras se alejaba hasta convertirse en un susurro.

Truco o trato: un bebé demasiado grande, con biberón y pañal, con un problema en la piel en erupción sobre su rostro preadolescente. «Bueno, cuchi cuchi», le dijo al infante mientras dejaba caer una lluvia de caramelos dentro de su saco abierto. El

bebé se marchó dando tumbos con una mueca insolente, con los pañales abultados resbalándole por la espalda y desapareciendo de nuevo en la negrura de la que había emergido momentáneamente.

Truco o trato: un vampiro enano, no podía tener más de seis años. Saluda a su mamá que le espera en la calle. «Das *mucho* miedo. Tus padres deben estar orgullosos. ¿Te has maquillado tú solo?», susurró. El pequeñajo levantó la mirada en silencio, tenía los ojos con manchurrones de rímel negro. A continuación usó un diminuto dedo con la uña puntiaguda pintada de esmalte negro para señalar la silueta de su guardián cerca de la calle. «Mamá, ¿eh? ¿Le gustan a ella los caramelos? Seguro que sí. Aquí tienes algunos para mamá y algunos más para ti, de los rojos bonitos para chupar. Eso es lo que a vosotros los vampiros que dais miedo os gusta, ¿verdad?», y acabó la frase con un guiño. Bajando los escalones con cuidado, el niño de la noche regresó con su madre, y ambos continuaron a la siguiente casa, uniéndose a las tropas anónimas de sus predecesores.

Otros llegaron y se marcharon. Un extraterrestre moqueando, un par de fantasmas malolientes, un tubo de dentífrico asmático. El desfile fue aumentando sus filas a medida que pasaba la noche. Se levantó el aire y una cometa rota luchaba por liberarse de las garras de un olmo al otro lado de la calle. El cielo de octubre seguía resplandeciendo sobre los árboles, como si hubieran aplicado un barniz brillante a la noche. La luna se encendió hasta desprender un destello lacrimoso, mientras las voces se apagaban abajo. Cada vez había menos disfraces dispuestos a perpetrar engaños en el vecindario. Estos serán probablemente los últimos que se acerquen al porche. De todas formas, casi no quedan dulces.

Truco o trato. Truco o trato.

Extraordinarios estos dos últimos. Obviamente hermano y hermana, quizás gemelos. No, la niña parece mayor. Una pareja ganadora, especialmente la novia.

—Bueno, felicidades a la novio y el novia. Ya sé que lo he dicho al revés. Eso es porque vosotros estáis al revés, ¿verdad? ¿De quién ha sido la idea? —preguntó lanzando dulces como si fuera arroz en la bolsa del novio con esmoquin. Qué rostros, tan claros. Estrellas relucientes.

—Eh, tú eres el cartero —dijo el chico.

—Muy observador. Te vas a casar con un tipo listo —le dijo a la chica novio.

—Yo también me he dado cuenta —respondió ella.

—Claro que sí. Sois unos chicos muy listos, los dos. Eh, chicos, debéis estar cansados después de haber estado andando toda la noche —los niños se encogieron de hombros, ignorando lo que significaba estar cansados—. Yo desde luego sí lo estoy después de entregar el correo de un lado a otro de estas calles. Y lo hago todos los días, excepto los domingos, por supuesto. Luego me voy a la iglesia. ¿Vosotros vais a la iglesia?

Aparentemente sí iban a misa. Aunque a la iglesia equivocada.

—¿Sabéis?, en nuestra iglesia organizamos excursiones y actividades de ese tipo

para los niños. Eh, tengo una idea…

Un coche que circulaba por la calle redujo la velocidad mientras barría con el foco policial las casas de la otra acera. Algunos festejantes desaparecidos, probablemente.

—Da igual mi idea, chicos. Truco o trato —dijo abruptamente, colmando a la niña novio de caramelos, que se alejó inmediatamente. Luego se volvió al niño novia, a quien ofreció el resto del contenido del enorme cuenco mientras adoptaba una expresión escrupulosamente neutra al hacerlo. ¿Estaba el chico ruborizándose o era sólo la luz de la calabaza iluminada?

—Vamos, Charlie —llamó la hermana desde la acera.

—Feliz Halloween, Charlie. Hasta el año que viene.

O quizás nos veamos por el barrio.

Sus pensamientos vagaron durante unos instantes. Cuando recobró el control, los chicos ya se habían marchado, todos ellos. Excepto los imaginarios, ideales de su tipo. Como ese chico y su hermana.

Dejó que la vela terminara de quemarse en la calabaza. Que aproveche al máximo su corta vida. Al día siguiente estaría muerta y desechada con el resto de desperdicios, una carcasa apagada apoyada cariñosamente contra la bolsa de basura. Al día siguiente… El día de Todos los Santos. Recoge a Madre para ir a misa por la mañana. Podría contar como visita semanal ese sagrado día de precepto. Recuerda también hablar con el padre M. acerca de llevar a ese grupo de chavales al partido de fútbol.

Los niños. Su actuación anual ya se había celebrado, el maquillaje había sido limpiado y los disfraces estaban de nuevo en sus cajas. Después de apagar las luces del piso de arriba y el de abajo y echarse en la cama, todavía escuchaba «truco o trato» y veía sus rostros en la oscuridad. Y cuando ellos intentaban disolverse en el fondo de su mente adormecida… él los traía de nuevo.

II

«Ttrrruco o ttrrrato», parloteaba un trío de vagabundos fisgones y gandules. Hacía mucho más frío este año y él llevaba el abrigo de lana azul grisáceo con el que repartía el correo. «Éstos para ti, éstos para ti y éstos para ti», dijo en un tono de voz de neutra eficiencia. Los gorrones no se mostraron muy agradecidos por la dádiva. Ya no tienen aprecio por nada. Las cosas cambian tan rápido. Olvídalo, cierra la puerta,

ráfagas heladas.

Hacía semanas que los olmos y los arces rojos del vecindario habían sido atacados por un frío poco habitual para esa época del año y se habían quedado desnudos hasta los huesos. En ese momento las nubes coagulaban el cielo, un turbio techo morado a través del cual no brillaba ninguna estrella. Se avecinaba una nevada.

Pocos niños celebraban la festividad este año, y un buen número de los que habían salido apenas parecían preocuparse por la originalidad o fastuosidad de sus disfraces. Muchos se conformaban con pintarse la cara con un trozo de corcho quemado y salir a pedir en ropa de diario.

Parecía que habían cambiado tantas cosas. Todo el mundo estaba hastiado, una máquina inexorable de cinismo. Tu madre muere inesperadamente y te dan dos días de baja en tu trabajo. Cuando regresas, la gente aún quiere tener que ver menos contigo que antes. Extraño, cómo se puede sentir la pérdida de algo que nunca estuvo ahí desde un principio. Una mujer bajita y malhumorada muere… y de repente hay una ausencia regia, como si una reina hubiera abandonado cruelmente su trono. Era la diferencia entre una noche con una sola estrella y otra sin nada más que una asfixiante oscuridad.

Pero recuerda aquellos tiempos cuando ella solía… No, *nihil nisi bonum*. Dejad que los muertos, etcétera, etcétera. El padre M. celebró un excelente servicio funerario, y no servía de nada arruinar esa sensación perfecta de irreversibilidad que el cura había logrado transmitir en relación a la fase terrenal de la existencia de su madre. Así que, ¿por qué traerla de nuevo a sus pensamientos? La Noche de los Muertos, recordó.

Ya no quedaban muchos emisarios de los difuntos recorriendo las calles del vecindario. Ya habían regresado a casa los que habían salido en primer lugar. Mejor cerrar hasta el próximo año, pensó. No, espera.

Aquí están otra vez, avanzada la noche como el año anterior. Quítate el abrigo, un repentino fogonazo de calor. Una vez más las cálidas estrellas habían regresado brillando con su verdadera luz. Cómo resplandecían esos dos pequeños puntos en la oscuridad. Su intensidad estelar penetró en él directamente, una brillante tensión. En esos momentos se sentía agradecido por la predominante penumbra de la noche de Halloween de ese año, la cual exacerbaba aún más su presente estado de placer. Que ambos llevaran los mismos disfraces que el año pasado era más de lo que hubiera podido desear.

—Truco o trato —dijeron desde lejos, repitiendo la invocación cuando el hombre que estaba de pie tras el cristal no respondió y se limitó a permanecer allí mirándolos. Entonces el hombre abrió la puerta de par en par.

—Hola, pareja feliz. Qué alegría veros de nuevo. ¿Os acordáis de mí, el cartero?

Los niños intercambiaron miradas y el chico respondió:

—Sí, claro —la chica coreó en respuesta con una risita, aumentando el deleite del hombre ante aquella situación.

—Bueno, aquí estamos un año más tarde y vosotros dos aún seguís vestidos y esperando a que comience la boda. ¿O es que acabáis de celebrarla? A este paso no vais a progresar mucho. ¿Y qué pasará el año que viene? ¿Y el siguiente? Nunca vais a envejecer, ¿me entendéis? Nada cambiará. ¿Os parece bien?

Los niños intentaron asentir mostrando un gesto de comprensión, pero sólo lograron unos movimientos y expresiones faciales de educado desconcierto.

—Bueno, a mí también me parece bien. Confidencialmente, desearía que las cosas hubieran dejado de cambiar para mí hace mucho tiempo. De todas formas, ¿os apetecen unos caramelos?

Los caramelos fueron ofrecidos y los niños dijeron «graaaaciiias» de la misma forma que lo habían dicho en una docena de otras casas. Pero justo antes de que pudieran seguir su camino… el hombre llamó su atención una vez más.

—Eh, creo que os vi a los dos jugando en el jardín de vuestra casa un día mientras repartía el correo. Es una casa blanca grande en Pine Court, ¿verdad?

—No —dijo el chico mientras bajaba con cuidado los escalones del porche para no tropezarse con el vestido. Su hermana ya se había alejado impaciente hasta la acera.

—Es roja con contraventanas negras. En la calle Fresno.

Y se unió a su hermana sin esperar una reacción a su respuesta y, uno al lado del otro, la novia y el novio se alejaron por la calle, ya que no parecía haber ninguna otra casa cerca donde conseguir más caramelos. El hombre observó cómo se hacían cada vez más diminutos en la distancia hasta que finalmente desaparecieron en la oscuridad.

Hace frío aquí fuera, cierra la puerta. No había nada más que hacer; había logrado fotografiar el encuentro para el álbum familiar de su imaginación. Sus rostros relucían más brillantes y claros este año. Quizás no habían cambiado en realidad ni nunca lo harían. No, pensó en la oscuridad de su dormitorio. Todo cambia y siempre a peor. Pero ellos no experimentarían ninguna transformación repentina en ese momento, no en sus pensamientos. Una y otra vez los volvía a traer para asegurarse de que eran los mismos.

Puso la alarma del reloj para despertarse para la misa de la mañana al día siguiente. Nadie le acompañaría a la iglesia este año. Tendría que ir solo.

Solo.

III

En el siguiente Halloween la nieve hizo su aparición de forma prematura, una fina base de blancura que se aferraba a la tierra y a los árboles y que le confería un pálido rostro al barrio. Brillaba bajo la luz de la luna, una espuma escarchada. Este centelleante abajo se reflejaba en las estrellas tenuemente situadas arriba en la noche. Una monstruosa masa de nubes de nieve al oeste amenazaba con entrometerse, interponiéndose entre el reflejo y su fuente y convirtiéndolo todo en un vacío gris. Todos los sonidos eran amortiguados por el frío, que los convertía en graznidos de aves migratorias en un anochecer vacío de noviembre.

Ni siquiera es noviembre aún y míralo, pensó mientras miraba por el cristal de la puerta principal. Muy pocos habían salido esa noche, y los que lo habían hecho encontraron menos casas abiertas, puertas cerradas, y las luces apagadas en los porches los apartaban dejándolos vagar a tientas por las calles. Él mismo había perdido bastante de su espíritu festivo, y ni siquiera había sacado una calabaza encendida para marcar su refugio en la noche.

Pero claro, ¿cómo habría podido cargar con un objeto tan pesado teniendo la pierna como la tenía? Una buena caída por las escaleras y comenzó a recibir del gobierno una paga por invalidez, tumbado durante meses en la soledad de su casa.

Había rezado por un castigo y sus plegarias habían sido atendidas. No la propia pierna, que sólo le producía dolor físico e inconveniencias, sino el otro castigo: la soledad. Recordaba que éste era el modo en que le habían corregido de niño: castigado al sótano, exiliado a la bodega de fría piedra sin el alivio de la luz, a excepción de un haz brumoso que entraba por un polvoriento ventanuco en un rincón. Y en ese rincón se quedaba en pie, tan cerca como podía de la luz. Fue allí cuando en una ocasión vio una mosca retorciéndose en una tela de araña. La miró y miró y finalmente la araña salió para comenzar a darse un banquete con su presa. Él lo observó todo, aturdido por el horror y el asco. Cuando acabó le entraron ganas de hacer algo. Y lo hizo. Con sigilo de predador logró agarrar a la pequeña araña y sacarla de su red. En realidad no le supo a nada, y tan solo notó un cosquilleo momentáneo sobre su lengua reseca.

—Truco o trato —oyó. Y casi se levantó para arrastrarse con su bastón hasta la puerta. Pero el lema de Halloween había sido pronunciado en otro lugar en la distancia. ¿Por qué sonó tan cerca durante un instante? Ecos de la imaginación *in crescendo*, donde lejos es cerca, arriba es abajo, dolor es placer. Quizá debería cerrar ya por hoy. Parecía haber tan sólo unos pocos niños celebrando la fiesta este año. Sólo los rezagados más desganados seguían por las calles a estas alturas. Bueno, en ese momento apareció uno.

—Truco o trato —dijo una suave y débil voz de niña. De pie al otro lado de la puerta había una bruja ricamente ataviada, con un abrigado chal negro y guantes negros además del vestido negro. Sostenía una vieja escoba en una mano y una bolsa en la otra.

—Tendrás que esperar un minuto —dijo él a través de la puerta mientras se

esforzaba por levantarse del sofá con la ayuda del bastón. Dolor. Bien, bien. Recogió una bolsa llena de caramelos de encima de la mesita del café, estaba dispuesto a ofrecerle todo su contenido a la pequeña damisela de negro. Pero entonces reconoció quién era tras el maquillaje de color amarillo cadáver. Cuidado. No sería conveniente hacer nada extraño. Finge que no sabes quién es. Y no digas nada sobre casas rojas y contraventanas negras. Ni una palabra sobre la calle Fresno.

Para empeorar aún más las cosas, divisó la silueta de uno de los padres de pie en la acera. Garantizando la seguridad del último hijo vivo, pensó. Pero quizá tenían otros, aunque él sólo había visto al hermano y la hermana. Cuidado. Finge que no te resulta familiar; después de todo, lleva un disfraz distinto al que había llevado los últimos dos años. Sobre todo, no digas ni una sola palabra sobre ya sabes quién.

¿Y qué ocurriría si preguntase inocentemente dónde estaba su hermano pequeño este año? ¿Le diría ella: «Lo mataron», o quizás «Está muerto», o quizás sólo «Se ha ido»?, dependiendo de cómo hubieran afrontado sus padres todo el asunto. Con suerte, no tendría que enterarse.

Abrió la puerta sólo lo suficiente para entregar los dulces y con voz meliflua dijo:

—Aquí tienes, mi pequeña bruja —esta última parte se le escapó sin pretenderlo.

—Gracias —respondió ella entre dientes, entre miles de dientes de miedo y experiencia. Eso le pareció a él.

La niña dio media vuelta y mientras descendía los escalones del porche su escoba iba golpeando cada escalón a sus espaldas. Una vieja escoba desgastada e inservible. Perfecta para las brujas. Y la clase de escoba perfecta para mantener a un niño a raya. Una antigualla fea apoyada en una esquina, un utensilio de disciplina siempre a mano, siempre a la vista del niño hasta que el objeto se transformaba en una imagen de pesadilla. La escoba de Madre.

Una vez que la niña y su madre se hubieron perdido de vista, cerró la puerta al mundo y, tras haber sobrevivido al tenso episodio, se sintió realmente agradecido por una soledad que hacía tan sólo unos minutos tanto había temido.

Oscuridad. Cama.

Pero no podía dormir, y mucho menos soñar. Terrores hipnóticos se instalaron en su mente, una sucesión grotesca de imágenes parecidas a escabrosas viñetas de viejos tebeos. Rostros imposiblemente distorsionados pintados en colores chillones brincaban ante su ojo mental, totalmente fuera de su control. Éstos iban acompañados de una serie de ruidos de feria que parecían emanar de alguna zona situada entre su cerebro y el dormitorio iluminado por la luna que le envolvía. Un zumbido de voces entre excitadas y aterradas llenaba el fondo de su imaginación, interrumpidas por gritos hipernítidos que utilizaban su nombre como una excusa para producir ruido. Era una versión abstracta de la voz de su madre, aunque en esos momentos carecía de cualquier cualidad sensual que pudiera identificarla como tal, permaneciendo tan solo como una idea pura. La voz pronunciaba su nombre desde una habitación lejana de su memoria. *Sam-u-el*, gritaba con una terrible urgencia de oscuro origen. Entonces, de

repente… *truco o trato*. Las palabras resonaban, cambiando de significado mientras se desvanecían en el silencio: *truco o trato… por la calle… nos encontraremos… fresnos, fresnos*. No, no fresnos, sino otra clase de árboles. El chico paseaba por detrás de algunos arces grandes, eclipsado por ellos. ¿Sabía que un coche lo seguía esa noche? Pánico. No lo pierdas ahora. No lo pierdas. Ah, ahí estaba, al otro lado. Bonitos árboles. Los buenos viejos árboles. El chico se volvió y llevaba en la mano una telaraña enmarañada de cuerdas cuyos extremos llegaban hasta las estrellas, que comenzó a mover como cometas o aviones de juguete o marionetas voladoras, mirando hacia el cielo nocturno y pidiendo a gritos la ayuda que nunca llegó. La voz de Madre empezó a gritar de nuevo; luego, las otras voces se mezclaron convirtiéndose en un nauseabundo y balbuceante coro de voces muertas que parloteaban al unísono. La Noche de los Muertos. Todos los muertos conversaban con él con una sola vocecilla-bobadilla.

Truco o trato, decía.

Pero ésta no sonaba como si fuera parte del delirio. Las palabras parecían originarse fuera de él, porque su articulación le sirvió para interrumpir el adormecimiento y liberarlo de su terrible peso. Con un cuidado instintivo de su pierna coja, logró arrancarse las sábanas y colocar ambos pies sobre el suelo firme. Esto le hizo sentirse seguro, pero entonces:

Truco o trato.

Se oía fuera. Alguien en el porche. «Ya voy», gritó en la oscuridad, el sonido de su propia voz le despertó al absurdo de lo que acababa de decir. ¿Es que estos meses de soledad finalmente le habían hecho pagar el precio a costa de su cordura? Escucha atentamente. Quizás no volverá a oírla.

Truco o trato. Truco o trato.

Truco, pensó. Pero tendría que bajar al primer piso para asegurarse. Esperaba ver una silueta o siluetas riéndose y jugando escabullándose en la oscuridad en el instante en que abriera la puerta. Tendría que apresurarse, no obstante, si quería pillarlos. Maldita pierna, ¿dónde está el bastón? A continuación, encontró el albornoz en la oscuridad y se lo echó encima del cuerpo en ropa interior. Y ahora a sortear esas crueles escaleras. Enciende la luz del pasillo. No, eso los alertaría de su presencia. Bien pensado.

Estaba logrando bajar las escaleras a buen ritmo teniendo en cuenta las lúgubres condiciones en las que se encontraba. Ni esto ni aquello ni la oscuridad de la noche[3]. La oscuridad de la noche. La muerte de la noche. La Noche de los Muertos.

Con esa extraña energía de los tullidos, bajó despacio por las escaleras manteniendo en todo momento su bastón un escalón por delante para apoyarse. Concéntrate, repetía en su mente, la cual estaba comenzando a vagar por extraños lugares en la oscuridad. ¡Cuidado! Casi se tropieza en ese momento. Por fin llegó a los pies de las escaleras. Escuchó un sonido que atravesó la pared desde el porche, parecido a una pequeña explosión. Bueno, aún estaban allí. Podría atraparlos y

tranquilizar su mente en cuanto a la fuente de sus imaginaciones. El esfuerzo de bajar las escaleras había conseguido dejarle hiperventilado e inseguro de todo.

Intentando que transcurriera el intervalo de tiempo más corto posible entre las dos acciones, giró el cerrojo de encima del pomo y abrió la puerta tan súbitamente como fue capaz. Un viento frío se filtraba por los bordes de la puerta exterior y se coló al interior de la casa. Fuera en el porche no había ninguna señal de jóvenes traviesos. Espera, sí que la había.

Tuvo que encender las luces del porche para verla. Justo delante de la puerta una calabaza de Halloween había sido lanzada con fuerza contra el cemento, rompiendo el carnoso caparazón y explotando en cientos de fragmentos que salpicaban todo el suelo del porche. Abrió la puerta exterior para inspeccionarlo de cerca y un fuerte viento invadió la casa, soplando por encima de su cabeza con gélidas alas. Menudo vendaval, cierra la puerta. ¡Cierra la puerta!

—Pequeños gilipollas —dijo muy claramente, un intento de mitigar su sensación de caos y delirio.

—¿Quién? ¿Mi yoíto-chiquitito? —dijo una voz a sus espaldas.

En la parte superior de las escaleras. Una silueta bajita y aparentemente con algo en la mano. Un arma. Bueno, él al menos tenía un bastón.

—¿Cómo has entrado, niño? —preguntó sin estar seguro de si realmente era un niño, teniendo en cuenta su voz extrañamente híbrida.

—Ni de coña soy un niño, colega. No existen tales seres en el lugar de donde vengo. Ni caramelitos. Voy disfrazado.

—¿Cómo has entrado? —repitió, creyendo aún que podría establecer una forma racional de acceso a su vivienda.

—¿Entrado? Ya estaba dentro.

—¿Aquí? —preguntó él.

—No, no aquí. Allí-tara-rí —la figura señalaba en ese momento hacia la ventana del piso de arriba, hacia el cielo caleidoscópico—. ¿No es una maravilla? Sin niños, sin nada.

—¿Qué quieres decir? —inquirió con inspiración onírica; la normalización del sueño era lo único que impedía que su mente se derrumbase llegados a este punto.

—¿Qué quiero decir? No quiero no decir nada, asquerosillo.

Doble negación, pensó, aliviado por haber recuperado el contacto con el mundo real de la corrección gramatical. Doble negación: dos espejos vacíos reflejando el vacío del otro con una capacidad infinita, sin que nada anule a nada.

—Psí, ahí es donde vas a ir tú.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo? —preguntó, apretando aún más su bastón y sintiendo la proximidad del punto álgido de esta confrontación.

—¿Cómo? No te preocupes. Tú ya te has asegurado de saber cómo… ómo… ómo… ¡TRUCO O TRATO!

Y de repente la criatura bajó planeando a través de la oscuridad.

IV

Lo encontró al día siguiente el padre Mickiewicz, el cual le había telefoneado antes al ver que este puntual parroquiano no había asistido como de costumbre a la misa de la mañana del Día de Todos los Santos. La puerta estaba abierta de par en par y el cura descubrió el cuerpo a los pies de la escalera, con el albornoz y la ropa interior grotescamente desarreglados. El pobre hombre parecía haber sufrido una nueva caída, mortal en este caso. Una vida sin sentido acaba con una muerte sin sentido: *Su muerte ha sido en todo conforme con su vida*, como escribió Ovidio. Así declaró el cura en su elogio *ad hoc*, aunque no en el que leyó durante el funeral del fallecido.

Pero ¿por qué estaba la puerta abierta si se cayó por las escaleras?, se llegó a preguntar el padre M. La policía respondió a esta pregunta con teorías sobre un intruso o intrusos desconocidos. Dada la naturaleza del delito, especulaban con algún tipo de venganza, que sin embargo el testimonio informal del cura desmentía. La idea de una venganza contra un hombre así resultaba inverosímil, si no totalmente absurda. Sí, absurda. Sin embargo, el motivo no había sido el robo y parecía que el hombre había sido apaleado hasta morir, posiblemente con su propio bastón. Más tarde aparecieron indicios de que el cadáver había sido violado, pero con un objeto mucho más largo y áspero que el bastón del que originalmente se había sospechado. En esos momentos buscaban algún objeto con las dimensiones de una escoba, probablemente una escoba muy vieja, astillada y podrida. Pero jamás la encontrarían en los lugares en que estaban buscando.

El prodigio de los sueños

Imaginé mi despedida ideal de este mundo… un drama fabricado por extraños portentos, velozmente nutrido de sueños y visiones en una atmósfera de terror sublime, creciendo de noche como algún tipo de hongo fosforescente en un sótano olvidado…

Los Diarios de Viaje de Arthur Emerson

ARTHUR Emerson tenía la impresión de que los cisnes, aquellos perennes invitados a la hacienda, se comportaban de forma extraña. Sin embargo, el conocimiento que poseía acerca de su conducta natural era impreciso y le proporcionaba poca información sobre lo que había cambiado en sus hábitos o instintos. Pero estaba profundamente convencido de que, en efecto, dicho cambio había tenido lugar, una deriva imperceptible hacia lo singular. De repente, estas criaturas, que habían llegado a resultarle tan tediosas como todo lo demás, comenzaron a embargarle de un asombro que no había experimentado en muchos años.

Esa mañana estaban reunidos en el centro del lago, apenas visibles tras una lechosa niebla que flotaba sobre las aguas mansas. Durante el lapso de tiempo que los observó no se permitieron ni el menor amago de dirigirse a las verdes orillas que bordeaban el lago. Cada uno de ellos —había cuatro— miraba en una dirección distinta, como si existiera algún tipo de antagonismo dentro del grupo. Luego sus elegantes y fantasmagóricas siluetas giraron con simplicidad mecánica y se apiñaron alrededor de un punto de atención imaginario. Durante unos segundos sus cabezas asintieron levemente unas a otras, inclinándose en una oración silenciosa, pero pronto estiraron sus serpenteantes cuellos al unísono, elevaron sus picos naranjas y negros hacia la espesa niebla que se extendía sobre sus cabezas y escrutaron sus profundidades. A continuación, siguió una serie de inquietantes graznidos distintos a cualquier cosa que se hubiera oído en los vastos terrenos de aquella aislada hacienda.

Arthur Emerson se preguntaba si algo que no podía ver estaba alterando el comportamiento de los cisnes. Mientras permanecía junto a los grandes ventanales que se abrían hacia el lago, recordó que debía enviar a Graff allá abajo a ver si averiguaba algo. Tal vez alguna indeseable alimaña se hubiera instalado recientemente en los espesos bosques cercanos. Y mientras seguía reflexionando sobre el tema, reparó en que los numerosos patos salvajes, aquellos duendecillos marrones que siempre permanecían visibles o audibles en las proximidades del lago, ya habían abandonado la zona, o quizás tan solo permanecían ocultos tras la inusual niebla de aquella mañana singular.

Arthur Emerson pasó el resto del día en la biblioteca. De vez en cuando recibía la

visita de un gato muy negro, un miembro frío y un tanto fantasmal de la pequeña familia Emerson. Finalmente, el animal se quedó dormido sobre un alféizar soleado, mientras su amo se paseaba entre los innumerables volúmenes sin clasificar que había acumulado a lo largo de los últimos cincuenta años.

Durante su niñez, la colección de libros que llenaba los oscuros estantes de la biblioteca era bastante ordinaria, y la mayor parte de ellos habían sido regalados o destruidos para dejar espacio a otros libros. Él era el único estudioso de una larga dinastía de hombres de negocios de uno u otro tipo, el último miembro vivo de una antigua familia. A su muerte, la hacienda pasaría probablemente a manos de algún familiar lejano cuyo nombre y rostro desconocía. Pero esto no preocupaba demasiado a Arthur Emerson: la resignación a su propia incoherencia, junto a las demás cosas de la tierra, era una filosofía que había practicado durante largo tiempo, y con considerable éxito.

En sus años de juventud había viajado mucho, con frecuencia debido a sus estudios, que podrían ser descritos algo así como estudios etnológicos que bordeaban lo esotérico. Transitando por distintos lugares de lo que en los últimos tiempos le parecía un mundo cada vez más reducido, casi claustrofóbico, había intentado colmar un deseo innato de comprender lo que *en otro tiempo* le había parecido una existencia asombrosa e incluso espeluznante. Arthur Emerson recordó que, cuando todavía era un niño, el mundo a su alrededor le sugería espacios extraños que no estaban sujetos a una visión común. Este sentido de lo invisible se hacía presente cuando contemplaba un simple fragmento de cielo rosa sobre árboles sin hojas en el crepúsculo, o una habitación abandonada donde el polvo se había aposentado en cuadros y muebles viejos. Sin embargo, para él estas apariciones escondían mundos de una naturaleza totalmente diferente. Y es que dentro de estas esferas imaginadas o presentidas existía una cierta… confusión, un torbellino, un movimiento palpitante oculto al plano relativo de lo visible.

Sólo en muy raras ocasiones podía penetrar en estos espacios invisibles, y siempre de forma inesperada. Una extraña experiencia de este tipo tuvo lugar en su infancia, en la cual tomó parte una generación previa de cisnes que había estado contemplando una tarde de verano desde una loma que se alzaba junto al lago. Quizás la suave deriva y el deslizamiento sobre el agua le indujeron a algo semejante a un estado hipnótico. El efecto final, sin embargo, no fue la serena catatonía de la hipnosis, sino un torbellino que le hizo flotar a través de un reluciente umbral que se abría hacia el cielo, empujándole hacia un universo caleidoscópico donde el espacio consistía sólo en corrientes multicolores en constante cambio, como si fueran de viento o agua, y donde el tiempo no existía.

Unos años más tarde se convirtió en un estudioso de los mundos imaginarios de leyendas y teologías, y viajó a lugares que escondían o sugerían niveles de existencia desconocidos. Varios de los volúmenes de su biblioteca habían sido escritos por él mismo, sombras bibliográficas de sus eternas obsesiones. Su obra incluía títulos

como: *En los márgenes del Paraíso, El olvidado universo de los vicoli*, y *Los dioses secretos y otros estudios*. Durante muchos años febriles se sintió abrumado por la sensación, sin duda ancestral, de que la increíble expansión de la historia de la humanidad no era más que un patético recuento parcial de una crónica infinitamente vasta y oculta de metamorfosis universales. Cuánto más fuerte era, entonces, la sensación de que su propia historia patética formaba un fragmento prácticamente invisible de lo que en sí mismo no era más que una oscura astilla del infinito. De alguna manera necesitaba escapar de la mazmorra claustral de su vida. Sin embargo, al final se derrumbó bajo el peso de sus propias aspiraciones. Y, a medida que los años iban pasando, el único misterio que parecía ser digno de su atención, y su asombro, era aquel día por venir que inauguraría su eternidad personal, ese día increíble en el que el sol simplemente no se levantaría y se instauraría el para siempre.

Arthur Emerson sacó un libro bastante grande de un estante alto y se dirigió pausadamente hacia el escritorio abarrotado a tomar algunas notas para la que, con mucha probabilidad, sería su última obra. El título provisional: *Dinastías de polvo*.

A la caída de la noche suspendió sus labores. Con el cuerpo agarrotado, se dirigió al alféizar de la ventana, donde el gato dormía bajo la menguante luz del anochecer. Sin embargo, el cuerpo del animal parecía subir y bajar con demasiada violencia para estar dormido y emitía un extraño silbido en lugar del habitual susurrante ronroneo. El gato abrió los ojos y rodó hacia un lado, como hacía con frecuencia para invitar a una mano a acariciar su brillante pelaje. Pero, en cuanto Arthur Emerson apoyó la palma de la mano sobre aquel pelo tan suave, sus dedos recibieron un rápido mordisco. A continuación, el animal saltó al suelo y salió corriendo de la estancia, mientras Arthur Emerson observaba cómo su propia sangre le resbalaba por la mano y formaba una mancha informe.

Durante toda esa velada se sintió inquieto, profundamente incómodo en la atmósfera de cada cuarto que visitaba y que abandonaba al momento. Vagó por la casa, diciéndose a sí mismo que buscaba a su mascota de ébano para aclarar las causas del malentendido. Pero este pretexto se disolvía cada cierto tiempo, y Arthur Emerson era consciente entonces de que en realidad buscaba algo menos tangible que un gato huido. Estas estancias, a pesar de sus altos techos, le asfixiaban con sombrías preguntas; sus pasos, que resonaban nítidamente por pasillos de suelos relucientes, recordaban al sonido de huesos entrechocando. La casa se había convertido en un museo de misterio.

Finalmente, desistió de su búsqueda y permitió que la fatiga lo guiase hasta su dormitorio, donde enseguida abrió una ventana con la esperanza de que algo sin nombre escapase volando de la casa. Pero en ese momento descubrió que no sólo la casa había sido engullida por misterios; era la propia noche. Una brisa nocturna comenzó a levantar las cortinas, mezclándose con el aire del interior del cuarto. Masas de nubes informes flotaban con mecánica complacencia por el cielo gris

pétreo, un cielo en sí mismo informe en lugar de uniformemente infinito. A su izquierda observó que la superficie interior de la ventana abierta reflejaba un extraño rostro, su propio rostro, y empujó a esa criatura dominada por el miedo hacia la oscuridad.

Por fin, Arthur Emerson logró dormirse esa noche, pero también soñó. Sus sueños no poseían ninguna forma definida, un reino de niebla donde planeaban sombras retorcidas que se movían con fluidez en una masa oscura. A continuación, a través de las nubes de niebla a la deriva extrañamente agrupadas, vio una sombra cuya oscura monstruosidad hacía que las otras parecieran compactas y radiantes. Era un coloso deforme, un monumento desfigurado tallado en la absoluta densidad del abismo más negro. Y en ese instante, las sombras menores, las sombras pálidas y exiguas, parecieron unirse en un chirriante coro para venerar a la más grande. Miró fijamente a la ciclópea masa en un trance de terror, cuando su montañosa mole comenzó a moverse, alargando lentamente parte de sí misma, flexionando lo que parecía un brazo deforme. Cuando se despertó, y tras apartar las sábanas, sintió una cálida brisa que flotaba hacia el interior a través de una ventana que no recordaba haber dejado abierta.

A la mañana siguiente comprendió que las extrañas influencias que permanecían desde el día anterior no iban a darle ninguna tregua. Alrededor de toda la hacienda Emerson se había formado una niebla ominosa que cegaba a los moradores de la casa impidiéndoles ver la mayor parte del mundo más allá. Las pocas formas que permanecían visibles, los árboles más cercanos y oscuros, algunos arbustos de rosas que se aplastaban contra las ventanas, parecían haber perdido cualquier sustancia terrenal y creaban un paisaje a un mismo tiempo infinito y claustrofóbico, una hacienda de sueño. Invisibles tras la niebla, los cisnes graznaban en el lago como banshees. E incluso Graff, cuando apareció en la biblioteca ataviado con una enorme chaqueta de encargado y pantalones manchados, parecía más un espectro de mal agüero que un hombre.

—¿Está seguro —preguntó Arthur Emerson, que estaba sentado junto al escritorio — de que no tiene nada que informar acerca de esas criaturas?

—No, señor —replicó Graff—. Nada.

Sin embargo, Graff había descubierto algo que pensaba que el amo de la casa debía ver por sí mismo. Juntos bajaron las distintas escaleras que llevaban hasta los múltiples sótanos y cámaras de almacenamiento bajo la casa. De camino Graff explicó que, como también le había ordenado, estuvo buscando al gato, al cual no habían visto desde la noche anterior. Arthur Emerson se limitó a mirar a su encargado y a asentir en silencio, mientras se preguntaba entre dientes por el extraño aire que percibía en el viejo sirviente. Entre frase y frase el hombre comenzaba a tararear, o más bien a cantar con voz gutural de una manera sumamente peculiar.

Tras adentrarse un buen trecho por las oscuras catacumbas de la casa Emerson,

llegaron a un cubículo apartado que parecía haber quedado a medio hacer cuando la casa fue construida mucho tiempo atrás. No había luz eléctrica (excepto por la que recientemente había improvisado Graff), las paredes de piedra no estaban enyesadas ni pintadas y el suelo era de piedra viva y dura. Graff señaló hacia abajo y su dedo torcido dibujó en el aire un arco a través de la sepulcral penumbra del cuarto. Arthur Emerson observó entonces que el lugar se había transformado en un matadero repleto de restos de pequeños animales: ratones, ratas, pájaros, ardillas, e incluso unas cuantas crías de comadreja y de mapache. Ya sabía que el gato era un cazador compulsivo, pero le pareció extraño que todos esos cadáveres hubieran sido transportados hasta aquel cuarto, como si fuera alguna clase de santuario de mutilación y muerte.

Mientras contemplaba esta macabra estancia, Arthur Emerson percibió por el rabillo del ojo que Graff tocaba nerviosamente algún objeto que escondía en el bolsillo. En efecto, qué extraño se había vuelto el viejo sirviente.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Arthur Emerson.

—¿Señor? —replicó Graff, como si sus movimientos manuales hubieran sido realizados de forma involuntaria—. Oh, esto… —dijo, revelando una herramienta metálica de jardín con cuatro puntas como garras—. Estaba haciendo algunas tareas en el jardín; es decir, tenía intención de hacerlas, si quedara tiempo.

—¿Tiempo? ¿En un día así?

Obviamente avergonzado e incapaz de explicarse, Graff señaló con la herramienta de garras los cadáveres en descomposición.

—En realidad, ninguno de los animales parece haber sido devorado —comentó en voz baja, y aquel curioso pitido gutural sonó casi más fuerte que sus palabras.

—No —confirmó Arthur Emerson con cierto asombro. Entonces extendió el brazo y agarró un grueso cable alargador negro que Graff había pasado por encima de las vigas; al final del cable había una bombilla que intentó reorientar para iluminar mejor el cuarto. Quizás un tanto vagamente, Arthur Emerson creyó distinguir cierto patrón en la forma en que los cuerpos de las criaturas masacradas estaban colocados por el suelo. El siguiente comentario de Graff afinó la vaga percepción de su patrón:

—Es como una hilera de fichas de dominó en espiral. Pero no parece tener ningún significado real.

Arthur Emerson estuvo inmediatamente de acuerdo con la oportuna analogía de un laberinto de fichas de dominó pero, en cuanto al segundo enunciado de Graff, pronto comenzaron a asaltarle algunas dudas. Porque en ese instante. Arthur Emerson levantó la mirada y vio una mancha con una extraña forma, como si fuera de moho o humedad, sobre la pared más alejada.

—¿Quiere que limpie este sitio? —preguntó Graff levantando la garra metálica.

—¿Qué? No —decidió Arthur Emerson mientras observaba el informe e invisible terror que parecía haberse arrastrado de su propio sueño y manchado la piedra ante él —. Deje todo exactamente como está —ordenó al viejo y silbante sirviente.

Arthur Emerson regresó a la biblioteca y allí comenzó a rebuscar en un estante concreto de libros. Ese estante contenía sus archivos privados de diarios de viaje elegantemente encuadernados que había escrito a lo largo de los años. Sacó uno tras otro, hojeó cada volumen y luego lo volvió a dejar en su sitio. Finalmente encontró el que buscaba, el cual relataba un viaje al centro y sur de Italia que realizó en su juventud. Se instaló en el escritorio y se inclinó sobre las palabras que tenía ante él. Tras leer sólo unas cuantas frases comenzó a preguntarse quién podría ser esa extraña criatura llena de lirismo, ese fantasma. Sin duda él mismo, pero en alguna encarnación previa, en alguna otra extraña vida anterior.

Spoleto (Idus de octubre)

¡Qué maravillas moran dentro de los *vicoli*! Cuántas veces podría celebrar aquellas fabulosas calles que forman un laberinto de magia y sueños, y cuántas veces podría ensalzar las ciudadelas medievales de Umbría surcadas por tales calles. Guiándote por pequeños jardines, son callejuelas estrechas creadas para incursiones de sonámbulos. Te abrazan grises muros de altas casas acurrucándote bajo sus tejados de vigas de madera, y bajo innumerables arcos que interrumpen el día monótono con una riqueza de sombras y enmarcan las estrellas de noche en curvas y ángulos caprichosos. ¡El anochecer en los *vicoli*! Pálidos faroles amarillos se despiertan como apariciones en los últimos minutos del crepúsculo, haciendo suyas las calles y permitiendo un encantado aunque un tanto incómodo pasaje a aquellos que pasean por allí.

Y durante la última noche me encontré entre estos espíritus.

Embriagado tanto por la Vía Porta Fuga como por el vino que había bebido durante la cena, vagué por los puentes, bajo arcos y balcones colgantes, subí y bajé escaleras desgastadas y pasé junto a paredes con enredaderas de hiedra y negras ventanas enmascaradas tras rejas de hierro. Doblé una esquina y vi una pequeña puerta abierta frente a mí. Inconscientemente, eché un vistazo dentro mientras pasaba y tan sólo vi un minúsculo habitáculo, ni tan siquiera una estancia, que debía de haber sido construida en el espacio entre dos edificios. Lo único que pude ver con claridad fueron dos pequeñas velas que eran la fuente y el centro de un remolino de sombras. Desde el interior la voz de un hombre me habló en inglés:

—La supervivencia del mundo ancestral —dijo la voz con acento de caballero inglés educado y en un tono aburrido y mecánico totalmente fuera de lugar dadas las circunstancias. También se percibía un extraño silbido en sus palabras, como si su tono de voz naturalmente bajo resonara con tenues

matices agudos—. Sí, señor, le hablo a usted —continuó—. Un fragmento de antigüedad, un superviviente del mundo antiguo. No hay nada que temer, no hay que pagar entrada.

En ese momento apareció en el vano de la puerta un caballero calvo y gordinflón de mediana edad vestido con un traje a jirones y sin corbata… la viva imagen de su propia voz exhausta, la voz de un charlatán de feria agotado. Su rostro, como reflejaba la pálida luz amarilla del farol junto a la entrada, era un rostro calmado, pero su calma parecía proceder de una desesperación total del alma más que de una serenidad de la mente.

—Me estoy refiriendo al altar del dios —dijo—. Por mucho que haya aprendido y viajado, *ésta* no se encuentra entre las deidades de las que haya oído hablar, no está entre esas divinidades de las que haya podido reírse. Podría estar remotamente relacionada con esos númenes de los sistemas romanos de alcantarillado y pozos ciegos. Pero no es una simple Cloacina, ni un Mefitis o Robigo. Este dios es conocido por el nombre de Cynothoglys: el dios sin forma, el dios de los cambios y la confusión, el dios de la descomposición, el dios enterrador tanto de dioses como de hombres, el metaenterrador de todas las cosas. No hay que pagar entrada.

Me quedé inmóvil donde estaba y, a continuación, el hombre salió al pequeño *vicolo* para permitirme mejores vistas a través de la puerta abierta, hacia la estancia iluminada con velas. Pude ver entonces que las velas ardían a ambos lados de una losa baja, velas baratas que se consumían produciendo una humareda palpitante. Entre estas velas había un objeto que no podía definir, una pobre criatura informe, quizás el vestigio fundido de una erupción volcánica de tiempos remotos, pero ciertamente no era la imagen de una deidad antigua. No parecía que nada ni nadie más habitara en aquel siniestro antro.

Se podría pensar que, dadas las inusuales circunstancias descritas más arriba, el curso de acción más aconsejable hubiera sido farfullar algunas excusas educadas y seguir andando. Pero antes también he descrito el hechizo que manaba de los *vicoli*, de sus tenuemente brillantes y retorcidas profundidades. Embelesado por este onírico escenario, me encontraba así dispuesto a aceptar la extraña oferta del caballero, aunque sólo fuera por incrementar mi sensación de embriaguez con todos los misterios informes cuyo nombre era, desde ese momento, Cynothoglys.

—Pero compórtese con solemnidad, señor. Le aconsejo que sea solemne —miré al hombre durante unos breves instantes, y en ese momento aquella petición de solemnidad por su parte me pareció que tenía que ver de alguna forma con su servil y depauperado estado, aunque me costaba creer que ésa hubiera sido siempre su condición—. El dios no se burlará de sus creencias ni de sus oraciones —susurró emitiendo al mismo tiempo un silbido—. Ni

tampoco consentirá que se burlen de él.

A continuación, tras cruzar la pequeña entrada, me aproximé al primitivo altar. En el centro había un objeto monolítico y oscuro, cuya retorcida deformidad sobrepasaba cualquier simple analogía fruto de mi imaginación. Sin embargo, había algo en su contorno —un cierto dinamismo, como el de grandes raíces con apariencia de cangrejos brotando con fuerza del suelo— que sugería algo más que un simple caos o creación aleatoria. Quizás sería más prudente atribuir el siguiente comentario al estado de ánimo del momento, pero parecía existir una fuerza determinada y conectada de alguna manera con esta retorcida efigie, una fuerza tenebrosa enmascarada tras una apariencia monumentalmente estática. En la cumbre de la escultura mutilada, un apéndice parecido a un brazo retorcido se extendía hacia fuera ofreciendo una garra congelada, como si hubiera mantenido esa posición durante ignotos eones y en cualquier momento pudiera retomar el movimiento y concluirlo.

Me aproximé un poco más al ídolo retorcido, permaneciendo ante su presencia más de lo que pretendía en un principio. El hecho de que me sorprendiera a mí mismo componiendo mentalmente una especie de oración dice más de lo que podría ahora expresar sobre mi estado psicológico y espiritual de ayer noche. ¿Fue esta bestia de piedra crispada o el hechizo de los *vicoli* lo que inspiró mi oración y determinó su forma? Creo que era algo que ambos compartían, una sugerencia de grandes cosas: grandes secretos y grandes lamentos, grandes maravillas y catástrofes, grandes destinos, grandes maldiciones, y una sola gran muerte. La mía. Drogado por esta inspiración, imaginé mi despedida ideal de este mundo… un drama fabricado por extraños portentos, velozmente nutrido de sueños y visiones en una atmósfera de terror sublime, creciendo de noche como algún tipo de hongo fosforescente en un sótano olvidado, y en todo momento la terrible mano del dios enterrador manejaría la tramoya tras los escenarios. Bestias y hombres formarían una Alianza con el gran Cynothoglys, las mismísimas fuerzas de la naturaleza formarían parte de la conspiración, un vórtice mudo de extrañas fuerzas y todas ellas culminarían en un desenlace espectral, todas ellas convergerían para entregarme a lo inevitable, pero sería una entrega comparable a las sensaciones más expansivas y sobrenaturales de mi vida. Imaginé la redención primordial de la carne desmembrada, del rapto por el dios y el desgarramiento extático del frágil caparazón de piel y tendones. Y mientras que otros sólo se hunden en sus muertes… yo volaría hacia la mía.

Pero ¿cómo era posible que hubiera deseado que esto ocurriera?, me pregunto ahora, completamente sobrio tras mi perversión onírica. Quizás estoy demasiado arrepentido de mi oración e intento tranquilizarme a mí mismo por mi incapacidad de otorgarle un lugar racional en la historia del mundo. Espero que la sola memoria de mi aventura y mi delirio me ayuden a

avanzar por los innumerables días aciagos que me esperan, aunque sólo sea para abandonarme al final a una patética muerte de dolor sin sentido. Para entonces puede que haya olvidado al dios que descubrí y al que le sirvió como esclavo. Ambos parecen haberse esfumado de los *vicoli*, y su templo está vacío y abandonado. Y ahora puedo libremente imaginar que no fui yo el que fue a los *vicoli* para encontrarme con el dios, sino que fue el dios quien vino a encontrarse conmigo.

Tras leer estas viejas palabras, Arthur Emerson permaneció sentado y con gesto solemne junto a su escritorio. ¿Es que ya había acabado todo para él? Todos los portentos habían aparecido y todos los funcionarios de su funesto destino estaban reunidos en este momento, tanto al otro lado de la puerta de la biblioteca, donde ya sonaban las pisadas de hombre y bestia, como más allá de las ventanas de la biblioteca, donde algo horrible e informe había comenzado a arrastrarse emergiendo de las brumas, atravesando paredes y ventanas como si éstas también estuvieran hechas de simple niebla. ¿Se suponía que ahora miles de pensamientos de indignación y terror debían brotar en su interior ante la perspectiva de esta oculta exterminación? Después de todo, estaba a punto de ser sometido a ese sueño de muerte, a ese capricho de joven aventurero incapaz de resistirse a ver cumplidos uno o dos deseos por medio de una atracción turística.

Y en ese instante el griterío de los cisnes comenzó a sonar en el lago, atravesando la niebla hasta el interior de la casa. Sus graznidos resonaban por todos lados, y al menos esto sí hubiera podido predecirlo. ¿Se vería obligado en breve a añadir sus propios alaridos a los de ellos? ¿Había llegado ya el momento de ser derrotado por el asombro ante lo desconocido y la majestuosidad del destino? ¿Era así como lo hacían en el mundo de la muerte?

Arriesgándose a ser acusado de no guardar las formas, Arthur Emerson no se levantó de la silla para saludar al huésped al que había invitado hacía tanto tiempo.

—Llegas demasiado tarde —dijo con tono cortante—. Pero ya que te has tomado la molestia…

Y el dios, como un esclavo obediente, descendió sobre su víctima.

Fue tan sólo al final cuando esa actitud de total indolencia lo abandonó. Como había adivinado, y quizás incluso deseado, su voz efectivamente se fundió con los gritos de los cisnes, elevándose a las alturas hacia la envolvente niebla.

El ángel de la señora Rinaldi

EN ocasiones, durante mi infancia, los asombrosos sueños que experimentaba por las noches resultaban brutalmente vividos y hacían que me despertase gritando. Tras los gritos, me volvía a hundir en la cama en un estado de excesiva enervación debido a las incorpóreas aventuras impuestas a mi yo dormido. Sin embargo, mi cuerpo se veía afectado sin duda por este régimen nocturno, ejercido severamente por visiones a un mismo tiempo cristalinas y confusas. Esta actividad, a pesar de su naturaleza inmaterial, sólo servía para agotar mis reservas de fuerza y, en algunas ocasiones, me privaba de los beneficios de una noche completa de sueño. No obstante, aunque se me privara del privilegio del descanso natural, quizás obtuviera algún beneficio: la terrible opulencia del sueño, un mundo rico y henchido alimentado de la extenuación de la carne. El mundo, de hecho, *tal como es*. En comparación, cualquier otra esfera me parecía una ausencia, como mucho un lapso en el fértil cementerio de la vida.

Por supuesto, mis padres no compartían mis sentimientos respecto a este tema.

«¿Qué le ocurre?», escuché a mi padre bramar en el pasillo del piso de abajo, con un tono lleno de reproche. Poco después mi madre venía a mi lado. «Parece que cada vez son peores», solía decir ella. Hasta que, en cierta ocasión, mi madre susurró: «Creo que ha llegado el momento de que hagamos algo con este problema».

El tono de su voz me convenció de que lo que tenía en mente no era una visita al doctor, recomendada con tanta frecuencia por mi padre. La suya era una búsqueda de curación más turbia, aunque sin duda también más apropiada para mi «dolencia». Mi madre siempre sintió cierta debilidad por las tentaciones de la superstición, y mis tortuosos sueños parecían justificar cierta indulgencia con métodos poco ortodoxos. Su brillante y solemne mirada revelaba los deseos que albergaba de traficar con fuerzas esotéricas, de relacionarse con especialistas de un universo secreto, con empresarios de lo intangible.

—Mañana tu padre se va pronto a trabajar. Vuelve a casa en lugar de ir al colegio e iremos a visitar a una mujer que conozco.

Al día siguiente, y ya bien entrada la mañana, mi madre y yo nos dirigimos a una casa en uno de los barrios periféricos de la ciudad, donde fuimos amablemente invitados a sentarnos en el salón de estar de la señora Rinaldi, viuda desde hacía mucho tiempo. Quizás fuera simplemente la fatiga que mis sueños nocturnos me provocaban lo que dificultó que pudiera fijar algún pensamiento o sentimiento lúcido sobre la anciana y su remoto hogar. Aunque el ordenado cuarto brillaba con luz solar, esta iluminación actuaba de alguna manera como un baño de agua sobre una acuarela, emborronando el contorno de las cosas y atenuando la nitidez de las superficies. Esta oscuridad no se dispersaba ni tan siquiera con la luz de una enorme lámpara de abigarrada pantalla que la señora Rinaldi tenía encendida junto al pequeño diván en el que ella y mi madre estaban sentadas. Yo estaba cerca de ellas en un sillón viejo pero

dignamente tapizado, y sin embargo sus siluetas rehusaban enfocarse, al igual que el resto de objetos dentro de esa habitación se resistía a quedar definido. Qué bien conocía tales ambientes, esos profundos interiores del sueño donde todo está saturado de irrealidad y se disuelve más o menos ante la propia mirada. Podría contarles lo cuidadosamente ordenado que estaba este particular interior… cuadros perfectamente rectos y firmemente clavados en las paredes, figurillas bien desempolvadas y dispuestas sobre estantes, tapetes con puntillas colocados en su lugar exacto, y delicadas flores de seda en delgados jarrones de cristal de colores. Sin embargo, había algo sumamente frágil en el equilibrio que mantenían estas cosas, como si todas estuvieran expuestas a una repentina confusión al más mínimo contratiempo, por muy sutil que éste fuera, en el sistema secreto que los mantenía juntos. Esta volatilidad parecía extenderse hasta la mismísima señora Rinaldi, aunque, de hecho, quizás ella fuera su origen.

A primera vista, la señora parecía poseer tan sólo los misterios usuales de las ancianas a las que se les supone un acento cerrado, lo tengan o no realmente. Hacía gala de la rotundidad corporal y la sencilla indumentaria de una campesina, y su tranquila actitud era sin duda un ejemplo de la quietud campesina según la creencia popular: unas manos entrelazadas sin temblor alguno sobre un amplio regazo y unos ojos gentilmente atentos. Pero esos ojos eran de un color muy claro, como lo eran también la piel de su rostro y su cabello vaporoso. Era como si una gran presión hubiera desvanecido, y continuara desvaneciendo, los colores intensos que en otro tiempo la iluminaron, mermando sus poderes y dejándola vulnerable a algún tenue ataque. Durante el tiempo en que mi madre estuvo explicándole la razón de por qué buscábamos su ayuda, la señora Rinaldi podría haber degenerado en cualquier momento ante nuestros ojos, podría haber sucumbido a las aflicciones espectrales que llevaba tanto tiempo eludiendo, tanto por ella misma como por otros. Y, sin embargo, podría haber sido fácilmente confundida con una mujer tan sencilla como cualquier otra, cuyo pulcro salón de estar no exhibía ningún objeto o imagen que delatara su pasatiempo más cuestionable y peligroso.

—Señora —dijo a mi madre, aunque tenía los ojos puestos en mí—, me gustaría llevar a su hijo a otro cuarto de la casa. Allí creo que podría comenzar a ayudarle.

Mi madre asintió y la señora Rinaldi me guio por el pasillo hasta una habitación en la parte trasera de la casa. La habitación me recordaba un poco a algún tipo de tienda, un lugar en el que se guardaban los productos escondidos en oscuros armarios en las paredes, en grandes baúles sobre el suelo, en cajas y maletas de todo tipo apiladas aquí y allá. No había nada expuesto a la vista, excepto estos receptáculos, esta variedad de contenedores multiformes. La única ventana estaba cerrada a cal y canto, y una bombilla desnuda colgada era la única iluminación.

No había ningún sitio donde sentarse, sólo el espacio vacío del suelo; la señora Rinaldi me llevó de la mano hasta el centro de la estancia. Tras mirarme fijamente durante unos segundos con expresión sumamente severa, comenzó a andar

lentamente a mi alrededor.

—¿Sabes lo que son los sueños? —me preguntó en voz baja, y acto seguido comenzó a responder a su propia pregunta—. Son parásitos… gusanos de la mente y el alma que se alimentan de la mente y el alma como los gusanos ordinarios se alimentan de la carne. Y al alimentarse de la mente y el alma también devoran el cuerpo, lo cual a su vez afecta de nuevo a la mente y el alma, y así hasta causar la muerte. Y es que estas cosas no pueden ser separadas, ni ninguna otra cosa. Porque todo está terriblemente vinculado y afecta a todo lo demás. Incluso las cosas más dispares están conectadas con el resto de cosas. Y, por ello, si estos sueños no poseen un mundo propio que los alimente, pueden entrar en tu mundo y poseerlo, agotarlo poco a poco cada noche. Se apoderan de tu mundo y lo consumen. Desgastan tu rostro y los rostros de las cosas que conoces: usan las cosas que son tuyas a su propia manera. Y pueden utilizar a algunas personas con una facilidad pasmosa, y con mucha dureza. Pero utilizan a todos, y siempre han utilizado a todos, porque pertenecen a tiempos remotos, antes de que los mundos se despertasen de una larga y desamparada noche. Y estos sueños, estas cosas llamadas sueños, siguen actuando para arrojarnos de nuevo a aquella enorme y demente oscuridad, para consumirnos a todos nosotros durante nuestro solitario sueño y agotarnos hasta la muerte. Poco a poco, noche tras noche, nos arrebatan de nosotros mismos y de la verdad de las cosas. Yo misma sé muy bien cómo son los sueños y qué pueden hacernos. Nos hacen bailar al ritmo de sus extraños delirios hasta que estamos demasiado exhaustos para seguir viviendo. Y ellos te han encontrado, niño, una dócil pareja para su terrible baile.

Con estas palabras la señora Rinaldi no sólo reveló un aspecto de sí misma que distaba bastante de la serena y sabia mujer que mi madre había visto, sino que también me adentró mucho más profundamente en lo que yo simplemente había sospechado hasta ese día en aquel cuarto donde se apilaban por todas partes baúles y extrañas cajas, y donde enormes armarios se cernían desde las paredes… cuántas puertas y cajones herméticamente cerrados y tapas candadas… y cuántas cosas escondidas al otro lado.

—Por supuesto —continuó la anciana—, tus sueños no pueden ser totalmente borrados de tu vida, tan sólo se les puede hacer retroceder para que no causen un daño *extraordinario*. Y aun así terminarán triunfando, negándonos algo más que el descanso del sueño nocturno. Y es que al final nos arrebatan el tiempo que hubiera podido otorgarnos la inmortalidad. Nos corrompen de *todas las maneras* posibles, abduciéndonos de las filas de los ángeles de las que hubiéramos podido formar parte, puros y sosegados y eternos. Es debido a esos sueños que padecemos por lo que se nos asigna un número tan escaso de años de vida, con toda su miseria. Esto es todo lo que puedo ofrecerte, niño, aunque no puedas entender lo que significa. Porque, ciertamente, no deberías sufrir la corrupción máxima antes de que llegue tu hora.

Tras acabar su discurso, la señora Rinaldi permaneció frente a mí, enorme e inmóvil, respirando ahora con cierta dificultad. Debo confesar que sus teorías me

intrigaron más allá de lo que llegaba a comprender, porque entonces sus afirmaciones sobre el significado y los mecanismos del sueño me parecía que estaban basadas en presunciones un tanto cuestionables e innecesariamente descabelladas y alejadas de las ortodoxias más antiguas sobre la creación. Sin embargo, decidí no resistirme, fuera cual fuera la puesta en práctica de sus ideas. Por su parte, la anciana escudriñaba con la mirada mi pequeña silueta con cierta intensidad, ocupada en lo que parecía una evaluación psíquica de mi presencia, como si dudase seriamente si era seguro o no llevarme al siguiente estadio. Tras despejar aparentemente sus dudas, se aproximó arrastrando los pies hasta un armario alto, abrió la puerta con una llave que llevaba en un bolsillo abultado del vestido, y sacó del interior dos objetos: un delgado decantador medio lleno con un líquido rojo oscuro, presumiblemente vino, y un vaso corto de boca ancha. Acercó estos objetos a donde yo estaba, extendió la mano derecha en la que sostenía el vaso y dijo:

—Toma esto y escupe dentro.

Tras hacerlo, la anciana vertió un poco de vino en el vaso y luego volvió a colocar el decantador en el armario, que volvió a cerrar con llave.

—Ahora arrodíllate en el suelo —ordenó—. Ten cuidado de no derramar ni una sola gota del vaso y no te levantes hasta que te lo diga. Voy a apagar la luz.

A pesar de la total oscuridad, la señora Rinaldi podía moverse bien por el cuarto y sus pasos de nuevo se alejaron de mí. Escuché cómo abría otro armario, o quizás fuera uno de los enormes baúles cuya tapa levantó con cierta dificultad mientras las bisagras chirriaban en la oscuridad. Una ligera ráfaga de aire atravesó la estancia, una breve corriente sin aroma y que no era ni cálida ni fría. La señora Rinaldi entonces se acercó a mí, moviéndose con más lentitud que antes, como si transportase algún objeto pesado. Con un gemido, colocó el objeto en el suelo y oí cómo lo arrastraba por el suelo a unos pocos centímetros de donde yo estaba arrodillado, aunque no podía ver de qué se trataba.

De repente, una fina línea de luz se dibujó en la negrura, y pude ver el decrépito dedo de la señora Rinaldi alzando la tapa de una caja alargada y poco profunda de donde emanaba la luminosidad. La línea brillante fue ensanchándose a medida que la tapa se abría, revelando finalmente un pálido brillo que parecía totalmente confinado al interior de la propia caja y que no proyectaba ni el más mínimo fulgor en el cuarto. El origen de esta luz era una especie de vapor incandescente que se enroscaba de forma que parecía atraer la oscuridad del cuarto hacia su luminoso reino, que aparentemente se extendía más allá de los límites de lo visible y otorgaba a la caja una apariencia de no tener fondo. Pero yo mismo pude sentir su fondo cuando la susurrante voz de la señora Rinaldi me ordenó colocar en la caja el vaso que sujetaba. Y, así pues, ofrecí el vaso a aquella neblina fluorescente, a esas volutas de un vapor que, en cierta forma, era eléctrico y chispeante y con destellos infinitesimales de intensa luz salpicada con polvo de diamantes.

Esperaba notar algo cuando introduje la mano en la fulgente caja y coloqué

suavemente el vaso sobre su fondo no muy profundo y bastante sólido. Pero no había nada que sentir, ningún tipo de sensación… ni siquiera sentía mi propia mano. Parecía que existía algún poder tras este prodigio, pero se trataba de un poder terriblemente inactivo, una catarata de la luz más pura desplomándose silenciosamente sobre la negrura del espacio. Si hubiera podido expresarse, habría hablado con una suave y reverberante voz sobre la solitaria paz de los planetas, el deshabitado paraíso de las nubes y un antiséptico infinito.

Tras colocar el vaso de vino y saliva en la caja, la luz del interior cambió de color a un tono rosado durante unos segundos, y a continuación retomó su reluciente blancura. Había aceptado el ofrecimiento. La señora Rinaldi susurró «amén»; luego, cuidadosamente, cerró la tapa sobre la caja devolviendo la oscuridad al cuarto. Oí cómo la anciana colocaba el objeto de nuevo en su tabernáculo, dondequiera que estuviera situado. Finalmente las luces volvieron a encenderse.

—Ya puedes levantarte —dijo la señora Rinaldi—. Y límpiate las rodillas, están un poco sucias.

Cuando terminé de sacudirme el pantalón, me percaté de que la señora Rinaldi estaba de nuevo mirándome fijamente en busca de alguna señal que delatase algún posible error o quizás algún fallo que yo pudiera revelarle. En esos momentos creí que la anciana estaba a punto de decirme: «No preguntes acerca de lo que has visto en este cuarto». Pero, de hecho, me dijo:

—Te sentirás mejor ahora, pero nunca intentes averiguar qué hay dentro de esa caja. No pretendas averiguar más sobre ella.

No se detuvo para escuchar mi respuesta a sus instrucciones, porque, en efecto, era una mujer sabia y, como tal, sabía que en asuntos como estos ningún juramento informal de abstención era de fiar, aunque existieran las mejores de las intenciones.

En cuanto salimos del hogar de la señora Rinaldi, mi madre me preguntó qué había pasado y yo le describí la ceremonia con todo detalle. Sin embargo, no despejó del todo sus dudas al escuchar lo que yo le conté: aunque ella ya suponía que los métodos de la señora Rinaldi podían ser sumamente inusuales, también conocía la gran imaginación de su propio hijo. Sin embargo, se vio obligada a mantener su fe en los arcanos procesos que ella misma había puesto en marcha. Así pues, tras mi recuento de los incidentes que tuvieron lugar en aquel cuarto, mi madre asintió en silencio y, tal vez, vacilante.

Debo reconocer que durante un periodo de tiempo la fe de mi madre en la señora Rinaldi no parecía haber sido erróneamente depositada. El día de nuestra visita a la anciana fue para mí el comienzo de una fase única de experiencia. Incluso mi padre notó el cambio en mis hábitos nocturnos, así como una recién descubierta personalidad que yo mostraba durante el día. «El chico parece más silencioso ahora», le comentó a mi madre.

En efecto, me sentía cercano a una serenidad casi vergonzosa por su expansión, que me sumergía en una plácida rutina que contrastaba violentamente con mi anterior

vida. Dormía de un tirón todas las noches y apenas revolvía las sábanas. Con esto no quiero decir que mis noches estuvieran totalmente libres de sueños. Pero éstos no eran más que tenues ondas sobre amplias aguas calmadas, pequeños gestos patéticos de algo que intentaba agitar la inmovilidad de un mundo vasto y sin colores. Podían aparecer algunas figuras, trémulas como humo, pero eran meras alucinaciones lisiadas, sin fuerza para hablar o alzar la mano contra mi terrible paz.

Mis ensoñaciones diurnas eran, de hecho, más interesantes, aunque también eran increíblemente vagas y sin tensión alguna. Sentado tranquilamente en clase en el colegio, con frecuencia me quedaba mirando las nubes y la luz del sol por la ventana, contemplando cómo los rayos de sol penetraban en las nubes y cómo las nubes se llenaban a un mismo tiempo de luz solar y de sombras. Sin embargo, nunca surgían imágenes o ideas en esta visión, como sí había ocurrido antes. Sólo tenía lugar una meditación ausente, unas cavilaciones sin tema concreto. Podía sentir que algo intentaba emerger en mi imaginación, un exuberante y colorido drama que se mantenía muy alejado de mí, tan alejado como aquellas nubes, y que permanecía vaporoso y vacío de cualquier sentido o sensación. Y, si intentaba dibujar algo en mi libreta y permitía a mi mano la mayor libertad posible (para averiguar si ella podía sentir y recordar lo que yo no podía), me sorprendía a mí mismo dibujando una y otra vez la misma cosa: cajas, cajas, cajas.

No obstante, no puedo decir que fuera infeliz durante este tiempo. Mis pesadillas y todo lo relacionado con ellas habían quedado expulsadas de mi cuerpo, se habían consumido mientras dormía. Había sido purificado de sustancias corruptas, limpiado totalmente de manchas extrañamente coloreadas en mi mente y mi alma. Sentía la insípida alegría de un ser aliviado, una especie de claridad que parecía en cierta manera verdadera e incluso virtuosa. Pero esta moratoria de cualquier forma de oscuridad duró tan sólo un breve tiempo antes de que los antiguos impulsos se reivindicaran de nuevo en mi interior, y avanzaran como una manada de lobos hambrientos en busca de lo que antes les alimentaba y les volvería a alimentar.

Durante unas cuantas noches mis sueños continuaron siendo un tanto anémicos y sólo presentaban personajes y escenas desvaídos. Se habían debilitado demasiado para usarme como lo hacían antes, apoderándose como solían hacer del contenido de mi vida —mis memorias y emociones, toda la parafernalia de una historia privada— y moldeándolo a su manera, dando forma a cosas que no poseían forma propia y, en consecuencia, agotando mi cuerpo y mi alma. La teoría de la señora Rinaldi acerca de estos parásitos llamados sueños era, por lo tanto, correcta… en cuanto a lo que había ocurrido hasta el momento. Pero la anciana no había llegado a considerar, o quizás se negaba a reconocer, que el soñador por su parte obtiene algo del sueño, gana una cantidad de experiencia que de otra forma es imposible de obtener, y atesora los enigmas grotescos o banales de la noche para llenar los grandes espacios vacíos del día. Y mis sueños habían dejado de realizar esta función, o al menos ya no se adecuaban a mis necesidades… ese apetito que había descubierto en mí mismo por

saciarme de lo absurdo y lo horrible, incluso de lo perfectamente maligno. Fue esta privación, creo, lo que ocasionó el cambio en la naturaleza de mis sueños.

Al tener tan poco sustento con el que nutrir mis gustos —tan sólo precarios demonios e insípidos decorados—, debí de ser atraído de nuevo a mi propia consciencia… hasta que finalmente fui plenamente consciente de mi estado de ensoñación, un espeleólogo intensamente lúcido dentro de las cuevas del sueño. Entonces, a lo largo de varias noches, percibí un nuevo o anterior fenómeno oscuro, algo que existía en la distancia de aquellos paisajes ruinosos que había comenzado a explorar. Era una especie de nauseabunda niebla que flotaba sobre el horizonte de cada sueño y que ejercía un claro magnetismo, una atracción sobre las austeras escenas, que las envolvía por todos lados, y que incluso planeaba por las alturas como un cielo animado, una bóveda celestial que brillaba tenuemente. Sin embargo, estos sueños eran proyectados con tonalidades mortecinas y contenían un escaso y ruinoso mobiliario.

En el último sueño que tuve de este tipo, vagaba entre unas cuantas ruinas desperdigadas que parecían haberse alzado de algún abismo submarino, erosionadas y pálidas tras su oscuro confinamiento. Como los escenarios de los otros sueños, éste me resultaba familiar, aunque incompleto, como si contemplara los restos decadentes de algo que hubiera conocido durante mis horas de vigilia. Y es que aquellas torres que se alzaban ante mí no eran torres devoradas por el paso del tiempo, y a mis pies no había arcas hundidas desmoronándose como carne putrefacta. Estos objetos eran más parecidos a los armarios y cajas que recordaba haber visto en aquel cuarto de la casa de la señora Rinaldi, aunque ahora ese recuerdo degeneraba, y era arrastrado poco a poco, digerido, por aquella niebla que rodeaba y roía todas las cosas. Y cuanto más me aproximaba a esta niebla, más descompuesto se tornaba el paisaje del sueño, hasta que todo quedaba consumido y lo único que podía ver era aquel chispeante remolino de vapor.

Y fue entonces, al penetrar en este vacío brumoso, cuando recobré de nuevo la verdadera sensación de sueño, el terror inherente de mis visiones. Había aquí una especie de pantano hacia el cual las profundidades de mis sueños estaban siendo dirigidas, dejando tan solo un excedente poco profundo que fluía con un exiguo hilillo a través de mis noches. Y digo *aquí* sin saber realmente qué lugar o plano de existencia era: algún tipo de escenario espectral, un terreno baldío situado en el callejón del sueño, un puesto fronterizo del propio universo… o quizás simplemente el interior de una caja escondida en la casa de una anciana, una caja dentro de la cual algo existía en toda su insensible pureza, un éter nebuloso libre de formas corruptas y conocimiento, y que libremente purificaba a otros con su gracia estéril.

En cualquier caso, sentía que los habituales límites de mi mundo de sueño se habían expandido hasta otro reino. Y descubrí que era aquí donde los sueños perdidos permanecían totalmente vivos *en su esencia*. Consumidos dentro de aquel vapor yermo al que le había visto ingerir una mezcla de mi propia saliva y el vino más

oscuro, estos sueños vivían exiliados de aquella multitud de anfitriones inconscientes cuyas experiencias habían usado en otro tiempo como armarios donde llevar a cabo sus inquietantes representaciones tras el telón del sueño. Éstos eran los parásitos que forzaban al durmiente a adoptar el doble papel de ejecutor y testigo de las manipulaciones de sus recuerdos y sus emociones, la abducción no deseada de su historia privada por aquellas imprudentes celebraciones llamadas sueños. Pero aquí, en esa prisión de resplandeciente pureza, habían quedado reducidos a su estado primigenio… sueños abstractos, cosas sin rostro ni forma procedentes de viejos tiempos y que una mujer muy anciana me había revelado. Y aunque no tenían ni rostro ni forma, y no llevaban ninguno de los múltiples disfraces en los que siempre les había visto, su presencia a mi alrededor seguía siendo bastante palpable, y se cernían sobre la recargada lucidez que llevé conmigo a un lugar del que yo no formaba parte.

Entonces, la propia blancura infinita se inundó de los colores de innumerables rostros y formas, un cielo blanco súbitamente repleto de arco iris, hasta que *todo* se saturó de tal manera de celebraciones y se empapó de tanto frenesí que finalmente adoptó la total negrura de los viejos tiempos. Y en esa negrura me desperté, gritando al mundo.

Al día siguiente me encontraba de pie en el porche de la señora Rinaldi, viendo cómo mi madre golpeaba repetidamente el llamador de la puerta sin conseguir que apareciera la anciana. Pero algo nos decía que estaba en casa, una sombra que vimos pasar nerviosamente tras la ventana de la fachada. Finalmente, la puerta se abrió ante nosotros, pero quienquiera que la abrió permaneció al otro lado y dijo:

—Señora, llévese a su hijo a casa. No se puede hacer nada más. Me equivoqué con él.

Mi madre se quejó del retorno de mi «enfermedad» y dio un paso hacia el interior de la casa arrastrándome a mí con ella. Pero la señora Rinaldi tan solo dijo:

—No entren aquí. No es apropiado que visiten este lugar ni que me vean.

Por lo que pude observar del saloncito, parecía que había tenido lugar un cambio esencial, como si el frágil equilibrio del cuarto se hubiera roto y la constante amenaza de que su orden pudiera trastornase hubiera sido por fin ejecutada. Todo en su interior parecía torcido, distorsionado por algún tipo de proceso de descomposición y retorcido hasta perder sus proporciones naturales. Era un cuarto contemplado a través de una ventana combada y de extraño color.

Y mucho más extraño pareció este color cuando la señora Rinaldi se mostró de repente ante nosotros y pude ver que sus ojos claros en otro tiempo y su rostro cetrino habían adoptado el mismo tono, un vidriado verdoso como de algo a un mismo tiempo putrefacto y de aspecto de reptil. Mi madre enmudeció inmediatamente ante esta visión.

—¿Me harán caso ahora y se marcharán? —dijo la anciana—. Ni tan siquiera puedo ya hacer algo por mí misma. Tú sabes de lo que hablo, niño. Todos esos años

los sueños pudieron ser mantenidos a raya. Pero tú has *confraternizado* con ellos, sé que lo hiciste. Cometí un error contigo. Permitiste que mi ángel fuera envenenado por los sueños que no pudiste negar. Era un ángel, ¿lo sabías? Estaba libre de cualquier pensamiento y libre de cualquier sueño. Y tú eres quien lo hiciste pensar y soñar, y ahora está muriéndose. Y no está muriendo como ángel, sino como demonio. ¿Quieres ver cómo es ahora? —dijo señalando hacia la puerta que conducía al sótano de la casa—. Sí, está allí abajo porque ya no es como era y ya no podía permanecer donde estaba. Se marchó reptando con su propio cuerpo, el cuerpo de un demonio. Y tiene sus propios sueños, los sueños de un demonio. Está soñando y muriendo por sus sueños. Y también yo estoy muriendo, porque todos los sueños han regresado.

Entonces, la señora Rinaldi comenzó a aproximarse a mí, y el color de sus ojos y su rostro pareció oscurecerse. Y fue entonces cuando mi madre me agarró del brazo y me sacó rápidamente de la casa. Mientras nos alejábamos corriendo, eché la mirada hacia atrás y vi a la anciana despotricando en la puerta abierta, y maldiciéndome por ser un demonio.

No pasó mucho tiempo cuando nos enteramos de la muerte de la señora Rinaldi. Según su propio diagnóstico, los parásitos se habían apoderado de ella, aunque los rumores locales decían que había padecido durante años de algún tipo de cáncer. También se encontraron pruebas de que otro habitante de la casa sobrevivió a la anciana durante un corto periodo de tiempo. Y ocurrió que varios compañeros míos de clase me informaron sobre sus incursiones nocturnas en la casa de la «vieja bruja», un lugar donde mis padres me habían prohibido ir. Así pues, no puedo afirmar que contemplara con mis propios ojos lo que se arrastraba por el suelo en aquella casa iluminada por la luna, algo «como un montón de trapos sucios», dijo uno de los chicos.

Pero sí soñé sobre este prodigio; e incluso soñé sobre sus sueños mientras arrastraban hasta la última brillante partícula angelical de este ser hacia la negrura de los viejos tiempos. Entonces, todas mis pesadillas se aplacaron tras un tiempo, como siempre habían hecho y siempre harían, usando mi mundo tan solo a intervalos y disolviendo gradualmente mi vida en la de ellos.

Segunda parte

Discurso sobre la negrura

El Tsalal

1. Despedida de Moxton

NINGUNO de ellos podía explicarse cómo habían regresado a la ciudad esqueleto. Algunos habían llegado al cruce central de calles, donde un solo semáforo, apagado hacía mucho tiempo, colgaba como un oscuro farol. Allí se detuvieron estupefactos, espantapájaros desplazados de su terreno natural, con las ropas colgando a jirones sobre sus escuálidos cuerpos. Otros fueron uniéndoseles lentamente, vagando sin rumbo desde las afueras de la ciudad o desembarcando de vehículos combados bajo el peso de sus pertenencias. Luego todos ellos se reunieron silenciosamente en aquella inmensa tarde gris.

Parecían demasiado exhaustos para hablar, y durante algún tiempo no fueron capaces de reconocer su ubicación entre las formas y espacios que les rodeaban. Sus ojos estaban fijos y con mirada insomne, el estigma tanto de una monumental fatiga como de una dolorosa atención a todo lo que veían. Sus rostros eran afilados y cenicientos, unas cuantas motas que se mezclaban con la polvorienta superficie de ese día, en busca de un escondrijo durante las pálidas horas. Delante de ellos estaba el lugar que habían abandonado y al que, de alguna forma, habían regresado. Sólo uno no había ido con ellos. Éste permaneció en la ciudad esqueleto, y ahora ellos regresaban, aunque ninguno pudo explicar cómo o por qué esto había ocurrido.

Un hombre alto, con barba y sombrero de ala ancha, alzó la mirada al cielo. Dentro de las nubes había una gran negrura purulenta, la inundación de la noche por venir junto a una negrura nunca antes vista. Tras unos instantes el hombre dijo: «Pronto será de noche». Sus palabras fueron casi susurradas, y el esfuerzo de hablar pareció consumir sus últimas fuerzas. Pero no fue simplemente el agotamiento lo que le disuadió a él y al resto de intentar un segundo éxodo de la ciudad.

Nadie sabía cuánto se habían alejado de la ciudad antes de cambiar el sentido de su avance y regresar al lugar que ellos mismos habían creído abandonar para siempre. No podían recordar a qué cruce de caminos o callejón sin salida habían llegado y dónde se abortó la evacuación. No podían recordar parte de ese día, ciertas imágenes y experiencias permanecían escondidas. Presentían ciertas cosas enterradas en algún lugar de sus mentes, aunque eran incapaces de recordarlas. Estaban seguros de que habían visto algo que no debían recordar. Y, por ello, nadie sugirió volver a tomar la

carretera que les sacaría de la ciudad. Sin embargo no podían aceptar quedarse en ese lugar.

Los había invadido una parálisis, ese estado del alma conocido por aquellos que habitan en el plano más alto de la locura, los aristócratas de la demencia cuyas pesadillas les acechan a ambos lados del sueño. Poco después el desgarrador efecto de esta inmovilidad psíquica se hizo mucho menos tolerable que la posibilidad de rendirse simplemente y quedarse en la ciudad. Ése fue el caso al menos de una de estas marionetas catalépticas, una mujer con aspecto de palo que dijo: «No tenemos elección. Él se ha quedado en su casa». Entonces otra voz entre ellos gritó: «Lleva aquí demasiado tiempo».

Un viento repentino se agitó entre los árboles, sacudiendo las ropas de los exhaustos recién llegados y balanceando el semáforo que colgaba sobre sus cabezas. Durante unos segundos las luces se encendieron en todas direcciones, perturbando el profundo y gris crepúsculo. Los colores empapaban los ladrillos de los edificios y se reflejaban en las ventanas con una extraña intensidad. A continuación, el semáforo volvió a oscurecerse tras esta embestida de transformación.

El hombre con un sombrero de ala ancha volvió a hablar, forzando su voz susurrante: «Debemos reunimos después de descansar».

Mientras la multitud de delgados cuerpos se dispersaba lentamente, apenas cruzaron unas palabras entre ellos. Una anciana que avanzaba arrastrando los pies por la acera no se dirigió a nadie en particular cuando dijo: «Bendita sea la semilla que está plantada en eterna oscuridad».

Alguien que oyó estas palabras miró a la anciana y preguntó: «Señora, ¿qué ha dicho?». Pero la anciana se mostró genuinamente confundida al ser informada de que había dicho algo.

2. El que permaneció

En la casa donde un hombre llamado Ray Starns y una sucesión de *otros* hombres antes que él residieron en algún momento, Andrew Maness ascendió la escalera que llevaba al segundo piso y entró en un pequeño cuarto que había convertido en estudio y cámara de meditación. La ventana de este cuarto tenía vistas por encima de los tejados del vecindario y ofrecía un amplio panorama de la calle Main de Moxton. Observó cómo todo el mundo abandonaba la ciudad, y los observó cuando regresaron. Ahora, ya bien entrada la noche, siguió mirando después de que todos se

hubieran retirado a sus hogares. Y veía cada uno de estos hogares brillantemente iluminado a través de la noche, mientras que la calle Main estaba a oscuras. Incluso el semáforo se había apagado.

Apartó la mirada de la ventana y clavó los ojos en un libro grande abierto sobre su escritorio a unos pasos de él. Las páginas del libro estaban amarillentas y quebradizas como hojas caídas de los árboles.

—Tus descabelladas palabras eran ciertas —dijo dirigiéndose al libro—. Mis amigos no se alejaron mucho antes de regresar cabizbajos. Tú sabes lo que les hizo regresar, pero yo tan solo puedo adivinarlo. Con tantas bellas historias como has narrado, y sin embargo no me ofreces nada en este momento. Como tú mismo dices: «La última visión muere con el que la contempla. Bendita sea la semilla plantada en eterna oscuridad. Pero la semilla plantada todavía crece».

Andrew Maness cerró el libro. Escrita con tinta oscura sobre su cubierta se leía la palabra TSALAL.

3. El poder de un lugar

En breve todos los habitantes de Moxton se habían encerrado en sus casas y las calles del centro de la ciudad quedaron desiertas. Unas cuantas farolas iluminaban las oscuras fachadas de los edificios: pequeños comercios, un restaurante modesto, una iglesia de confesión indefinida, e incluso un teatro sin público desde hacía varias semanas. Alrededor de esta zona se erguían grupos de casas como las que habitualmente se arremolinan en la periferia de las ciudades esqueleto. Eran estructuras de serena desolación construidas en la órbita de una estrella muerta. Eran sencillos ataúdes de madera de pino, invadidos por la quietud y que se enderezaban recortándose contra el cielo silencioso. Sin embargo, era este silencio lo que permitía que sonidos procedentes de fantásticas distancias llegaran a la ciudad. Y la quietud de estas casas y las estrechas calles llevaba la vista hasta lugares asombrosamente remotos. Incluso había momentos en los que el velo de desolada serenidad comenzaba a agitarse con los revoltosos colores del caos.

Todo parece inusual en comparación con la monotonía de estos vecindarios que abarrotan los márgenes de una ciudad esqueleto. Con frecuencia las peculiares virtudes de tales lugares no son mencionadas por sus residentes. Aun así, quizás exista una casa que no esté situada *a lo largo* de una de aquellas callejuelas, sino al *final* de ella. Esta casa podría ser de alguna forma distinta al resto de casas del

vecindario. Posiblemente sea más alta que las otras, o exhiba una veleta en lo alto que gira con el viento de las tormentas. Quizás la única característica que la diferencie es que lleva mucho tiempo deshabitada, quedando así disponible como una carcasa vacía donde la mayor parte de esa desolación mágica de las callejuelas y casas con forma de ataúd se instala y rezuma como una esencia de antiguos alquimistas. Parece parte de un diseño, una gran inexorabilidad, que esta casa exista entre las otras casas que se apiñan a los bordes de la ciudad esqueleto. Y la sensación de este vasto diseño que todo lo abarca en realidad brota en el interior de los escuálidos residentes de la zona, y entonces, un día, inesperadamente, llega un hombre pelirrojo con la llave de esa casa concreta.

4. Recuerdos de una niñez en Moxton

Andrew Maness cerró el libro titulado TSALAL. Luego recorrió con la mirada el cuarto en el que se encontraba, el cual no le había parecido tan pequeño en la época en que su padre y él vivieron en aquella casa, un tiempo demasiado remoto para que nadie más pudiera recordarlo con claridad. Sólo él podía recordar aquellos tiempos con cierta seguridad, e invocó la imagen de una pequeña cama en la esquina más alejada del cuarto.

De niño se quedaba despierto hasta bien entrada la noche, paseando la mirada por la habitación iluminada por la luna que tan grande le parecía a su yo en miniatura. Cuánto agrandaban la habitación estas sombras, que dejaban abiertas ciertas secciones de la misma al negro abismo que se extendía más allá de la casa y más allá de la negrura de la noche, alcanzando una negrura que nunca nadie había visto antes. Durante esos momentos las cosas parecían cambiar a su alrededor, y parecía como si él tuviera algo que ver con este cambio. Las sombras sobre las pálidas paredes comenzaban a rizarse como humo, creando un torbellino de oscuridad que en ocasiones adquiría formas reconocibles —la imperfecta zoología de masas nubosas —, pero pronto se transformaba en un brumoso sinsentido. Sombras humeantes se arremolinaban en todos los rincones del cuarto.

Creyó ver qué era lo que hacía que estas sombras se movieran de forma tan lenta y suave. Los simples objetos a su alrededor cambiaban de forma y proyectaban extrañas sombras. Bajo la luz de la luna pudo ver la vela en el deslucido candelabro sobre el cabecero de su cama. La vela estaba casi totalmente consumida cuando la había apagado de un soplido unas horas antes. Pero ahora se erguía como una flor que

crecía demasiado rápido, proyectándose hacia arriba con sebáceas enredaderas y capullos, alas y miembros de cera, pálidas manos con dedos crispados y otras partes que no reconocía. Cuando miró hacia el otro lado del cuarto, vio que algo se movía de un lado a otro sobre el alféizar de la ventana con un movimiento espasmódico. Era un soldado de madera que súbitamente extendió unas pinzas de cangrejo y comenzó a repiquetear con ellas contra el marco de la ventana. Otros objetos en el cuarto que apenas podía distinguir también estaban cambiando; vio sombras que se retorcían de forma extraña. Todo cambiaba, y sabía que era él quien hacía que las cosas cambiasen. Pero en esta ocasión no podía parar los cambios. Le pareció el fin de todo, el Apocalipsis infernal…

Sólo cuando sintió que su padre le estaba sacudiendo, fue consciente de que había estado gritando. Enseguida se quedó en silencio. La vela sobre su cabecera ardía ahora brillantemente y no estaba como la había visto unos segundos antes. Echó un rápido vistazo al cuarto para cerciorarse de que nada más había cambiado. El soldado de madera estaba tirado en el suelo y sus dos rígidos brazos estaban pegados a los costados.

Miró a su padre, que estaba sentado en la cama con el mismo traje oscuro que llevaba cuando ofició misa ese mismo día. Algunas veces veía a su padre dormido en uno de los sofás de la sala de estar o cabeceando sobre su escritorio mientras escribía su siguiente sermón. Pero jamás había visto a su padre dormir de noche.

El reverendo Maness pronunció el nombre de su hijo, y el joven Andrew Maness enfocó la mirada en el delgado rostro de su padre, reconociendo entonces la corona de cabello blanco que todavía retenía cierto tono rojizo, y las gafas ovaladas que reflejaban la llama de la vela. El anciano susurró al chico, como si no estuvieran a solas en la casa o estuvieran tramando alguna conspiración.

—¿Ha ocurrido otra vez, Andrew? —preguntó.

—No quería que ocurriese —protestó Andrew—. No estaba solo.

El reverendo Maness alzó una mano abierta solicitando silencio y comprensión. El reflejo de la vela en las lentes de las gafas le ocultaba los ojos, que en ese instante se volvieron hacia la ventana que estaba junto a la cama de su hijo.

—El misterio del caos ya está actuando —dijo.

—Las Epístolas —respondió rápidamente Andrew, como si la cita hubiera sido una pregunta.

—¿Puedes acabar el pasaje?

—Sí, creo que sí —respondió Andrew, y a continuación adoptó un tono solemne y recitó—: Sólo falta que desaparezca el que lo retiene, y entonces se manifestará el Impío, a quien el Señor Jesús destruirá con el aliento de su boca y aniquilará con el resplandor de su Venida.

—Conoces bien ese libro.

—La Santa Biblia —dijo Andrew, porque le sonaba extraño no nombrar el libro de la forma apropiada.

—Sí, la Santa Biblia. Deberías saber sus palabras mejor que cualquier otra cosa en este mundo. Deberías tener sus palabras siempre en la mente, como una fórmula mágica.

—Y eso hago, padre. Siempre me has dicho que debía hacerlo.

Súbitamente, el reverendo Maness se puso en pie e, inclinándose sobre su hijo, gritó:

—¡Mentiroso! No tenías estas palabras en la mente esta noche. Es imposible que las tuvieras. Permitiste que el caos actuara. *Tú* eres el caos, pero no debes serlo. Debes ser el otro, el *katechon*, el que lo retiene.

—Lo siento, padre —suplicó Andrew—. Por favor, no te enfades conmigo.

El reverendo Maness recobró la compostura y de nuevo alzó su mano abierta, entrelazando y separando los dedos varias veces en lo que pareció una secuencia deliberada de sutiles gestos. Le dio la espalda a su hijo y lentamente recorrió el cuarto. Cuando llegó a la ventana en la pared opuesta, observó la oscuridad que envolvía a la ciudad de Moxton, donde él y su hijo llegaron hacía ya unos años. En la calle Main de la ciudad el reverendo había construido una iglesia; cerca de ésta, construyó una casa. La silueta del campanario de la iglesia se recortaba contra las nubes iluminadas por la luna. Desde el otro lado del cuarto, el reverendo Maness dijo a su hijo:

—Construí la iglesia en la ciudad para que la gente la viera. La construí de ladrillo para que perdurase.

Entonces comenzó a recorrer la estancia en actitud meditabunda mientras su hijo lo miraba en silencio. Tras unos minutos se detuvo a los pies de la cama de su hijo y bajó la mirada como si estuviese en el púlpito de su iglesia.

—En la Biblia hay una bestia —dijo—. Lo sabes, Andrew. Pero ¿sabías que la bestia también está dentro de ti? Vive en un lugar donde nunca puede ver la luz. Sí, habita aquí, dentro del cráneo, el habitáculo de la Gran Bestia. Es algo con una forma tan maravillosa que su existencia podría ser atribuida a los fantásticos conjuros de un brujo o a una aparición procedente de un lejano y oscuro lugar que nunca nadie jamás ha visto. Es una pesadilla que paralizaría nuestros corazones si llegásemos a contemplarla en algún sombrío rincón de nuestro hogar, o si en alguna ocasión, por alguna terrible desgracia, posásemos nuestras manos sobre su viscosa carne. Esto no debe pasar nunca, la bestia debe ser retenida en su madriguera. Pero la bestia es una enorme fuerza que llega hasta el mundo, un gran hacedor de mundos que no se parecen en nada a lo que conocemos.

Y podría efectuar cambios en este mundo. La oscuridad y la luz, la forma y el color, los cielos y la tierra… todo podría ser alterado por la bestia, el gran corrector de lo visible y lo invisible, lo conocido y lo desconocido. Porque todas las cosas que vemos y conocemos no son más que vasijas vacías en las que la bestia derramará una nueva tintura y así cambiará el aspecto de la tierra, alterando las propias sombras, otorgando un extraño color a nuestros días y nuestras noches, *convirtiendo* el día en

noche, de forma que soñamos mientras estamos despiertos y jamás podremos volver a dormir. No hay nada más terrible ni nada más pecaminoso que dichos cambios en las cosas.

No hay nada más grotesco que estos cambios. Todos los cambios en las cosas son grotescos. La misma posibilidad de que se produzcan cambios en las cosas es grotesca. Y la bestia es la autora de todos los cambios. ¡No vuelvas nunca más a tener trato con la bestia!

—¡No digas eso, padre! —gritó Andrew con las palmas de las manos presionadas contra las orejas para obstruir más palabras de reproche. Sin embargo, las oía igualmente.

—Estás arrepentido, pero aun así no lees el libro.

—Sí leo el libro.

—Pero no tienes las palabras del libro siempre en tu mente, porque estás constantemente leyendo otros libros prohibidos para ti. Te he visto mirando mis libros, y sé que los sacas de los estantes como un ladrón. Son libros que no deberían ser leídos.

—Entonces, ¿por qué los guardas? —le gritó Andrew, sabiendo que era perverso cuestionar a su padre y sentir una gran alegría al hacerlo. El reverendo Maness se colocó en un lateral de la cama, la luz de la vela se reflejaba en sus gafas.

—Los guardo —dijo— para que puedas aprender por tu propia voluntad a renunciar a lo que está prohibido, sea cual sea la forma en que se presente.

Pero qué maravillosos le parecían todos aquellos libros prohibidos para él. Recordaba haberlos visto por primera vez enclaustrados en los estantes más altos de la biblioteca de su padre, aquella pequeña habitación sin ventanas en el mismo centro de la casa que el reverendo Maness había construido. Andrew reconocía los libros nada más verlos, no solo por los títulos con palabras como Misterio, Encantado, Secreto y Sombra, sino también por el tipo de letra de estas palabras —una escritura afilada parecida a las letras de la propia Biblia— y por los tonos de sus encuadernaciones de tela, los ropajes desteñidos de crepúsculos otoñales. De alguna manera sabía que estos libros estaban prohibidos para él, incluso antes de que el reverendo hiciera saber a su hijo este hecho y provocase que el chico se sintiera avergonzado por su deseo de sostener aquellos libros y conocer su contenido. Comenzó a sentirse unido a los mundos que imaginaba revelados en los libros, obsesionado con lo que él concebía como una cosmología de pesadillas. Y tras haber entrado ilícitamente en la biblioteca de su padre, comenzó a trazar con detalle el mapa de un universo misterioso… un lugar donde el sol se había perdido de vista, donde las ciudades eran frías y oscuras, donde las montañas palpitaban con las monstruosidades que escondían, los bosques tamborileaban con vientos secretos, y todos los mares permanecían horriblemente en calma. En sus sueños acerca de este universo, que sobrepasaban con creces las visiones más oscuras de cualquiera de los libros que hubiera leído jamás, una noche interminable había caído sobre todos los

paisajes imaginables.

Así pues, mientras dormía, podía encontrarse de pie al borde de un enorme barranco lleno de árboles de verdes copas afiladas, y en la distancia los picos de las colinas se recortaban negros bajo un cielo caótico lleno de estrellas. Alguna escena de este tipo con frecuencia se repetía en aquellos libros prohibidos, y en ocasiones proporcionaba el motivo de uno de los grabados que acompañaban a la narración. Pero jamás leyó en ningún libro lo que sus sueños le mostraban en el cielo sobre el barranco y sobre las colinas. Cada una de las brillantes y encrespadas estrellas comenzaba a soltarse de los lugares donde la negrura las sujetaba. Al principio se agitaban, y luego rodaban por sus lechos nocturnos. En esos momentos veía el reverso de las estrellas, que no se asemejaba en absoluto a lo contemplado a través de los ojos de la tierra. Lo que podía ver no se asemejaba a las estrellas, sino a algo más parecido a la cara inferior de las grandes rocas con las que uno podría tropezarse en las profundidades de húmedos bosques. Habían cambiado de una manera sumamente extraña, cambiado porque todo en el universo estaba cambiando y ya no podía ser protegido de los cambios provocados por algo que había despertado en la negrura, algo que deseaba moldear de nuevo todo lo que veía… y que tenía el poder de ver todas las cosas. Por los rostros de las estrellas se arrastraban cosas que las hacían brillar como nunca antes habían brillado. Y entonces estas cosas que veía en su sueño comenzaban a derramarse de las estrellas hacia la tierra, surcando la noche con sus brillantes rastros.

En esas noches de sueños, todas las cosas se hallaban sujetas a fuerzas que no entendían de ley o razón, y nada poseía su propia naturaleza o esencia, sino que tan solo era una máscara sobre el rostro de la oscuridad absoluta, una negrura que jamás nadie había contemplado.

Aún siendo solo un niño, ya era consciente de que sus sueños no se ajustaban a la creación que le había enseñado su padre y *aquel libro*. Era otra la creación que él perseguía, una contra-creación, y los libros que llenaban las estanterías de la biblioteca de su padre no podían revelarle lo que deseaba saber sobre esta otra génesis. Al tiempo que se lo negaba a su padre, y con frecuencia a sí mismo, soñaba con leer el libro que estaba realmente prohibido, las escrituras de una creación letal, unas escrituras que narrarían el relato del universo en su sentido más puro.

Pero ¿dónde podría encontrar tal libro? ¿En qué estante de qué biblioteca aparecería ante sus ojos? ¿Lo reconocería cuando la fortuna permitiera que cayera en sus manos? Con el paso del tiempo fue creciendo la certeza de que encontraría el libro, había soñado tantas veces con él. Y es que en las visiones más inverosímiles se veía a sí mismo en posesión del libro, como si lo hubiera heredado. Pero, aunque sostenía el libro en sus sueños, e incluso veía sus palabras con milagrosa claridad, no llegaba a comprender la sustancia de una escritura cuyos significados parecían disolverse transformándose en un sinsentido. Nunca se le concedió en estos sueños una comprensión de lo que el libro debía contarle. El libro solo se comunicaba con su

mente mediante las más oscuras y extrañas sensaciones, como una especie de presencia que invadía y poseía el sueño. Al despertar, lo único que permanecía era un terror eufórico. Y era entonces cuando los objetos que le rodeaban comenzaban sus transformaciones, porque su alma se había convertido en un caos debido a los sueños y su mente estaba repleta de palabras del libro equivocado.

5. El autor del libro

—Tú sabías que era inútil —dijo Andrew Maness mientras se inclinaba sobre el libro que tenía encima del escritorio y miraba fijamente las páginas de antigua escritura a mano en tinta negra—. Me dijiste que siempre debía leer las palabras correctas y que siempre debía tenerlas en mi mente, pero tú sabías que yo leería las palabras incorrectas. Tú sabías lo que yo era. Sabías que un ser como yo solo existía para leer las palabras incorrectas y para querer ver esas palabras escritas en el cielo con letras negras. Porque tú mismo fuiste el autor del libro. Y trajiste a tu hijo al lugar donde él leería tus palabras. Esta ciudad era el lugar equivocado, y tú sabías que era el lugar equivocado. Pero te convenciste a ti mismo de que era el único lugar donde lo que habías hecho… podría ser deshecho. Porque te asustaste de lo que tú y los otros hicisteis. Durante años estuviste intrigado por la mayor de las locuras, los secretos y estratagemas más atroces, y luego te asustaste. ¿Qué descubriste que te asustó tanto, a ti y a los otros que siempre estabais intrigados por las cosas monstruosas sobre las que hablabas, sobre las que entonabas, en el libro? Tú me sermoneabas diciéndome que todo cambio es grotesco, que la misma posibilidad de cambio es en sí perversa. Sin embargo, en el libro tú sostienes que «la transformación es la única verdad»… «la única verdad para el Tsalal, aquel sin ley ni razón. No existe la naturaleza de las cosas», escribiste en el libro. «No hay rostros, sino simples máscaras fuertemente sujetas al convulso caos tras de ellas». Escribiste que no existe el verdadero crecimiento o evolución en la vida de este mundo, sino tan solo transformaciones de apariencia, una incesante fusión y moldeado de superficies sin que subyazca ninguna esencia. Pero, sobre todo, tú afirmaste que no existe la redención de ningún ser, porque no existen los seres como tales, nada existe para ser redimido… todo, toda persona existe solo para ser arrastrado hacia el lento e interminable torbellino de mutaciones que podríamos ver cada segundo de nuestras vidas si simplemente observásemos con atención a través de los ojos del Tsalal.

»Sin embargo, estas verdades tuyas que constantemente escribías en tu libro no

pueden ser la razón de que te asustases, porque aunque tu voz se torne sombría y temblorosa cuando hablas de estas cosas, tus frases están cargadas de fascinación y siempre te maravillas ante la gran farsa de la mascarada universal, «la alucinación de mentiras que oscurece la visión de todos a excepción de los electos del Tsalal». Es algo de lo que no quieres o no puedes hablar lo que hizo que te asustases. ¿Qué fue lo que descubriste y no pudiste afrontar sin renunciar a lo que tú y los otros habíais hecho, sin correr a esta ciudad para esconderte tras las doctrinas de una iglesia en la que realmente no creías? ¿Permaneció este conocimiento, este descubrimiento en tu interior a un mismo tiempo vivo y muerto a tu recuerdo? ¿Fue esto lo que te permitió profetizar que las gentes de Moxton regresarían a su ciudad, y sin embargo te impidió decir qué fenómeno podía ser más terrible que la pesadilla de la que habían huido, aquellos grotescos cambios que habían invadido las calles y casas de este lugar?

»Sabías que éste era el lugar incorrecto cuando me trajiste aquí de niño. Y yo sabía que éste era el lugar incorrecto cuando llegué a mi hogar en esta ciudad y me quedé aquí hasta que todo el mundo supo que yo había permanecido demasiado tiempo en este lugar.

6. La mujer de cabellos blancos

No mucho después de que Andrew Maness se mudara de nuevo a la ciudad de Moxton, una anciana se le acercó en la calle a última hora de la tarde. Andrew estaba mirando en un escaparate de un taller de reparaciones que cerraba temprano. Frente a él había un despliegue de piezas oxidadas de máquinas, como si estuvieran en exposición: las tripas y esqueleto de alguna clase de motor muerto. Su ensoñación fue interrumpida cuando la anciana dijo:

—Yo le he visto a usted antes.

—Es posible, señora —respondió él—. Me mudé a una casa de Oakman hace unas semanas.

—No, quiero decir que le he visto antes de eso.

Sonrió ligeramente a la anciana y respondió:

—Viví aquí durante un tiempo, pero pensé que nadie se acordaría.

—Recuerdo el cabello. Es rojo, pero un poco verdoso también, amarillento quizás.

—Descolorido por los años —explicó él.

—Lo recuerdo tal como era antes. Y no es mucho más diferente ahora. Mi cabello

está blanco como la sal.

—Sí, señora —dijo él.

—Les dije a esos malditos idiotas que me acordaba. Nadie me escucha. ¿Cómo se llama?

—Mi nombre, señora…

—Spikes —replicó ella rápidamente.

—Mi nombre, señora Spikes, es Andrew Maness.

—Maness, Maness —canturreó para sí—. No, no recuerdo a ningún Maness. Usted está ahora viviendo en la casa de los Starn.

—De hecho se la compré a un miembro de la familia del señor Starn que heredó la casa tras su muerte.

—Allí solían vivir los Waters. Antes de ellos los Wells y antes los McQuister. Pero eso ya fue antes de que yo naciera. Antes de los McQuister ya es demasiado tiempo para poder recordar. Demasiado maldito tiempo.

Iba diciendo estas palabras mientras se alejaba con paso decidido por la calle. Andrew Maness observó cómo se alejaban su delgada silueta y los cabellos blancos como la sal, y cómo perdían todo su color en los monótonos alrededores de la ciudad esqueleto.

7. Revelaciones de un ser único

Para Andrew Maness el mundo siempre había estado dividido en dos distintas esferas definidas por lo que solo podía describir como un *prejuicio del alma*. De acuerdo con esta visión, él estaba provisto de un conjunto doble de respuestas que manifestaba ante un escenario dado para saber si era el lugar correcto para él o el lugar equivocado. En lugares del primer tipo se producía una separación entre sí y el mundo a su alrededor, una ausencia envolvente. Éstos eran los grandes espacios vacíos que conformaban casi la totalidad del mundo. Estos lugares no representaban ninguna amenaza. Pero existían otros lugares donde parecía que se le permitía la entrada a una presencia de la más terrible especie, una fuerza que no pertenecía a esos lugares y sin embargo se movía libremente dentro de ellos… y dentro de él. Eran precisamente lugares como este, y la presencia que contenían, lo que llegó a dominar su vida y determinar su curso. No tenía elección, porque era el plan de las *personas electas* que lo habían generado, y él estaba obligado a cumplir su diseño. De hecho, él era el mismo centro de su diseño.

Su padre sabía que había ciertos lugares en el mundo ante los que él debía responder, incluso durante su niñez, y que le llevarían a experimentar un segundo nacimiento bajo el signo del Tsalal. El reverendo Maness sabía que la ciudad de Moxton era uno de esos lugares… puestos avanzados en las desoladas fronteras de lo real. Dijo que había traído a su hijo a esta ciudad para que el niño aprendiera a resistir la presencia que sentiría aquí y en cualquier otro lugar del mundo. Dijo que había traído a su hijo al lugar correcto, pero, en realidad, lo había traído a un lugar totalmente equivocado para el ser que era. Y dijo que su hijo siempre debía llenar su mente de las palabras de ese libro. Pero estas palabras eran fácilmente silenciadas y reemplazadas por aquellas otras palabras de aquellos otros libros. Su padre parecía tentarlo a leer los mismos libros que no debería haber leído. Pronto esos libros generaron en Andrew Maness la sensación de esa fuerza y esa presencia que podía manifestarse en un lugar como la ciudad de Moxton. Y había otros lugares donde él sentía esa misma presencia. Siguiendo intuiciones que fueron creciendo con el tiempo, Andrew Maness encontraba estos lugares por azar o siguiendo un plan trazado.

Podía encontrar una casa abandonada, ruinosa y combada en un paisaje aislado… un esqueleto desnudo en un osario. Pero este destartalado edificio era para él un templo, una capilla en el camino de una oscura presencia con la que él anhelaba la unión, y también una entrada al mundo oscuro en el que esa presencia moraba. No se puede describir con nada esas sensaciones, los innumerables matices de temblorosa excitación, al aproximarse a un edificio en ruinas cuyo contorno inclinado e irregular sugería otro orden de existencia, el orden de existencia más verdadero, como si lugares como esta casa fueran simples sombras ondulantes reflejadas sobre la tierra desde un plano de existencia distante e invisible. Allí experimentaba el toque de algo externo a él, algo cuya voluntad se confundía con la suya propia, como en un sueño donde uno se siente poseedor de un fantástico poder para decidir qué eventos tendrán lugar, y sin embargo también se siente incapaz de controlar ese poder que, *a través* de uno mismo, podría llegar a producir el caos de pesadilla. Esta mezcla de dominio e impotencia lo abrumaba con una negra ebriedad y le sugería su meta vital: mover la gran rueda que gira en la oscuridad, y ser aplastado por ella.

Sin embargo, Andrew Maness siempre había sabido que su ambición era un eco de la concebida por su padre muchos años atrás, y que la búsqueda de esta ambición fue consumada con su propio nacimiento.

8. No hace mucho más de un siglo

—De joven —explicaba el reverendo Maness a su hijo, siendo éste un joven por aquel entonces—, me consideraba un adepto a la magia de los dioses antiguos, un comulgante de entidades tanto demoníacas como divinas. Durante muchos años no comprendí que yo era simplemente un guarda del museo donde los dioses antiguos estaban expuestos, con sus réplicas y cadáveres colocados en las innumerables galerías de lo *invisible*… y ahora lo *extinto*. Sabía que en milenios pasados estos seres siempre se habían reemplazado unos a otros mientras transitaban por los mundos que los adoraban. Esta sucesión en espejo de monarcas supremos podría todavía parecer eterna a aquellos que no han sentido la gran sombra eternamente posicionada detrás de cada una de las deidades o panteones. Sin embargo, pude sentir esta sombra y ver que había eclipsado a los dioses antiguos sin ser en absoluto uno de ellos. Porque era incluso más antigua que ellos, el oscuro fondo contra el que estos dioses habían llevado a cabo sus aventuras lo mejor que pudieron. Pero su aparición en el fondo de todas las cosas era algo nuevo, un advenimiento que tuvo lugar no hace más de un siglo. Quizás esta enorme negrura, esta sombra, siempre ha prevalecido en otros mundos distintos al nuestro, lugares que nunca han conocido a los dioses del *orden*, los dioses del *diseño*. Incluso este mundo se había preparado desde hacía tiempo para ello, creando ciertos lugares donde la ilusión de realidad se hacía sumamente frágil y donde los dioses del orden y el diseño apenas podían respirar. Lugares como esta ciudad de Moxton se convirtieron en tierra fértil para esta negrura que nadie jamás había visto.

»Sí, no hace mucho más de un siglo que las personas de este mundo traicionaron su percepción de un nuevo dios que no era un dios. Tal percepción nunca podría estar completa, nunca llegaría a la verdadera agonía de iluminación, excepto entre los electos. Yo mismo tardé tiempo en lograrlo. La autenticidad de mis conocimientos podría parecer cuestionable y arbitraria, considerando su origen. Sin embargo, hay una tradición en la revelación, un antiguo protocolo, mediante el cual el conocimiento de lo invisible nos es concedido a través de textos inspirados. Y es por medio de estas escrituras dictadas desde el más allá como, de entre todo el mundo, solo nosotros podríamos descubrir lo que no hemos experimentado ni podemos experimentar en una confrontación directa. Así ocurría con el Tsalal. Pero el libro que yo he escrito, y que he titulado *Tsalal*, no es el código revelado del que estoy hablando. Es solo un reflejo, o más bien un destilado, de aquellas otras escrituras en las que detecté por primera vez la existencia, la aparición, del propio Tsalal.

»Por supuesto, siempre han existido escrituras de una u otra clase, una tradición popular primigenia que ha proporcionado alusiones a la oscuridad de la creación y a monstruosidades de todo tipo, humanas e inhumanas, como si hubiera alguna diferencia entre ellas. Siempre ha pervivido algo profundamente oscuro y grotesco en todos los idiomas de este mundo, apareciendo intermitentemente y lanzando su

sombra durante unos instantes en las historias que intentan buscarle una razón a las cosas, frecuentemente frustrando el final más feliz. Y esta sombra nunca desaparece en ninguna de estas historias, aunque se pretenda hacernos creer lo contrario. La oscuridad de lo grotesco es un enigma inmortal: en todas las leyendas de muertos, en todos los cuentos de criaturas de la noche, en todas las mitologías de dioses locos y demonios lúcidos siempre perdura una especie de sinsentido burlón al final, una voz fuerte y resonante que llama desde el corazón de estas historias y declara: «Todavía estoy aquí». Y la risa idiota de esa voz… ¡cómo resuena a través de los siglos! Esta risa con frecuencia alcanza nuestros oídos a través de ciertas historias en las que este mismo espíritu grotesco ha tenido algo que ver. Por mucho que hemos intentado ignorar la risa de esta voz, por mucho que hemos intentado aplastar sus palabras y protegernos a nosotros mismos llenando nuestras mentes con otras palabras, todavía resuena por todo el mundo.

»Pero no hace mucho más de un siglo esta risa comenzó a aumentar de tono. Tú mismo la has oído, Andrew, cuando entrabas a hurtadillas en mi biblioteca durante tus años de juventud, deleitándose en una fiesta gótica de lo grotesco. Estos libros no contienen un conocimiento arcano dirigido a los pocos seleccionados, sino que fueron escritos para un mundo que había comenzado a menospreciar a los dioses del orden y el diseño, a cuestionar su misma existencia y a ensalzar los disturbios de lo grotesco. A estas alturas ambos hemos estudiado los libros en los que el Tsalal se fue revelando gradualmente como el mismísimo núcleo de nuestro universo, aunque sus autores permanecieran ignorantes de las revelaciones que perpetraban. Fue de uno de los más iluminados de esta secta de narradores góticos de donde tomé el nombre de ese personaje. ¿Recuerdas, Andrew, las aventuras de un tal Arthur Pym en una tierra fantástica donde todo, sus gentes y el paisaje, es de una *negrura perfecta*: el país antártico de Tsalal? Era esta una de las mejores evocaciones que encontré sobre esa negrura que nadie había visto jamás, una revelación literaria de la existencia sin alma ni sustancia, sin significado ni necesidad… no un universo de diseños y orden, sino uno cuyo único principio era el de la transmutación sin sentido. Un universo de lo grotesco. Y desde ese momento mi única ambición fue invocar al que ahora llamo el Tsalal, y finalmente realizar una encarnación terrenal de la mismísima cosa.

»A lo largo de los años averigüé que había otros obsesionados por una ambición tan cercana a la mía propia que formábamos una Alianza… los electos del Tsalal. También ellos eran devotos de los dioses antiguos que habían perdido su poder o que se habían extinguido por la aparición de este otro, un advenimiento inevitable que estábamos ansiosos de acelerar para perdernos nosotros en él. Y es que habíamos reconocido la máscara de nuestras identidades, y nuestro único consuelo por lo que habíamos perdido, una redención perversa, era unirnos a la fatalidad del Tsalal. Para ello era esencial una mujer sobre la que realizar una ceremonia de concepción. Y fue durante estos ritos cuando por primera vez llegamos a estar en íntima comunión con aquel que se movía en nuestro interior y que realizaba los cambios más maravillosos

sobre tantas cosas.

»Ninguno de nosotros sospechaba qué pasaría cuando nos reunimos esa última noche. Todo esto pasó en otro país, un país más viejo. Pero sin duda era un lugar como esta ciudad de Moxton, un lugar donde las apariencias de este mundo parecen tambalearse en ocasiones, flotando ante nuestros ojos como simple niebla. Este lugar era conocido en nuestro círculo como la Calle de las Farolas, y era el mismísimo corazón de un distrito bajo el signo del Tsalal. Ahora, cuando lo evoco, las farolas me parecen tan solo una casualidad de la escena, un elemento accidental de atmósfera, pero por aquel entonces para nosotros eran los mismísimos ojos del Tsalal. Los apliques luminosos de las aceras de radiante cristal engarzado en tallos de metal negro formaban una procesión irreal a un lado y a otro de la calle, un espectáculo de *pathos* y misterio infinitos. Un poeta de la época los llamó «lirios de hierro», y otro comparó su luz de joya con el amarillo topacio. En un idioma distinto, y una ciudad distinta, estos artilugios —*les réverberes, les becs de gaz*— también eran ensalzados, un símbolo enigmático de un siglo, un mundo, que se apagaba.

»Fue en esta calle donde preparamos una estancia para tu nacimiento y tu crianza bajo el signo del Tsalal. Había unos cuantos residentes más en este destartalado barrio, pero lo abandonaron antes de que tú nacieras, asustados por los cambios que todos nosotros podíamos contemplar en la Calle de las Farolas. Al principio, los cambios eran sutiles: las arañas habían comenzado a tender sus redes sobre el empedrado de la calle, y finos hilos de humo se escapaban por los cañones de las chimeneas, entrelazándose unos con otros en el cielo. Cuando llegó la noche de tu nacimiento los cambios se intensificaron. Estaban centrados en el cuarto en el que nos reunimos para recitar la invocación del Tsalal. Realizamos encantamientos durante toda la noche, de pie en círculo alrededor de la mujer elegida para la ceremonia de concepción. ¿Ya he mencionado que ella no era uno de nosotros? No, ella era una demacrada habitante de la Calle de las Farolas, de cuyo cuerpo nos apropiamos unos meses antes, un miembro honorario de nuestra secta a quien tratamos muy bien durante el tiempo que permaneció cautiva. Llegado el momento de tu nacimiento, ella se lanzó al suelo de la habitación ceremonial y comenzó a gritar con distintas voces. No creíamos que pudiera sobrevivir a la terrible prueba. Ni tampoco sabíamos cuáles serían las consecuencias inmediatas de la encarnación que pretendíamos efectuar, la consumación de un nexo de unión entre esta mujer y el Tsalal.

»Estábamos invitando al caos a este mundo, eso lo sabíamos. Estábamos totalmente ebrios por la posibilidad de un desorden absoluto. Con un sentimiento de lúgubre júbilo gozábamos con los *indicios* de una pesadilla universal… el punto final de todas las cosas. Pero esa noche, mientras invocábamos al Tsalal en esa habitación, llegamos a experimentar un plano de lo irreal hasta ahora desconocido por todos nosotros. Y descubrimos que nunca habíamos deseado realmente perdernos nosotros mismos en lo irreal, no de la manera en que nos amenazaba desde la Calle de las

Farolas. Porque de la misma forma en que tú, Andrew, comenzaste a entrar en este mundo a través de esa mujer, también el Tsalal entraba al mundo a través de esa mujer. Ella era ahora la *semilla* de aquel, su carne radiante e hinchada en el fértil terreno de lo irreal que era la Calle de las Farolas. Miramos por las ventanas de aquella habitación, considerando ya nuestra escapada. Pero entonces vimos que ya no había ninguna calle, ni ningún edificio en aquella calle. Lo único que permanecía eran las farolas con su duro brillo amarillo como estrellas putrefactas, interminables hileras de farolas que ascendían hacia una negrura que lo envolvía todo. ¿Puedes imaginarlo? Innumerables hileras de farolas ascendiendo hacia la negrura. Todo lo que sustentaba la realidad del mundo a nuestro alrededor había sido consumido. Nos percatamos de que nuestros propios cuerpos aparecían repentinamente demacrados y escuálidos, mientras que el cuerpo de aquella mujer, la semilla del Apocalipsis venidero, se iba hinchando cada vez más con el poder y la magia del Tsalal. Y supimos en ese momento lo que debía ser hecho si lográbamos escapar a la irrealidad que había germinado en aquel lugar llamado la Calle de las Farolas.

9. Una ciudad esqueleto

Incluso en tiempos de los McQuinster, los cuales ya nadie recordaba muy bien, Moxton era ya una ciudad esqueleto. Ningún edificio allí había parecido nunca nuevo. Cada ladrillo mugroso o tablón descolorido, cada placa oxidada o toldo raído parecía haber sido heredado de la extinción de otro edificio en otra ciudad, objetos desechados de un próspero centro en el que ya no tenían cabida materiales desgastados. Los cristales de escaparate de los comercios estaban nublados con una confusión de imágenes reflejadas de algún otro lugar. Era como si establecimientos enteros hubieran sido abandonados en Moxton, donde los edificios se erguían en las calles como extraños objetos abandonados en el estante de un sótano.

No era tanto una ciudad real como la apariencia de una ciudad, un fondo de cartón piedra de un viejo espectáculo teatral de contornos crudamente pintados con un viejo pincel insensible a los detalles de carácter e identidad, y que dibujaba los nombres de las calles y los comercios con garabatos sin sentido destinados a no ser leídos por nadie. Todo lo que podía haber sido real en la ciudad había quedado frustrado. Nada florecía allí, nada marcaba una diferencia por su presencia o ausencia.

Ningún negocio podía hacer algo más que sobrevivir anónimamente en Moxton.

Incluso los negocios más grandes, tales como un almacén de baratijas o un confortable hotel, eran incapaces de destacar y se veían obligados a adoptar el mismo aire de irrealidad que mostraban los establecimientos más pequeños: la zapatería, cuyo diminuto escaparate exponía mercancía pasada de moda hacía ya mucho tiempo, la tienda de ropa, donde el polvo se acumulaba en los pliegues de la ropa que llevaban los maniquíes descabezados, el taller de reparaciones, donde un buen número de objetos habían quedado sin reclamar por sus dueños y se oxidaban por todos los rincones del lugar.

Muchos años atrás se abrió un teatro en la prominente esquina de Webster con Main, décadas antes de que se colgase el semáforo sobre la intersección de dichas calles. En un enorme luminoso de neón con las letras apiladas en vertical se leía la palabra RIVIERA. Durante unos instantes esta palabra se recortaba con deslumbrador morado contra el cielo del crepúsculo, llamando hacia uno y otro lado de la calle a todos los habitantes de la ciudad. Pero al caer la noche las letras brillantes se atenuaban y su *glamour* quedaba sofocado por la atmósfera enrarecida donde las imágenes y los sonidos perdían toda realidad. La nueva sala de cine ahora no relucía más que la farmacia de McQuister al otro lado de la calle. Ambos comercios se repartían una clientela regular y modesta de una ciudad esqueleto que no estaba más encantada con uno u otro comercio.

Ése era todo el compromiso de Moxton con cualquier manifestación de la realidad. Y es que hay ciertos lugares que existen en los márgenes de lo real: una casa, una calle, incluso ciudades enteras son reivindicadas en virtud de alguna afinidad innombrable con los planos más remotos de existencia. Ellos son, estos lugares, terreno fértil de lo irreal y retienen el mínimo de inmunidad necesario contra trastornos y aberraciones exóticas. Sus concesiones a una cierta apariencia de realidad son solo gestos apaciguadores, una manera de sofocarla a través de una aceptación limitada. Era innecesario, e incluso perverso, resistirse a la construcción de la sala de cine o de la nueva iglesia (fundada en 1893 por el Rev. Andrew Maness). Tal acción podría investir a estos establecimientos de una cantidad injustificada de sustancia o poder, y en una ciudad esqueleto hay poca sustancia, y todo el poder reside tan solo en lo irreal. Los ciudadanos de un lugar así son guardianes de una propiedad única, de una hacienda valiosa cuyos verdaderos dueños se encuentran momentáneamente ausentes. Lo único necesario para que sea asumida la total propiedad de la tierra es que una sola semilla sea plantada y alimentada durante el suficiente periodo de tiempo, un intervalo que no tiene nada que ver ni con las horas ni los días de este mundo.

10. Una súplica del pasado

Andrew Maness creció en la ciudad de Moxton mientras observaba cómo su padre se sometía a la desesperación y el asombro de no poder deshacer la cosa que él y los otros habían *encarnado*. En varias ocasiones el reverendo entró en el cuarto de su hijo mientras este dormía. Con cuchillo y hacha y guadaña de mango largo intentó romper el cada vez mayor vínculo entre su hijo y el Tsalal. Por la mañana, el dormitorio del joven Andrew olía a matadero. Pero sus miembros y órganos volvían a estar unidos y nueva sangre fluía por ellos, probando así la realidad de lo que había sido traído al mundo por su padre y los otros adeptos a aquél.

Había momentos en los que el reverendo Maness, sumido en el pavor y la desesperación, despertaba a su hijo de su sueño para suplicarle, le hacía saber que estaba llegando a una peligrosa coyuntura en su desarrollo y le rogaba que se sometiera al peculiar ritual que se consumaría con la destrucción de Andrew.

—¿De qué ritual se trata? —preguntaba Andrew con el nerviosismo de un novicio. Pero la capacidad de habla del reverendo se paralizaba ante esta pregunta y pasaban muchas noches antes de que volviera a abordar el tema.

Finalmente, una noche el reverendo Maness entró en el cuarto de su hijo portando un libro. Abrió el libro por las últimas páginas y comenzó a leer. Y las palabras que leyó describían el plan de la destrucción de su hijo. Estas palabras eran suyas, el último capítulo de una gran obra que había compuesto documentando una riqueza de revelaciones sobre la fuerza o entidad llamada el Tsalal.

Andrew no podía apartar la mirada del libro y se esforzó por escuchar cada matiz de la lectura que realizó su padre, a pesar de que el ritual que el anciano leyó describía de una forma atroz la muerte de Andrew… la erradicación de la semilla del Apocalipsis denominada el Tsalal.

—Tu fórmula para eliminar mi existencia requiere de la participación de otros —comentó Andrew—. «Los electos de… aquel».

—Tsalal —entonó el reverendo Maness, todavía cautivado por una oculta nomenclatura.

—Tsalal —repitió Andrew—. Mi protector, mi guardián del negro vacío.

—Todavía no eres totalmente la criatura de aquel. He intentado cambiar lo que no podía. Pero has permanecido demasiado tiempo en este lugar, que era el lugar equivocado para un ser como tú. Estás experimentando un segundo nacimiento bajo el signo del Tsalal. Pero todavía queda tiempo para que te sometas al ritual por propia voluntad.

—Debo preguntarte, padre, ¿quién lo llevará a cabo? ¿Se convocará a extraños para que vengan a la ciudad?

Tras una dolorosa pausa reflexiva, el reverendo respondió:

—Ninguno de los que quedan vendrán. Tendrían que revivir los sucesos que siguieron a tu nacimiento, la primera vez que naciste.

—¿Y mi madre? —preguntó Andrew.

—No sobrevivió.

—Pero ¿cómo murió?

—Por el ritual —confesó el reverendo Maness—. En el ritual de tu nacimiento se hizo necesario llevar a cabo el ritual de la muerte.

—Su muerte.

—Como ya te he contado anteriormente, este ritual nunca había sido realizado, ni tan siquiera imaginado, antes de la noche en la que naciste. No sabíamos qué podría ocurrir. Pero en cierto momento, tras presenciar ciertas cosas, actuamos de la manera correcta, como si siempre hubiéramos sabido lo que debía ser hecho.

—¿Y qué debía ser hecho, padre?

—Está todo en este libro.

—Tú tienes el libro, pero todavía te faltan los otros. Una congregación, por llamarlo de alguna manera.

—Tengo mi congregación en esta misma ciudad. Ellos harán lo que debe ser hecho. Y tú deberás someterte por propia voluntad. Debes consentir el fin de tu existencia.

—¿Y si no consiento?

—En breve —comenzó a explicar el reverendo Maness—, el vínculo quedará sellado entre tú y el otro, aquel que es todo pesadilla de grotescas metamorfosis tras un sueño de formas terrenales, aquel que es el centro de la supuesta entidad y la supuesta esencia. Hasta las ilusiones vivas del mundo de luz llegará una negrura nunca antes vista, un amanecer de oscuridad. Lo que tú mismo has conocido sobre estas cosas es tan solo un atisbo pasajero, una temblorosa llama de vela en comparación con la conflagración que vendrá después. Te has sentido fascinado por esos momentos que has experimentado tras haberte dormido y despertado y haber visto que las cosas a tu alrededor han sufrido un cambio de forma. Las contemplas mientras cambian a formas estrambóticas, y sientes que el poder que las cambia está conectado a tu propio ser, transmitiéndote su magia a través de un delicado cordón. Luego el cordón se vuelve demasiado frágil para resistir, tu mente regresa a ti, y así la pequeña actuación que contemplabas termina. Pero llevas ya demasiado tiempo en este lugar para haber comenzado un segundo nacimiento bajo el signo del Tsalal. El cordón entre aquel y tú es fuerte. Vayas donde vayas, te encontrará. En cualquier lugar en el que permanezcas, allí comenzarán los cambios. *Y es que tú eres la semilla de aquel. Eres exactamente como la luz*[4], la semilla primordial de la profecía rabínica: esa astilla de cada entidad mortal a partir de la cual el cuerpo entero puede ser reconstruido para someterse al juicio del final de los tiempos. Allá donde estés comenzará la resurrección. Eres un fragmento de aquel que no posee ni ley ni razón. El cuerpo que brotará de ti es el verdadero cuerpo de todas las cosas. Los mismos cambios son el cuerpo del Tsalal. Los cambios son la verdad de todos los cuerpos, los cuales creemos que poseen un rostro y una sustancia sólo porque no podemos ver que

están en constante cambio, que son solo frágiles formas constantemente destruidas en el violento remolino de la verdad.

»Y así ocurrirá durante el resto de tus días; serás atraído a un lugar que revele la señal del Tsalal —un aspecto de lo irreal, un desesperado reclamo de las cosas— y con tu advenimiento los cambios comenzarán. Puede que pasen desapercibidos durante un tiempo, afectando tan sólo a cosas muy pequeñas o a cosas más grandes pero de forma sutil, esa disrupción de formas que conoces muy bien. Pero otras personas sentirán que hay algo incorrecto en aquel lugar, el cual podría ser una casa o calle determinada, o incluso una ciudad entera. Irán de un lado a otro con ojos inquietos y la piel demacrada, sus huesos se harán más frágiles por la inquietud, desgastándose y combándose mientras el mundo a su alrededor queda despojado de cualquier apariencia de lo real, dejándolos famélicos de la sustancia de viejas ilusiones. Comenzarán a correr rumores entre ellos sobre cosas desagradables que creen haber visto o sentido y que, sin embargo, no pueden explicar… una confusión entre los seres inferiores, quizás, o una piedra que parece palpitar con un hálito de vida. Porque éstos son los modestos comienzos del caos que finalmente consumirá a las propias estrellas, que podrían quedar arrastrándose por la enorme negrura que nadie jamás ha visto. Y al estar cerca de ti sabrán que tú eres el origen de estos cambios, que *a través de tu ser* estos cambios manan hacia el mundo. Cuanto más tiempo permanezcas en un lugar, peor será la situación. Si abandonas dicho lugar a tiempo, entonces los cambios no podrán tener un poder duradero… no se habrá alcanzado el punto final y será como las pequeñas actuaciones de lo grotesco que has presenciado en tu propio cuarto.

—¿Y si permanezco en dicho lugar? —preguntó Andrew.

—Entonces los cambios continuarán hasta el punto final. Siempre que seas capaz de contemplar la degradación y confusión de las apariencias de las cosas, siempre que seas capaz de contemplar cómo las personas de aquel lugar se marchitan en cuerpo y mente, los cambios avanzarán hasta el punto final… la desintegración de todo orden aparente, el nacimiento del Tsalal. Antes de que esto ocurra debes someterte al ritual del punto final.

Pero Andrew Maness se limitó a reírse del plan de su padre, y el sonido de su risa a punto estuvo de hacer pedazos al reverendo. Con voz intencionadamente seria, Andrew preguntó:

—¿Realmente piensas que podrás conseguir que los otros participen?

—Las gentes de esta ciudad llevarán a cabo la obra del ritual —replicó su padre —. Cuando hayan presenciado ciertas cosas, harán lo que debe ser hecho. Su ansia por preservar las ilusiones de su mundo sobrepasará el horror de lo que debe hacerse para salvarlo. Pero será decisión tuya someterte o no al ritual que determinará el curso de tantas cosas de este mundo.

11. Reunión en Moxton

Todo los habitantes de la ciudad se congregaron en la iglesia que el reverendo Maness había construido muchos años atrás. Nadie había sucedido al reverendo, y no se celebraban servicios desde la época de su ministerio. El edificio nunca había sido dotado de electricidad, pero la iluminación de las numerosas velas y quinqués que la congregación había llevado se añadía a la luz del grisáceo atardecer que penetraba por las dos hileras de ventanas transparentes y rematadas en punta a ambos lados de la iglesia. En el borde de una de esas ventanas una araña recorría a tientas su tela, avanzando torpemente con apéndices que no parecían las ágiles patas de un arácnido sino más bien las de un octópodo de blandos tentáculos. Tras varias sacudidas, la criatura alcanzó la superficie del marco de una ventana y avanzó hasta el propio cristal, donde comenzó a moverse libremente en su nuevo elemento.

Las gentes de Moxton intentaron descansar antes de esta reunión, pero sus rostros demacrados anunciaban claramente que no lo habían conseguido. Toda la población de la ciudad apenas llenaba media docena de bancos de la parte delantera de la iglesia, aunque algunos se habían derrumbado en el suelo y otros se movían arrastrando los pies por el pasillo central. Todos ellos parecían más demacrados que el día anterior, cuando intentaron escapar de la ciudad e inexplicablemente fueron conducidos de nuevo a ella.

—Todo ha ido a peor desde que regresamos —afirmó un hombre, como si pretendiera iniciar así una reunión sin esperanza ni objetivo alguno, más allá de reunir en un solo lugar las pesadillas de los habitantes de Moxton. Se alzó un murmullo de voces que resonó por toda la iglesia. Varias personas hablaron acerca de lo que habían presenciado la noche anterior, recitando la letanía de fenómenos grotescos que les habían impedido dormir.

Hablaron de la pared de un dormitorio que cambiaba de color, pasando de su habitual tono rosado relajante y pálido bajo la luz de la luna a un palpitante y luminiscente verde que se rizaba como la piel de un gran reptil. Hablaron de una pequeña muñeca cuyo cuello comenzó a alargarse y retorcerse en el aire como una serpiente, mientras sus diminutos labios de muñeca susurraban palabras sin sentido pero que, sin embargo, transmitían un significado profundamente repugnante. Hablaron de cosas que nadie vio pero que emitían sonidos de una naturaleza intensamente inquietante en la oscuridad de sótanos o tras las puertas de alacenas y armarios. Y por último, hablaron de algo que la gente veía cuando miraban por las ventanas de sus casas en dirección a la casa donde un hombre llamado Andrew Maness vivía. Pero cuando cualquiera comenzaba a describir lo que había visto en los alrededores de aquella casa, que llamaban la casa McQuister, sus palabras se volvían confusas. Habían visto algo y, sin embargo, no habían visto nada.

—Yo también presencié eso de lo que hablas —susurró el hombre alto con barba y sombrero de ala ancha—. Era una negrura, pero no era la negrura de la noche o las

sombras. Flotaba sobre la vieja casa McQuister, o a su alrededor. Era algo que no había visto en Moxton desde los cambios.

—No, en Moxton no, no *en la ciudad*. Pero sí lo has visto antes.

—Todos lo hemos visto antes —dijo un hombre cuya voz sonaba como si procediera de todos los rincones de la iglesia.

—Sí —respondió el hombre alto, como si confesara algo que había sido negado anteriormente—. Pero no lo vemos como podría ser visto, de la manera que lo vimos cuando estábamos fuera de la ciudad, cuando intentamos marcharnos y no pudimos.

—Entonces no vimos la negrura —dijo una de las mujeres más jóvenes mientras parecía estar intentando arrancar una imagen de su mente—. Era algo… algo que no era negrura en absoluto.

—Había varias cosas —gritó un anciano, que se levantó de repente de uno de los bancos con los ojos fijos y una mirada de revelación. Un segundo más tarde esta visión pareció disolverse y se sentó de nuevo. Pero los ojos de otros siguieron esta visión, inspeccionando los espacios vacíos de la iglesia y observando las trémulas luces de los múltiples faroles y velas.

—Había varias cosas —comenzó a decir alguien, y luego otra persona completó la frase—: Pero todas giraban y se confundían, todas se mezclaban en un torbellino.

—Hasta que lo único que pudimos ver fue una gran negrura —dijo el hombre alto, recobrando de nuevo su voz.

Se hizo un silencio total en la congregación, y las palabras que habían pronunciado parecían estar desapareciendo en el silencio, arrastrando una vez más a las gentes de Moxton al refugio de su anterior amnesia. Pero antes de que sus mentes perdieran toda la claridad de su recuerdo, una mujer, a quien llamaban señora Spikes, se puso en pie y desde el último banco de la iglesia, donde estaba sentada a solas, gritó:

—Todo comenzó con él, el que está en la casa McQuister.

—¿Desde hace cuánto tiempo? —preguntó una voz.

—Demasiado tiempo —respondió la señora Spikes—. Lo recuerdo. Es más viejo que yo, pero no parece mayor. Su pelo es de un color extraño.

—Rojizo como sangre pálida —dijo uno.

—Verde como el moho —dijo otro—. O amarillo y naranja como una llama de vela.

—Vivía en esa casa, esa misma casa, hace mucho tiempo —continuó la señora Spikes—. Antes de los MacQuister. Vivía con su padre. Pero tan sólo recuerdo las historias que me contaron. No vi nada por mí misma. Algo ocurrió una noche. Algo le ocurrió a toda la ciudad. Su nombre era Maness.

—Así se llamaba el hombre que construyó esta iglesia —dijo el hombre alto—. Fue el primer clérigo que vio esta ciudad. Y no hubo más clérigos después de él. ¿Qué ocurrió, señora Spikes?

—Ocurrió hace demasiado tiempo para que nadie lo recuerde. Yo sólo sé lo que

me contaron. El reverendo dijo cosas sobre su hijo, dijo que su chico iba a hacer algo y de qué forma la gente debía evitar que ocurriera.

—¿Qué ocurrió, señora Spikes? Intente recordar.

—Lo estoy intentando. Tan sólo desde ayer he comenzado a recordar. Fue cuando regresamos a la ciudad. Recordé algo que el reverendo dijo, según cuentan las historias sobre aquella noche.

—Yo te escuché —dijo otra mujer—. Dijiste: «Bendita es la semilla que está plantada eternamente en la oscuridad».

La señora Spikes miró fijamente hacia delante y golpeó suavemente la parte superior del banco con la mano derecha, como si estuviera evocando recuerdos de esta forma. Luego dijo:

—Eso es lo que se supone que estuvo diciendo esa noche: «Bendita sea la semilla que está plantada eternamente en la oscuridad». Y dijo que la gente debía hacer algo, pero las historias que yo oí cuando era niña no explicaban qué quería que hiciera la gente. Era algo sobre su hijo. Algo extraño, algo que nadie entendió. Pero nadie hizo lo que él quería que hicieran. Cuando lo llevaron a su casa, su hijo no estaba allí, y nadie vio a ese joven nunca más. Las historias cuentan que los que llevaron al reverendo a su casa vieron cosas allí, pero ninguno quiso explicar lo que vio. Lo que todo el mundo recordaba era que tarde esa misma noche las campanas comenzaron a sonar en el campanario de esta iglesia. Y allí fue donde encontraron al reverendo. Se ahorcó. No fue hasta que los McQuister se trasladaron a la ciudad cuando alguien se atrevió a pasar cerca de la casa del reverendo. Y fue en ese mismo instante, por lo visto, cuando la gente olvidó todo sobre aquel lugar.

—De la misma forma en que ninguno pudimos recordar lo que pasó tan sólo ayer —dijo el hombre alto—. ¿Por qué regresamos a este lugar cuando era el último lugar en el que desearíamos estar? La negrura que vimos, que era una negrura nunca antes vista. La negrura que no era negrura sino todos los colores y formas de las cosas oscureciendo el cielo.

—¡Una visión! —dijo un anciano que durante muchos años había sido el propietario de la Farmacia de McQuister.

—Quizás sea solo eso —replicó el hombre alto.

—No —dijo la señora Spikes—. Era algo que él hizo. Como todo lo que ha estado pasando desde que llegó aquí y se quedó durante tanto tiempo. Todos esos pequeños cambios en las cosas, que poco a poco fueron a peor. Es algo que ha estado avanzando como una tormenta. La gente ha visto que ahora está en la ciudad, flotando sobre la casa de ese hombre. Y los cambios en las cosas empeoraron más que nunca. Muy pronto seremos nosotros los que cambiaremos.

Entonces se alzó un coro de voces de la congregación, todas ellas planteando un conflicto entre «debemos hacer algo» y «¿qué podemos hacer?».

Mientras las gentes de Moxton murmuraban y se inquietaban a la luz de los faroles y las velas, por las ventanas de la iglesia se observaba un oscurecimiento

gradual. Una negrura artificial estaba invadiendo la tarde gris. Y las palabras de estas gentes también comenzaron a cambiar, al igual que todas las cosas que habían cambiado en aquella ciudad. En el interior de esas mismas voces se entremezclaban los gritos de miedo con una invocación susurrante. Pronto las notas más altas de estas voces disminuyeron hasta desaparecer totalmente, mientras los tonos más profundos del encantamiento prevalecían. En ese momento todos entonaban una sola palabra en hipnótica armonía: *Tsalal, Tsalal, Tsalal.* Y de pie en el púlpito se encontraba el que lideraba la plegaria, el hombre cuyo cabello de extraño color brillaba bajo la luz de las velas y los quinqués. Por fin había venido de la casa donde había permanecido demasiado tiempo. La campana de la iglesia comenzó a repicar, sonando con ecos entrecortados. La cacofonía resonante de las voces aumentó en el interior de la iglesia. Y es que éstas eran las voces que habían vivido demasiado tiempo en el lugar incorrecto. Éstas eran las gentes de una ciudad esqueleto.

La figura en el púlpito alzó las manos ante su congregación y ésta se fue callando. Cuando él centró su mirada en una anciana sentada a solas en la última fila, ésta se levantó de su asiento y se dirigió a las puertas dobles en la parte trasera de la iglesia. El hombre en el púlpito abrió aún más los brazos y la anciana echó hacia atrás ambas puertas.

A través de la entrada abierta se veía la calle principal de Moxton, pero no estaba como antes. Una negrura que todo lo abarcaba había descendido y sólo eran visibles las luces de la ciudad. Pero estas luces eran tan interminables como la propia negrura. Las hileras de farolas amarillentas se extendían hasta el infinito por una avenida del abismo. Se divisaban fragmentos de señales de neón, las vibrantes letras moradas de la sala de cine encendiéndose de forma intermitente, como si se reflejasen en una multitud de espejos negros. En medio de las otras luces flotaba una sucesión interminable de señales de tráfico que llenaban la negrura como estrellas multicolores. Todos estos vestigios brillantes de la ciudad, sus piezas rotas en plena transformación, se iban apagando y distorsionando cada vez más, sangrando su resplandor sobre la negrura que las consumía, aunque esta negrura multiplicara monstruosamente las imágenes rotas del mundo, recogiéndolas en el interior de su calidoscopio de colores tan densos y variados que se perdían en una unidad negra.

El hombre que había construido la iglesia donde las gentes de Moxton estaban congregadas había hablado del punto final. Éste era ahora inminente. Y a medida que se acercaba el momento, la congregación reunida en el interior de la iglesia fue moviéndose hacia la figura que estaba en el púlpito, que descendió para encontrarse con ellos. Ya habían superado con creces todos sus viejos temores, estas gentes esqueleto. Habían alcanzado el hueso descarnado del ser, la última capa de existencia sin nombre ni descripción, sin naturaleza o esencia: la nada de la negrura que nunca antes nadie había visto… o vería. Porque nadie nunca sobrevivió excepto como una sombra de la negrura del Tsalal.

Y sus ojos contemplaron al que era encarnación de la negrura, y que había venido

hasta ellos para sellar su vínculo con aquel otro. Le miraban buscando alguna palabra o gesto para culminar ese día que se había tornado en noche. Le miraban buscando lo que les vincularía a la negrura y se uniría a ellos en el Apocalipsis de lo irreal.

Finalmente, como si estuviera guiado por algún capricho del momento, les dijo cómo hacer lo que debía ser hecho.

12. Lo que se recuerda

La historia que circuló durante generaciones posteriores entre las gentes de Moxton contaba cómo todo el mundo se congregó en la iglesia una tarde durante una gran tormenta que duró hasta entrada la noche. Inutilizada durante décadas antes de tal evento, la iglesia estaba sólidamente construida y resultaba un refugio apropiado. Había quien recordaba que durante semanas antes de este cataclismo se había producido una variedad de efectos poco comunes por lo que describían como una estación de extraño clima en las inmediaciones de la ciudad.

Los detalles de este periodo permanecen poco claros, como ocurre con el recuerdo de un hombre que ocupó una breve temporada la casa McQuister durante el tiempo de la tormenta. Nadie habló nunca con él a excepción de la señora Spikes, que apenas recordaba la conversación que mantuvieron y que murió de cáncer no mucho después de la mayor tormenta del año. La casa en la que vivió el hombre había pertenecido anteriormente a los familiares de Ray Starns, pero los Starn ya no residían en Moxton. En todo caso, el antiguo hogar de los McQuister no era la única vivienda deshabita da en la ciudad esqueleto, y no existía ninguna razón para que la gente se inquietara por ella. Ni nadie de Moxton reflexionó seriamente sobre lo ocurrido en la iglesia después de que la tormenta pasara. Las puertas se encontraban de nuevo cerradas a intrusos, pero nadie comprobó jamás esos viejos cerrojos colocados por primera vez después de que el reverendo Maness se ahorcara en el campanario de la iglesia.

Si las gentes de la ciudad de Moxton se hubieran aventurado más allá de las puertas de la iglesia, habrían encontrado lo que dejaron atrás después de que la tormenta amainase. Retorcido a los pies del púlpito yacía el esqueleto de un hombre cuyo nombre nadie hubiera sido capaz de recordar. Los huesos estaban limpios. No se hubiera podido encontrar ni un ápice de su carne ni en la iglesia ni en ningún otro lugar de la ciudad. Porque la carne era la de aquel que había permanecido en un cierto lugar demasiado tiempo. Era la semilla, y ahora había sido plantada en un lugar

oscuro donde no crecería. Habían enterrado su carne en lo profundo de la tierra baldía de sus propias carnes enjutas. Sólo unos cuantos cabellos de extraño color permanecían repartidos por el suelo, mezclándose con el polvo de la iglesia.

Demente velada de expiación

Un cuento del futuro

UNA vez más desde el principio; una vez más hasta el final. Ustedes conocen quién fue el doctor Francis Haxhausen y cómo su desaparición conmocionó al mundo científico. Se produjo consternación y confusión cuando uno de los más importantes científicos del mundo se retiró de su vida activa de investigador. Y surgieron dudas e incluso inquietud cuando resultó imposible contactar con él para consultarle sobre esta o aquella cuestión de urgente relevancia para sus antiguos colegas, por no decir para la amplia totalidad de la raza humana. Ah, la raza humana. Andaban nerviosos de un lado a otro de sus relucientes laboratorios, los genios de largas batas blancas se inquietaban por la desaparición del hombre de ciencia: llevaban el estigma de la preocupación sobre sus rostros y sus voces bajaban, como las voces que se escuchan entre las sombras de una iglesia solitaria. Los rumores se multiplicaron, las especulaciones más dispares estaban a la orden del día. Pero, a pesar de la preocupación que sentían ciertas personas por la ausencia del doctor Haxhausen, no se sintieron menos preocupadas tras su repentino regreso de un extraño retiro.

Ahora era un hombre bastante distinto; estrechaba las manos de viejos amigos y sonreía con una calidez que no tenía nada que ver con su persona. «He estado viajando por aquí y por allá», explicaba el científico, aunque evitaba siempre ofrecer mayores aclaraciones sobre esta afirmación. Durante un tiempo todo el mundo puso la mirada en el doctor Haxhausen, ansiosos por ser testigos de algún tipo de revelación, o al menos alguna pista que sugiriera lo que le había pasado. Cuán desesperante puede llegar a ser la espera vigilante. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que se llegara a la inevitable conclusión: el desafortunado hombre había perdido la razón, se había vuelto loco debido a los años de excesivo trabajo al servicio de su vocación. Pero quizás todavía existiera algún resquicio de esperanza para la recuperación del científico. Después de todo, logró evitar las restricciones que algunos, incluyendo los miembros de su propia familia, intentaban imponer en sus movimientos. Y, ciertamente, éste era un logro que apuntaba a la supervivencia de una parte de su antigua genialidad. En efecto, el doctor Haxhausen luchaba por preservar su libertad con mucha sensatez, ya que iba a precisar mucho de aquella —libertad, no sensatez— para llevar a cabo sus planes de futuro.

Durante casi un año trabajó en secreto, solo, en una vieja fábrica vacía situada a campo abierto a muchos kilómetros de la ciudad más cercana. Y a este edificio transportó una variopinta selección de equipamiento: objetos, aparatos y maquinaria que pertenecían a tiempos y lugares bastante distintos, a mundos diferentes de la creación humana. Por supuesto, había máquinas e instrumentos científicos más modernos, algunos de los cuales habían sido creados después de la desaparición del

doctor Haxhausen. Pero también había objetos de periodos históricos bastante más tempranos y algunos importados de culturas no muy alejadas en la senda del progreso tecnológico. Así pues, el doctor Haxhausen desembaló varias vasijas decoradas con extraños glifos e imágenes primitivas. Y colocó estas toscas vasijas entre elegantes recipientes de un cristal casi invisible. A continuación ensambló algo que se parecía a una cañería bajante o a un viejo conducto de estufa. Y lo instaló provisionalmente sobre la superficie metálica inmaculada de un ordenador del color y la textura de una cáscara de huevo.

Desveló parafernalia más exótica o anticuada que dormitaba en gavetas y cajas: calderas, retortas, máscaras de bocas abiertas, alambiques, fuelles de distintos tamaños, campanas costrosas que sonaban a voces muertas y tenazas oxidadas que chirriaban al ser manipuladas; un reloj de arena grande, un pequeño telescopio, espadas brillantes y cuchillos romos, una horca larga de madera con dos dientes en forma de cuernos y un largo bastón con una empuñadura maravillosamente tallada; botellas en miniatura de cristal muy grueso con tapones en forma de cabezas humanas o animales, velas en candelabros de marfil con curiosos grabados, brillantes cuentas de colores, bellos espejos convexos de prístina plata, cálices de oro tallados con intricados diseños y poderosas frases; enormes libros con páginas quebradizas, una calavera y algunos huesos; figurillas con forma de muñecas hechas de plantas secas, figuras con aspecto de marionetas hechas de cera y madera, y varios maniquíes hechos de oscuros materiales. Finalmente, había un cajón poco profundo del cual el doctor Haxhausen sacó un objeto vagamente circular que se parecía a una piedra plana, pero una piedra translúcida y veteada como un ópalo con un espectro de suaves tonalidades. Y el científico introdujo todas estas cosas en su laboratorio poco iluminado y lleno de corrientes de aire: cada uno de estos objetos, en su mente, jugaría un papel en su diseño final. Claramente, sus ideas sobre la práctica científica habían dado un salto increíble, aunque aún quedaba por ver si la dirección era hacia delante o hacia atrás.

Durante meses trabajó con una laboriosidad maquinal y sin preocupación o vacilación alguna, como si estuviera siguiendo un plan predeterminado de éxito asegurado. Lentamente, su invención comenzó a tomar forma a partir de todo aquel caos de materiales que había ensamblado en su experimento, un mestizaje que provocaría el nacimiento de un artefacto revolucionario, un ensamblaje híbrido de extravagante novedad. Y el resultado de sus labores finalmente se alzó ante él sobre el frío y polvoriento suelo de aquella fábrica, y le agradó la visión de ello.

Para el ojo ordinario, por descontado, la invención del doctor Haxhausen no podría parecer más que un montón estrafalario de desechos, un híbrido de un capricho inescrutable. Denso y antiestético, se ramificaba salvajemente en todas direcciones, un follaje exuberante de metal destartalado. Y apenas, o en absoluto, parecía integrado en un todo. A través de oscuros agujeros en la maraña caótica del artilugio, los rostros de muñecos y marionetas miraban hacia el exterior como niños

traviesos escondidos. Incorporados en el cuerpo del invento, sus diminutas formas se mezclaban con su sistema de circuitos; sólo estas figuras, por su mera presencia, podrían haber alimentado las dudas sobre la validez de la creación científica. Y, como ya quizás haya quedado patente, las excentricidades de la máquina no terminaban en unas cuantas caras bobaliconas.

Sin embargo, había un cierto rasgo de la invención que sí parecía sugerir cierto propósito definido. Y éste era el largo tubo negro que se proyectaba desde el centro de los escombros, alzándose como una cobra preparada para atacar. Pero en lugar del par de ojos fascinantes de una cobra, esta serpiente artificial estaba equipada de una sola cuenca ciclópea, dentro de la cual se veía un terso disco de colores hermosamente combinados. Cuando el doctor Haxhausen movió el dial en el mando de control remoto que sostenía en la palma de la mano, la oscura bestia metálica echó hacia atrás la cabeza y con un siniestro sonido chirriante dirigió la mirada hacia arriba en dirección a la mugrienta claraboya. Durante años esta ventana abierta a los cielos había permanecido sellada. Pero esa noche, gracias a los esfuerzos del infatigable científico, estaba abierta. Y la luz espectral de una luna llena brillaba sobre la vieja fábrica, derramando sus rayos sobre el ojo opalescente de la máquina del doctor Haxhausen. Más tarde, cuando parecía que la bestia se hubo saciado de su alimento lunar, el doctor Haxhausen accionó con seguridad un interruptor del mando de control remoto. Y la luz de la luna, que había sido digerida y transmutada en los intestinos de la bestia, era ahora devuelta a su fuente, saliendo a borbotones en forma de chorro de estridentes colores dirigido hacia la oscuridad, un discordante espectro que un testigo más tarde describió a las autoridades como un «terrible arco iris que se agitaba a través de la noche». Según el propio testimonio del doctor, éste era denominado su Rayo Sagrado.

Tras haber finalizado con éxito el primer estadio de su proyecto, el doctor Haxhausen salió de su aislado laboratorio. Su máquina, junto a otras cosas, fue cargada en un camión entre varios hombres. Así podía ser transportada fácilmente de un lugar a otro y ser exhibida a cualquiera que quisiera acercarse a verla. Y esto es exactamente lo que el científico tenía en mente. Al abandonar la oscuridad y romper su silencio, permitió que el mundo volviera a saber de él de nuevo. Como es natural, muchos medios se hicieron eco, pero ninguno hacía justicia al valor de las revelaciones del científico, aunque alguno rendía homenaje con tristeza a la anterior gloria de su delicada mente. Pero la reacción pública no le preocupaba lo más mínimo. Cumpliría la tarea de todas formas: el mundo sería informado y la buena nueva anunciada. Así pues, continuó viajando de un lado a otro: en salas de alquiler y auditorios de numerosas ciudades demostraría los poderes de su máquina y difundiría el mensaje a todos aquellos que quisieran escucharlo.

—Buenas noches, damas y caballeros —así comenzaba una representación típica en una vieja sala de cine típica de una ciudad típica.

A solas en el escenario, el doctor Haxhausen vestía un viejo traje oscuro y, quizás

queriendo simular un atuendo formal, incluía una pajarita nueva. Llevaba el cabello engominado y peinado, pero se lo había dejado demasiado largo para tener una apariencia pulcra. Y sus gafas de montura negra ahora parecían demasiado grandes sobre el rostro de un hombre que había perdido mucho peso durante el último año. Sus gruesos cristales brillaban con el reflejo de las luces del proscenio, que proyectaban la gigantesca y torcida sombra del doctor Haxhausen sobre un raído telón a sus espaldas.

—Algunos de ustedes quizás sepan quién soy y podrían tener cierta idea acerca de por qué estoy aquí esta noche. Otros quizás sientan curiosidad por descubrir el significado de esos folletos que han aparecido últimamente en su ciudad o, posiblemente, estén intrigados por el cartel del teatro que anuncia al «Doctor Haxhausen famoso en el mundo entero». Como muchos sucesos importantes en la historia humana, mi representación ha sido acertadamente descrita en cuanto a sus aspectos más superficiales; sin embargo, su sustancia continúa siendo malinterpretada. Permítanme en este punto que les desmienta ciertas falsas presunciones que podrían haber afectado su capacidad de juicio.

»En primer lugar, no afirmo ser ni el Propio Todopoderoso ni Su encarnación en la tierra; ni, de hecho, soy lo uno ni lo otro. En segundo lugar, no obstante, sí afirmo que en el transcurso de mis recientes viajes, periodo que el mundo ha denominado mi «desaparición», se me concedieron ciertas revelaciones procedentes directamente del Creador y, en términos nada ambiguos, recibí un itinerario de acción de esta misma fuente. En tercer y último lugar, en efecto soy el científico conocido como Francis Henry Haxhausen y, como puede ser probado de forma concluyente, no soy un impostor. Añadiré a mis anteriores afirmaciones que mi representación no es la absurda extravagancia de farsa científica que algunos afirman que es, sino una sencilla agenda que consiste en una breve conferencia seguida de la demostración práctica mediante un artefacto que he construido recientemente. En ningún momento intentaré, ni como ilusión ni como realidad, infligir ningún daño permanente en el cuerpo o el alma de ningún miembro del público. Esto iría en contra de la ley del Creador y la verdad de Su naturaleza. Y esto es todo lo que les diré a modo de preámbulo de lo que espero que consideren ustedes un entretenido y revelador espectáculo.

»Me gustaría iniciar mi conferencia con la siguiente anécdota. Hay una leyenda, y me apresuro a subrayar la palabra leyenda, que escuché mientras viajaba de un lado a otro. Parece ser que existió un hechicero, o un alquimista, o algo de ese estilo, que soñaba con transformar el mundo mediante la creación de un hombre artificial. Este hombre, soñaba el hechicero, no estaría sujeto a las imperfecciones y limitaciones del anterior tipo humano, sino que viviría muchas vidas, acumulando así el conocimiento y la sabiduría que un día utilizaría para servir a la raza humana y mejorarla. El hechicero, como todos los soñadores de esta clase, estaba centrado en su visión y no particularmente preocupado por sus ramificaciones en un ámbito más amplio. Así

pues, se propuso emplear todas sus artes taumatúrgicas en la creación de su «nuevo hombre». En primer lugar, creó una forma física a partir de materiales sencillos de madera y cera y obtuvo algo más bien grotesco bastante parecido a un gigantesco muñeco de ventrílocuo. A continuación, el hechicero desarrolló una química secreta y una lingüística hermética para elevar esta efigie sin vida a una semblanza de vida humana bastante admirable… fatídicamente admirable, diría. Sin perder ni un minuto vanagloriándose de su propio logro y sin pronunciar ni una sola palabra de autoalabanza, el hechicero sometió a su criatura a un curso de aprendizaje que le permitiese funcionar y evolucionar hacia su destino tras la muerte del hechicero. Sin embargo, no había transcurrido mucho tiempo desde el comienzo de este régimen cuando el Omnipotente se dio cuenta de lo que el hechicero intentaba hacer. Y ocurrió entonces que la criatura, fuerte y perfectamente coordinada pero todavía con la mente de un niño, se despertó en mitad de la noche por una voz que lo maldecía por ser una blasfemia y una abominación. La voz pidió a la criatura que fuese al ático donde se encontraba su repugnante creador recluido entre libros malignos y artefactos impuros. Confundida y aterrada, la criatura ascendió varias escaleras y entró en el ático. Y allí encontró al hechicero, inmóvil y colgado en la pared como un objeto expuesto en el taller de un fabricante de marionetas, con su oscura toga rozando el suelo polvoriento y la cabeza caída. Siguiendo un impulso maquinal que iba más allá del terror o la desesperación, la criatura levantó la cabeza de su amo y vio que ahora éste ya no era nada más que madera y cera. Era una visión enloquecedora y no transcurrió mucho tiempo cuando la criatura encontró una soga con la que se colgó de las vigas del techo del ático. Y así concluyó el juicio final en la casa del hechicero.

Hubo una pausa en el torrente de palabras del científico. Con parsimonia, se sacó un pañuelo del bolsillo interior del abrigo y se enjugó el rostro sudoroso por el calor de las candilejas. A continuación, inspeccionó rápidamente los rostros del público, en los que se dibujaban expresiones de estupefacción, antes de continuar con su conferencia.

—¿Quién conoce las intenciones del Creador? Lo que es idóneo para los planes humanos podría no serlo para los Suyos. Teniendo en cuenta estas premisas bastante incuestionables, ¿qué conclusiones se pueden sacar del ejemplo del hechicero? A modo de exégesis, yo diría que el hechicero, al concebir una criatura de ilimitadas esperanzas para el bien y ninguna para el mal, había violado una ley misteriosa, había transgredido una verdad secreta. ¿Y cómo se había apartado de esta ley y esta verdad? Simplemente, de la siguiente manera: se olvidó de proporcionar corrupción a su creación, no simplemente como posibilidad sino como destino final. Y fue precisamente debido a este olvido por lo que el hechicero se desvió del propio plan del Creador. Es la visión de este Gran Plan lo que he tenido el privilegio de contemplar, y por eso estoy aquí esta noche. Sin embargo, como nota a pie de página debería decir que incluso antes de que se me concedieran ciertos conocimientos divinos, ya me había estado dirigiendo hacia ellos, acercándome a su verdad de la

forma inconsciente o accidental de los grandes descubrimientos científicos. Y así me encontré en cierta manera preparado para recibir y aceptar la visión que se me ofrecía.

»Permítanme explicarles que he dedicado casi toda mi carrera de científico a la búsqueda metódicamente frenética de la perfección, animado por el sueño de la utopía y por la idea de que, sin duda, estaba contribuyendo a un paraíso terrenal *en ciernes*. Pero lentamente, muy lentamente, comencé a percibir ciertas cosas. Noté que existían mecanismos imbricados en el sistema de la realidad que anulaban todos los avances de este mundo, que los redirigían hacia un laboratorio oculto donde estas supuestas bendiciones quedaban totalmente canceladas o, peor aún, convertidas en fórmulas para nuestra destrucción. Percibí que había fuerzas superiores que actuaban contra nosotros y, al mismo tiempo, a través de nosotros. Por un lado, nuestra visión siempre ha sido la creación de un mundo de infinita vitalidad, a pesar de reconocer a regañadientes la «necesidad» de la muerte. Por otro lado, lo único que hemos construido es una intrincada fachada para ocultar nuestros traumas de inmortalidad, una falsa máscara que esconde los sufrimientos de la raza humana. Ah, la raza humana. Y comencé a comprender que la perfección nunca fue lo realmente importante, que tanto el paraíso perdido del pasado como el que buscamos en el futuro eran tan sólo prácticas excusas para nuestro verdadero destino… la desintegración.

»Como científico, he tenido ocasión de observar de cerca cómo funciona el mundo durante un periodo de tiempo relativamente extenso, por no mencionar el espacio. Y tras una cuidadosa observación y una verificación meticulosa, me he visto forzado a llegar a la siguiente conclusión: el mundo prospera mediante sus fallos y lucha con todas sus fuerzas por agravarlos, al tiempo que los enmascara como una deformación congénita. Las señales están por todas partes, aunque no siempre supe detectarlas.

»Pero si la vitalidad y la perfección no son los objetivos de este mundo, ¿qué lo es, en nombre de todos los cielos? Ésa, mis queridas damas y caballeros, es la cuestión clave de la segunda parte de mi exposición, que consistirá en más comentarios por mi parte, una demostración con mi máquina, y un entretenido espectáculo de lo que podría describirse como un *tableau mort*. Mientras preparo todo tras bambalinas, habrá un breve receso. Gracias.

El doctor Haxhausen salió del escenario con indolente dignidad y, en cuanto desapareció totalmente de vista, el público comenzó a parlotear a un mismo tiempo, como si hubiera despertado simultáneamente de un trance hipnótico. La mayoría de ellos abandonaban airados el teatro; algunos, sin embargo, se quedaban para el número final. Y ambas reacciones, así como las proporciones relativas de una y otra entre el público, eran las habituales en cada conferencia del doctor Haxhausen. Aquellos que abandonaban el espectáculo antes de tiempo salían convencidos de que tan sólo habían sido testigos del drama interno de un demente. Los otros, intelectuales

o *voyeurs* neuróticos, se convencían de que el que fuera un genio en otros tiempos merecía ser escuchado hasta el final antes de condenarlo definitivamente, al tiempo que secretamente temían que algo de lo que pudiera mostrarles resonara, aunque fuera débilmente, a verdad.

—Damas y caballeros —exclamó el doctor Haxhausen, que apareció en el escenario como por arte de magia—. Damas y caballeros —repitió en voz más baja, y luego volvió a callarse durante un lapso de tiempo bastante largo. Y nadie entre el público susurró; nadie dijo una sola palabra.

»Hay lugares sagrados en este mundo, y he estado en alguno de ellos. Lugares donde se puede sentir la presencia de algo sagrado, algo como una meteorología invisible. Estos lugares siempre están en silencio y, con frecuencia, en ruinas. Los que aún no se encuentran en algún estadio de decrepitud, sin embargo, muestran señales y síntomas, la *promesa* de una decadencia venidera. Percibimos una sensación de divinidad en los lugares ruinosos, los lugares abandonados… en templos destrozados sobre cimas de montañas, en catacumbas destruidas, en islas donde se yergue algún ídolo de piedra casi sin rostro. Jamás experimentamos esas sensaciones en nuestras ciudades o incluso en la naturaleza, donde la flora y la fauna se hacen evidentes. Ésta es la razón de que se produzcan tantas expiaciones durante el invierno, cuando una muerte sobrenatural desciende sobre las tierras elegidas de nuestro globo. En efecto, el invierno no es tanto el tiempo como el lugar más sagrado, el locus visible de lo divino. Y tras el invierno, la primavera; así gira el carrusel de nuestro planeta, y todos los demás. Pero ¿seguro que girará para siempre? No lo creo. Y es que el último invierno se acerca, damas y caballeros: el ciclo de las estaciones, según me contó el propio Creador, está a punto de detenerse.

»La primera vez que me habló fue una noche que había pasado vagando por los deteriorados suburbios de una ciudad. Podría haber sido una ciudad como ésta, o cualquier otra ciudad. Lo importante es la silenciosa decrepitud que encontré entre unos cuantos edificios condenados y solares vacíos llenos de maleza. Había olvidado todo menos mi propio nombre, quién era y a qué mundo pertenecía. Y no se equivocan aquellos que afirman que mi cordura murió ante el rostro radiante de unos sueños futuros inalcanzables. Sueños falsos, ¡pesadillas! Y entonces, en ese mismo lugar al que había acudido para ahorcarme, escuché una voz entre las sombras y los rayos de la luna. No era una voz tranquila ni apaciguadora, sino más bien un suspiro articulado, un gemido fabulosamente elocuente. También observé un bulto con forma humana tirado en un rincón de aquella triste habitación que elegí como mi último refugio. Las piernas de la figura estaban torcidas sobre el suelo, como las de un lisiado, y los rayos de luna las atravesaban dejando el resto del cuerpo en total oscuridad… a excepción de los ojos, que brillaban como cristal tintado a la luz de la luna. Y aunque la voz parecía emanar de múltiples lugares a mi alrededor, sabía que era la voz de aquella pobre criatura que tenía ante mí, y que era la forma terrenal del Creador: un humilde maniquí de gran almacén.

»Yo era el elegido, dijo. Yo debía llevar el mensaje que, como cualquier anunciación de las alturas, sería menospreciado o ignorado por la humanidad. Porque, en ese momento, pude leer claramente las señales que habían estado presentes por todas partes en el mundo desde el principio. Ya había percibido muchas de las huellas y presagios, las profecías, y sabía que eran inspiradas pistas que el Creador había dejado, revelando prematuramente la naturaleza de Su mundo y Su verdadero destino. Y sentí el aura sagrada que irradiaba de la contraída figura del rincón, y entendí las escrituras del Gran Diseño.

»Estaba escrita con los jeroglíficos de las cosas humildes, humildes hasta el punto de la burla. Todas las cosas desamparadas y patéticas, todas las cosas desoladas y polvorientas, todas las cosas ilegítimas, las cosas arruinadas, las cosas fracasadas, todas las apariencias imperfectas y restos deteriorados de lo que arrogantemente nos dignamos en llamar la Realidad, en llamar… Vida. En resumen, el reino de lo irreal en su totalidad —donde Él habita— es lo que Él ama sobre todas las cosas de este mundo. ¿Y no hemos estado todos en alguna ocasión frente a frente con este reino bendito? ¿No recuerdan ustedes haber viajado por una carretera desierta y encontrar algo como un antiguo parque de atracciones: una colección desolada de cabinas rotas y tiendas de lona hundidas que pudieron ver fugazmente a través de la alta arcada de entrada, con colores de arco iris desvaído? ¿No les pareció como si hubiera acontecido una gran catástrofe dejando tan sólo materia sin vida enmoheciendo en silencioso anonimato? ¿Y sintieron alguna vez tristeza al ver un lugar de alegría en tiempos pasados ahora yaciendo en su tumba? ¿No intentaron revivir en sus mentes los vivos colores y los rostros sonrientes? Todos hemos hecho estas cosas, todos hemos intentado resucitar a los difuntos. Y es precisamente al hacerlo cuando nos hemos apartado de la ley y la verdad del Creador. Si estuviéramos en armonía con Él, al contemplar una escena de prosperidad tan sólo percibiríamos en ella ruinas y fantasmas de marionetas. Estas cosas, damas y caballeros, son las que alegran Su corazón. También esto me lo ha confiado a mí.

»Pero el gusto del Creador por lo irreal precisa que en primer lugar exista algo real que luego se marchite hasta convertirse en ruinas, hasta fracasar gloriosamente. Y de ahí que exista… el Mundo. Extiendan esta premisa hasta su conclusión lógica y ¿qué obtienen? ¡Telón!: el Gran Diseño del Creador —mientras el telón se alzaba lentamente, el científico dio unos pasos atrás y dijo con voz entrecortada—: Pero, por favor, no vayan a pensar que cuando todo se desmorone no habrá ya *múuuuusica*.

El auditorio se quedó a oscuras y, en medio de esta negrura, comenzó a sonar una melodía vana y desafinada que divagaba con el silbante acompañamiento de un acordeón, un dúo patético que procedía de un mundo de humildes *cabarets* o carnavales de segunda categoría. Entonces, a ambos lados del escenario, un alto fanal se iluminó revelando que los dos atroces músicos eran en realidad autómatas de tamaño real; uno de ellos presionaba y estiraba los fuelles de un acordeón con un movimiento rígido de brazos, mientras el otro rasgaba atrás y adelante las cuerdas de

un violín. El acordeonista tenía la cabeza echada hacia atrás con un aullido de júbilo tallado en madera; el violinista miraba hacia abajo concentrado y con la mirada vacía sobre su instrumento. Y ambos parecían estar perdidos en una especie de éxtasis maquinal.

El resto del escenario, tanto por encima como por debajo, también estaba repleto de imitaciones de la imagen humana: muñecos y marionetas colgaban a distintas alturas, aliviados de sus pesos por frágiles hilos brillantes; maniquíes posaban en una actitud a un mismo tiempo grotesca e idílica; otros títeres y una extraña variedad de muñecas permanecían sentados en sillas en miniatura aquí y allá, o simplemente sobre la tarima, algunos de ellos apoyados de espaldas unos contra otros. Pero entre estas personas falsas, como se hacía evidente a medida que se observaba con mayor detenimiento el escenario, había escondidas personas reales que, bastante convincentemente, imitaban a las imitaciones (eran personas a las que el doctor Haxhausen reclutaba a su llegada a las ciudades a cambio de una buena compensación). Y como único decorado detrás de las figuras artificiales y genuinas de vida había un mural luminiscente gigantesco en blanco y negro. Con una exactitud fotográfica, el mural mostraba un cuarto desolado que bien pudiera ser un ático o un viejo estudio, y que contenía algunos objetos de escombros anodinos esparcidos por el suelo. Una sola ventana sin marco colocada en la pared derruida del fondo del cuarto se abría a un paisaje que parecía aún más desolado que el propio cuarto: la tierra y el cielo se habían fundido en un horizonte gris e irregular.

—Ya ven cómo son las cosas, damas y caballeros. Mientras soñábamos durante tanto tiempo con crear una vida perfecta en el laboratorio, el Creador tan sólo considera sagrado al crudo facsímil, lo que mejor refleja o expresa Su propia voluntad. Él siempre ha ido por delante de nosotros, imaginando el trabajo acabado al final de la historia. Y ya no dispone de más tiempo que perder en el estadio vital de la evolución universal. Porque no puede existir verdad o vida en nosotros tal como somos, porque la verdad y la vida sólo puede existir en la mente, en la voluntad del Creador… y nosotros nos hemos empeñado tozudamente en no hacer nada más que oponernos a esa mente, a esa voluntad. Nosotros somos simplemente la materia prima para Sus amados muñecos, los cuales reflejan a la perfección la verdad del Creador y son los moradores ideales de Su paraíso de ruinas. Y para cuando Sus elegidos se instalan triunfantes en ese buen lugar, el Creador dispone de historias maravillosas que contar para pasar las horas de eternidad.

»Y puede que nosotros estemos entre aquellos que entran en el paraíso, ésta es la buena nueva que os traigo esta noche. Podríamos reclamar nuestro espacio entre los muñecos, como va a mostrarles el *tableau* que tienen ante ustedes. Y es que, en estos momentos, se insinúan ciertos rostros dentro de esta selecta compañía que no… *forman parte de ella*, que destacan de manera desagradable. La cuestión es cómo hacer que formen parte del rebaño. Y la respuesta, si son tan amables de girarse un instante y dirigir sus miradas hacia la platea, la respuesta —¡luces!— es la máquina

de muñecos.

Al volver la mirada como le habían indicado, el público contempló un objeto que, bajo la intensa luz del foco, no parecía estar apoyado en nada, como si estuviera sujeto en la propia oscuridad. Algunos de los miembros del público más observadores vieron los rostros de cera brillantes que les devolvían la mirada desde el interior del extravagante artilugio. Tras ponerse en marcha mediante el mando de control remoto en el interior del bolsillo del doctor Haxhausen, la máquina alzó ruidosamente su cuello de conducto de estufa y apuntó su único ojo iridiscente hacia las figuras que había sobre el escenario.

—Damas y caballeros, antes les mencioné que el invierno es el estado sagrado de las cosas, la estación del alma. Pero esto no quiere decir que el invierno definitivo al que nos aproximamos vaya a carecer de todos los colores del arco iris. Y es que es la gélida aurora del Rayo Sagrado, el mismísimo ojo del Creador, lo que traerá consigo la asombrosa transformación de todas las cosas. Como pueden ver, el plan es el Suyo propio. Y, por medio de técnicas de ensamblaje moderno, se podría producir la cantidad suficiente para servir al mundo, bañándonos a todos nosotros con el estridente resplandor de nuestro destino. ¿Y los efectos?, se preguntarán. Si son tan amables, tan sólo tienen que observar a sus congéneres sobre este escenario.

»Ahí tienen. Vean cómo los rayos de color se derraman sobre esta inhóspita escena, superponiendo superficies con una extraña tonalidad caleidoscópica. Son las viejas superficies las que deben ser extirpadas y desechadas. Es hora de saltar de esa cúspide ilusoria que nuestro mundo ha alcanzado, una caída en picado gloriosa tras tantos siglos en los que *erramos por el lado de la excelencia*. Cuando lo único que tenía el Creador en mente era una atracción de feria de tercera categoría compuesta de beatíficos muñecos. Pero nuestros esfuerzos por progresar no fueron en balde; tan sólo erraron en cuanto a su objetivo final. Y es que será la propia ciencia moderna la que nos permita realizar el sueño del Creador, y destruir el resto de ellos. Vean ustedes mismos. Miren lo que le ocurre a la carne de estos futuros muñecos, y a sus ojos: cera y madera y cristal reluciente reemplazan las tristes y torpes estructuras biológicas.

Entre el público se propagó un zumbido en una red de oscuros susurros y murmullos. Las caras se inclinaron hacia el espectáculo de locos muñecos pintados con luz, el *tableau mort* del doctor Haxhausen. Algunas personas traicionaron sus cautos temperamentos hundiéndose aún más en sus asientos y aumentando así la distancia entre ellos mismos y el torrente de colores que fluía sobre sus cabezas de camino al escenario. El doctor Haxhausen siguió predicando por encima de la informe y monótona música.

—Por favor, no teman que se haya producido transformación permanente alguna en las personas que forman parte de esta exhibición. Ya les dije antes que nunca haría tal cosa. Si careciera de un corazón entregado, la transformación que acaban de presenciar sería el mayor pecado del universo, un pecado imperdonable. Vean. El

Rayo Sagrado ha sido extinguido. Sus amigos han vuelto a ser los de antes. Y les agradezco que hayan venido a verme. Buenas noches.

Cuando cayó el telón y las luces se encendieron, una anciana entre el público se levantó y se dirigió al doctor Haxhausen:

—El Señor dijo: «Y si el profeta se equivoca al hablar de algo, he sido Yo el Señor el que ha equivocado al profeta, y extenderé mis manos sobre él, y lo destruiré extirpándolo de mi pueblo de Israel».

Otros espectadores se rieron y sacudieron la cabeza apesadumbrados. Pero el doctor Haxhausen permaneció en silencio, sonriendo plácidamente mientras la congregación salía en fila india del teatro.

Parecía ser que el científico, efectivamente, estaba realmente loco.

Unos cuantos comentarios a modo de epílogo. Aunque ciertas personas se adhieren a casi cualquier innovación de naturaleza mística, las profecías del doctor Haxhausen no tuvieron muchos seguidores. Pronto la notoriedad del científico decayó, a excepción de alguna que otra nota en unos cuantos periódicos, alguna mención de pasada en la que se insinuaba que el reciente papel del doctor Haxhausen como agorero majareta había eclipsado por completo en las mentes del público su anterior fama de hombre de ciencia. Finalmente, durante una velada en diciembre, mientras un escaso público compuesto principalmente por vagabundos borrachos y ruidosos adolescentes esperaba que diera comienzo la famosa representación en un deprimente salón de banquetes, quedó patente que otra carrera de visionario ya estaba condenada al más absoluto olvido. Cuando el mundialmente famoso alucinado no hizo acto de presencia a la hora indicada en los folletos, alguien se decidió a descorrer el telón improvisado del escenario improvisado. Y allí, balanceándose suavemente suspendido de la horca cubierta de hollín de su fantástica máquina, estaba el doctor Haxhausen. Nunca llegó a descubrirse si la causa de la muerte debía ser atribuida a un asesinato o al más probable suicidio. Porque otra cosa ocurrió esa misma noche de invierno que eclipsó por completo todos los demás sucesos.

Pero, por supuesto, damas y caballeros, ustedes saben lo que ocurrió. Puedo ver por el brillo en sus ojos, por el rubor en sus cerosos rostros, que recuerdan muy bien cómo los colores aparecieron en el cielo de esa noche, una aurora fabulosa enviada por el sol y reflejada por la luna, para que todo el mundo fuera bautizado a un mismo tiempo por la luz espectral de la verdad. Lo quisieran o no, sus corazones habían oído la voz de la criatura que consideraban loca. Pero no la escucharon; nunca lo han hecho. ¿Por qué alentaron ustedes esta transgresión de la ley divina? ¿Y por qué todavía miran fijamente con expresión de odio de madera desde los confines de la tierra? Fue por ustedes por quien cometí este último y mayor pecado, todo por ustedes. ¡Y cuándo han apreciado estos gestos desde las alturas!

Y por este acto ahora debo existir en eterno destierro del paraíso que os glorifica. Qué bella es vuestra eterna ruina.

Ah, benditos muñecos, recibid Mi oración, y enseñadme a hacerme a Mí mismo a vuestra imagen y semejanza.

El extraño diseño del Maestro Rignolo

YA era bien entrada la noche y Nolon llevaba algún tiempo sentado junto a una pequeña mesa en una especie de parque. Era una larga y estrecha franja de tierra —de forma vagamente triangular, como un fragmento de cristal roto— rodeada por tres calles de distinta anchura, con distintas nivelaciones del terreno y distintas fases de desintegración, ya que cada vía sucumbía, a su particular manera y a su propio tiempo, a los sutiles pero continuos movimientos de la tierra durmiente sobre la que descansaban. Desde el extremo más alejado del parque una figura con abrigo oscuro se aproximaba a la mesa de Nolon y daba la impresión de que iba a producirse algún tipo de encuentro.

Había otras mesas aquí y allá, todas ellas vacías, pero la mayor parte del parque consistía en terreno desaprovechado cubierto de una especie de césped afelpado y enmarañado. A la luz de la luna esta extensión de vegetación densamente entretejida había adoptado una suave tonalidad aguamarina, casi radiante. Más allá de unos cuantos árboles desperdigados, las estrellas brillaban, pero sin lustre, como si estuvieran hechas de papel luminoso. Alrededor del parque una línea irregular de tejados altos, negros e informes, atravesaba el cielo como los afilados dientes de una vieja sierra.

Nolon tenía apoyadas las manos sobre el borde de la pequeña mesa ovalada. En medio de la mesa titilaba una vela dentro de una tulipa deforme de vidrio verde, y el rostro de Nolon estaba bañado de un agitado resplandor verde. También él llevaba puesto un abrigo oscuro, desabrochado por la parte de arriba, por donde sobresalía una bufanda de color más claro. La bufanda estaba enrollada en el cuello de Nolon justo hasta la base de la barbilla. De vez en cuando Nolon alzaba la vista, no para mirar a Grissul mientras avanzaba por el parque, sino para intentar divisar algo tras aquella ventana iluminada al otro lado de la calle: una silueta que aparecía y desaparecía a intervalos irregulares. Sobre la ventana había un tejado largo y bajo coronado con un panel que parecía ser un letrero o marquesina. Las letras en el panel eran completamente ilegibles, corroídas quizás por los elementos, o puede que deliberadamente borradas. Pero todavía se distinguía la imagen de dos botellas altas y delgadas, con sus esbeltos cuellos zigzagueando festivamente a un lado y a otro.

Grissul se sentó frente a Nolon al nivel de sus ojos.

—¿Lleva mucho rato aquí? —preguntó.

Nolon, pausadamente, sacó un reloj de las profundidades de su abrigo. Lo observó unos segundos, dio uno o dos golpecitos al cristal, luego lo volvió a meter en el abrigo.

—Alguien debe haber sabido que estaba pensando en verle —continuó Grissul—, porque tengo una pequeña historia que contarle.

Nolon volvió a mirar hacia la ventana iluminada al otro lado de la calle. Grissul

se dio cuenta y giró la cabeza diciendo:

—Bueno, en todo caso hay alguien ahí. ¿Cree que esta noche podríamos conseguir, ya sabe, un pequeño servicio de algún tipo?

—Quizás podría ir usted hasta allí y averiguar cuáles son nuestras probabilidades —contestó Nolon.

—A mí me da igual —insistió Grissul, volviendo de nuevo la cabeza para mirar de frente a Nolon—. Sigo teniendo mi información.

—¿Es esa la razón específica de que tenga lugar este encuentro?

Ante esta pregunta, Grissul le devolvió una mirada inexpresiva.

—No que yo sepa —afirmó—. Por lo que a mí respecta, nos acabamos de encontrar por casualidad.

—Por supuesto —asintió Nolon, con una leve sonrisa. Grissul le devolvió la sonrisa, pero con mucha menos sutileza.

—Así pues, iba a contarle —comenzó Grissul— que me encontraba en un pequeño prado, aquel que está situado detrás de unos edificios vacíos a las afueras de la ciudad, donde todo se limita a ir a la deriva y alejarse en todas direcciones. Y hay unas marismas cerca de allí que hacen que el terreno sea un poco, no sé, fibroso o algo parecido. Ningún árbol, sólo mucha maleza, juncos, ¿sabe a cuál me refiero?

—Ya me hago una buena idea —respondió Nolon, un tanto aburrido, o fingiendo estarlo.

—Fue un poco antes de que anocheciera cuando estuve allí. Un poco antes de que las estrellas comenzaran a salir. Realmente no tenía nada planeado, permítame dejar esto claro. Simplemente salí a pasear por el prado, cambié de dirección varias veces y anduve un poco más. Entonces vi algo a través de una cortina de altas cañas de alguna especie, finas como su dedo, pero rematadas con grandes cabezas puntiagudas. Y realmente rígidas, no se combaban ni un ápice, simplemente se agitaban suavemente en la brisa. Quizás se partieron, no estoy seguro, cuando me abrí camino entre ellas para ver más allá. Después me arrodillé para tener una mejor visión de lo que había en tierra. Se lo aseguro, señor Nolon, estaba literalmente *dentro* del suelo. Parecía formar parte del terreno, como…

—Señor Grissul, ¿*qué es* lo que vio?

Grissul fue consciente en ese momento de sí mismo y buscó un tono de voz que no agotase tanto sus propias fuerzas, ni la paciencia de su oyente.

—La cara —dijo recostándose hacia atrás sobre el respaldo de su asiento—. Estaba justo allí, del tamaño, no sé, de una ventana o un cuadro colgado en la pared, aunque en este caso se encontraba en el suelo y era un enorme óvalo, no rectangular. Era exactamente como si alguien hubiera enterrado parcialmente a un gigante, o incluso mejor, una *máscara* de gigante. Aunque el contorno del rostro más que enterrado en la tierra parecía más bien, bueno, *entretejido*, supongo que ésa sería la palabra correcta, en el suelo. Tenía los ojos cerrados, aunque no *fuertemente* cerrados… no parecía estar muerto… sino relajado. Lo mismo ocurría con los labios,

labios carnosos rozándose el uno contra el otro. Incluso la piel del rostro, de un gris ceniciento, y las suaves mejillas. Quiero decir que *parecían* realmente suaves, porque en realidad no las toqué para cerciorarme. Creo que estaba dormido.

Nolon se removió ligeramente en su asiento y miró a Grissul directamente a los ojos.

—Si no lo cree, venga a verlo con sus propios ojos —insistió Grissul—. La luna brilla lo suficiente.

—Ése no es el problema. Me gustaría ir con usted sea lo que sea aquello que encontró. Pero en esta ocasión tengo otros planes.

—Ah, otros planes —repitió Grissul como si le hubiesen revelado un secreto profundamente oculto—. ¿Y qué otros planes son ésos, señor Nolon?

—Planes ideados hace mucho tiempo y que no se han alterado desde entonces, si es que puede creerse que aún ocurran estas cosas en los tiempos que corren. ¿Me está escuchando? Oh, pensé que se había quedado dormido. Pues bien, Rignolo, esa misteriosa y diminuta criatura, ha hecho algo insólito. Me ha invitado a visitar su estudio. Nadie, que yo sepa, ha estado allí. Y nadie ha visto en realidad lo que pinta.

—Por supuesto. Hasta esta noche, es decir, hasta dentro de un rato, a menos que sea necesario un cambio de planes. De lo contrario, yo seré el primero en ver de qué va todo eso de lo que habla. Sin duda parece que merece el esfuerzo, y podría invitarle a venir conmigo.

El labio inferior de Grissul avanzó ligeramente.

—Gracias, señor Nolon —dijo—, pero esas cosas son más de su gusto. Cuando le contaba lo que vi esta tarde pensé…

—Por supuesto, lo que ha visto es muy interesante, extraordinario, señor Grissul. Pero creo que ese tipo de cosas pueden esperar, ¿no cree? Además, aún no le he contado nada sobre la obra de Rignolo.

—Adelante.

—Paisajes, señor Grissul. Nada más que paisajes. Es su único tema, algo de lo que se vanagloria constantemente.

—Eso es también bastante interesante.

—Me imaginaba que diría algo así. Y podría interesarle aún más si hubiera escuchado el discurso de Rignolo sobre sus lienzos. Pero… bueno, usted podrá verlo y oírlo por sí mismo. ¿Qué me dice, entonces? ¿Primero al estudio de Rignolo y luego directamente a ver si podemos dar con ese prado otra vez?

Los dos estuvieron de acuerdo en que ambas actividades, y en esa secuencia, no serían una mala manera de pasar la velada.

Tras levantarse de la mesa, Nolon echó un último vistazo a la ventana del otro lado de la calle. La luz que antes brillaba debió de apagarse durante su conversación con Grissul. De modo que no era posible saber si había alguien observándolos. Ambos se abotonaron los abrigos hasta la altura de la bufanda mientras atravesaban en silencio el parque, sobre el que innumerables estrellas les observaban como los

ojos muertos de rostros esculpidos.

—Tengan cuidado de dónde pisan —advirtió Rignolo a sus visitantes mientras entraban en el estudio. Estaba un poco sofocado tras subir las escaleras; resollaba las palabras y susurraba en voz baja como para sí: «Este lugar, oh, este lugar». No había ni una sola porción de suelo que no estuviera llena de cosas, así que no parecía necesaria la advertencia a Nolon, o incluso a Grissul. Rignolo era de una estatura menor a la de sus invitados, prácticamente un enano, y por ello se movía con mayor libertad por aquel espacio abarrotado.

—Ya ven —dijo— que esto no es realmente un cuarto, sino más bien un pequeño cuarto trastero que ha intentado crecer, abombándose por todos lados y creando todos estos extraños nichos y huecos que nos rodean, esta galería informe de *recovecos*. Hay una ventana por aquí, creo, bajo algunos de estos lienzos. Pero ustedes han venido para ver los lienzos, no para mirar por una ventana, que a saber dónde está. Y de todas formas, no hay nada que ver por ella.

Rignolo condujo entonces a sus visitantes por un reducido laberinto compuesto de recovecos de distintas formas, señalándoles lienzos aquí y allá. Todos se sostenían apoyados en una pared o sobre otro lienzo, como si estuvieran exhaustos. Tras atraer su atención a este o aquel cuadro, el pintor se apartaba ligeramente y les permitía admirar su obra, esperando de pie como un amable aunque ligeramente aburrido encargado de algún museo raras veces visitado, una figura patética ataviada con ropas demasiado grandes hechas de… polvo tejido. Su pequeño rostro ovoide estaba tan inanimado como una máscara; su piel tenía el mismo color desvaído de sus ropas y le colgaba igual de fofa que ésta; los labios eran del mismo color que su piel, pero más carnosos y tensos; el pelo le salía disparado de la cabeza en mechones, incontrolable y espeso, y se veía demasiado del blanco de sus ojos, dando la sensación de que habían rodado hacia arriba, hacia la frente, como si estuvieran echando un vistazo por debajo de ésta.

Mientras Nolon contemplaba uno de los paisajes de Rignolo, Grissul no parecía ser capaz de librarse de algo que le inquietaba y que atañía al propio pintor, aunque obviamente se estaba esforzando por hacerlo. Pero cuanto más se esforzaba por desviar su atención de Rignolo, con mayor facilidad su mirada era atraída hacia la piel fofa, el desvaído cutis, los poco disciplinados mechones de pelo. Finalmente, Grissul propinó un suave codazo a Nolon y comenzó a susurrar algo. Nolon miró a Grissul de una forma que podría entenderse como: «Sí, lo sé, pero, por lo que más quiera, muestre algún sentido del decoro», y siguió contemplando los excelentes paisajes de Rignolo.

Eran todos muy similares entre sí. Con títulos como *Marisma brillante, Tratado de tres sombras* y *Las estrellas, las colinas*, no habían sido creados tanto para parecerse como para sugerir las escenas prometidas. Alguna fugaz visión de formas materiales podía emerger aquí y allá, algún efecto de color o contorno familiar, pero

en su mayor parte podían ser descritos como extremadamente alejados en su perspectiva de la realidad tangible. Grissul, que conocía algunos de los lugares supuestamente dibujados en los lienzos, podría haber expresado perfectamente la objeción de que estos conglomerados de masas fracturadas, estos remolinos de luz distorsionada, sencillamente no lograban su objetivo, de hecho no merecían ser relacionados de ninguna manera con los espacios geográficos de los que habían tomado sus títulos. Quizás fue la intuición de Rignolo de que tal crítica estaba a punto de producirse lo que inspiró —con la rápida y frenética voz de un durmiente sobresaltado— el siguiente estallido del maestro:

—Piensen lo que quieran sobre estas escenas, no me importa. Murmuren entre ustedes si quieren, mi oído funciona maravillosamente mal. Piensen que mis paisajes no invitan a la mirada a pasear o vagar por ellos, y no digamos ya a permanecer ni el más breve instante. Sin embargo, ése es exactamente el objetivo de estas pinturas, y en cuanto a mí respecta, pienso que son bastante apropiadas para lograrlo, meticulosamente eficientes. He dedicado extraordinarias cantidades de *tiempo* dentro de los límites de cada lienzo, tanto como creador como habitante temporal, hasta que los límites dejan de existir para mí y también deja de existir… esa otra cosa. Entiendan que cuando digo *habitante* no quiero decir que me ponga a subir y bajar pisoteando con mis torpes pies escaleras de color, o que me asome con este raquítico cuerpo mío desde alguna cornisa alta donde poder jugar a ser el amo de todo lo que veo. No hay amos de estas escenas, ni observadores, porque los cuerpos y los órganos humanos no pueden funcionar allí… no tienen ningún lugar donde ir, no hay nada que observar con ojos comunes, ni pensamientos que pensar con un cerebro poderoso. Y mis caminos no les llevarán desde la puerta delantera de un hastío hasta la puerta trasera de otro, ni pueden desmoronarse, porque no soportan nada que deban transportar… sus caminantes ya están allí, llegando incesantemente a lugares infinitos de lo perpetuamente asombroso. Sin embargo, estos lugares también son una tierra natal, y nada allí amenaza jamás con tornarse extraño. Lo que quiero decir es que para *habitar* mis paisajes uno debe, y no en sentido figurado, transformarse en ellos. En el mejor de los casos son un paraíso para los sonámbulos, pero sólo aquellos sonámbulos que nunca se ponen en pie, que olvidan su destino, y que por ello quizás nunca alcanzan esa oscuridad final más allá de los sueños, sino que se quedan merodeando en estas tierras mías, que limitan con la nada, y permanecen en pie junto a las puertas de la infinitud. Así que ya ven, mis queridos críticos, lo que tenemos en estos cuadros es una comunión viva con el vacío, una aniquilación vital y una eternidad profusamente ornamentada de…

—De todas formas —apostilló Grissul—, suena bastante desagradable.

—Está interfiriendo —le dijo Nolon entre dientes.

—Viejo pomposo… —replicó Grissul entre los suyos.

—¿Y dónde ve usted ese carácter desagradable? Dónde, muéstremelo. En ningún sitio, desde mi punto de vista. No se puede ser desagradable con uno mismo, no se

puede ser *extraño* a uno mismo. Afirmo que todo es distinto cuando uno se une al paisaje. No es necesario que avancemos por el camino de la muerte cuando tenemos un escondite tan a mano… una tierra de huida. Para los iniciados, cada uno de esos pequeños remolinos es una cala por la que se puede acceder para transformarse; cada línea —irregular o simplemente temblorosa— es una línea de costa de cartógrafo que puede ser explorada en toda su extensión de forma instantánea; cada copo arrugado de resplandor es una estrella que disfruta de su propia luz, y de la de ustedes. Se trata, caballeros, de sacar el máximo provecho de los talentos propios para pro-yec-tar-se. En efecto, existen lugares *reales* en los que se basan mis pinturas, lo admito. Pero estos lugares mantienen una distancia con el espectador; mis nuevos paisajes le hacen sentir a uno como en casa, mientras que aquellos viejos paisajes causan rechazo, le mantienen a uno siempre a media distancia y, finalmente, terminan por expulsarle fuera del cuadro. Eso es lo que ocurre allá fuera… todo te mira con ojos extraños. Pero se puede salir de esta situación intolerable, saltar la valla, por decirlo de alguna manera, y colarnos en un mundo donde, para variar, *formamos parte de algo*. Si mis paisajes no les resultan familiares es sólo porque todo parece diferente desde el otro lado. Todo esto lo entenderán mucho más claramente cuando hayan visto mi obra maestra. Entren por aquí, por favor.

Nolon y Grissul se cruzaron miradas confusas y luego siguieron al artista hasta una puerta estrecha. Tras abrir la puerta con una diminuta llave, Rignolo indicó a sus invitados que entraran. Tuvieron que pasar de lado por la estrecha abertura.

—Este lugar sí que es un cuarto trastero —susurró Grissul a Nolon—. No creo que pueda darme la vuelta.

—Entonces saldremos de aquí andando hacia atrás, no le veo ningún inconveniente.

La puerta se cerró de un portazo y durante unos segundos no hubo lugar sobre la tierra más oscuro que aquella pequeña estancia.

—Cuidado con las paredes —advirtió Rignolo desde el otro lado de la puerta.

—¿Paredes? —susurró alguien.

Las primeras imágenes que aparecieron en la oscuridad fueron esos arrugados copos de resplandor de los que habló Rignolo, aunque éstos eran mucho más grandes, mucho más numerosos y relucían más que los otros en sus pequeños lienzos amontonados. Y brotaban por todas partes alrededor del espectador, arriba y abajo, hasta el punto de generar la irremediable convicción de que la diminuta habitación con apariencia de tumba se expandía hacia un pasillo de noche sembrado de estrellas, y se sentía la certeza de que uno estaba suspendido en el espacio sin que hubiera ningún medio práctico de permanecer allí. Apoyarse en las paredes sólidas o agacharse en el suelo solo producía mayor confusión, en vez de aliviar aquella sensación de imposibilidad. Las manchas irregulares relucientes crecieron hasta convertirse en grandes manchones plateados, todos ellos con bordes irregulares y furioso brillo. A continuación, dejaron de crecer en la oscuridad al haber alcanzado

una composición prediseñada, y comenzó entonces otro tipo de crecimiento: finísimos filamentos de luz azulada brotaron de los espacios entre aquellos bulbosos cardos de fulgor y se ramificaron por todas partes como grietas en una pared. Y estas estelas semejantes a hilos o cabellos finalmente se extendieron por la negrura en una furia errática de propagación, hasta que todo quedó enredado y filamentoso en un paisaje universal.

Entonces la red comenzó a deshilacharse y aflojarse, y matas luminosas de musgo cósmico colgaban de ella como barbas. Pero la escena ya no resultaba confusa, es decir, no más confusa de lo que puede resultar una marisma natural o un terreno pantanoso. Por fin, unas enormes cañas aparecieron procedentes de no se sabe dónde y empezaron a entrelazarse rápidamente para formar curiosos diseños bien proporcionados, y entonces se quedaron inmóviles de repente. Eran de un extraño color verde y portaban coronas espinosas de un color rosado, como cerebros con púas.

Daba la impresión de que la escena ya estaba completa. Todos los efectos reales estaban expuestos: reales, porque el efecto adicional que ahora se estaba produciendo era con toda probabilidad una ilusión. Y es que parecía que desde las profundidades de aquel deshilachado tapete de redes y cabellos y tallos había algo más entretejido, algo enterrado bajo la ciénaga pantanosa pero que emergía lentamente a la superficie.

—¿Es eso una cara? —dijo alguien.

—Yo he empezado a verla también —dijo el otro—, pero no sé si me apetece verla. Tengo la impresión de que no siento dónde estoy ahora. Intentemos no mirar esas caras.

Una serie de gritos procedentes del pequeño cuarto indujeron a Rignolo a abrir la puerta, lo cual propició que Nolon y Grissul tropezaran y cayeran hacia atrás en el estudio del pintor. Durante unos instantes se quedaron tirados entre los desechos que inundaban el suelo. Rignolo se apresuró a cerrar la puerta con llave, y a continuación se posicionó totalmente erguido junto a ella, con los ojos vueltos hacia arriba y sin mostrar el menor interés por el estado de sus visitantes. Tras ponerse en pie, acordaron rápidamente algunas cosas con voz queda.

—Señor Nolon, reconozco el lugar que se supone que es esa habitación.

—No lo dudo.

—Y también estoy seguro de que ya sé de quién es el rostro que vi ayer en aquel prado.

—Creo que será mejor que nos vayamos.

—¿Qué dicen? —inquirió Rignolo.

Nolon señaló un enorme reloj que colgaba en lo alto de la pared y preguntó si era ésa la hora.

—Siempre es esa —replicó Rignolo—, porque jamás he visto que las agujas se muevan.

—Bien, entonces, gracias por todo —dijo Nolon.

—Debemos irnos —añadió Grissul.

—Esperen un momento —gritó Rignolo cuando ambos hombres se dirigieron a la salida—. Sé dónde van a ir ahora. Alguien, no les diré quién, me dijo lo que encontraron en ese prado. Yo lo he hecho, ¿no es así? Me pueden contar todo lo que saben. No, no es necesario. Ya me he puesto yo mismo en la escena. El abismo de decorado, ¡el vuelo definitivo! En resumen… supervivencia en las mismísimas fauces del olvido. Oh, quizás todavía quede algo por hacer. Pero he comenzado con muy buen pie, ¿verdad? Tengo mi pie en la puerta, mi rostro dirigido a la ventana. Poco a poco, y entonces… la eternidad. ¿Verdad? No, no digan nada. Muéstrenme dónde está, necesito ir allí. Tengo derecho a ir.

Sin tener la menor idea de qué tipo de reacción podrían provocar en el maníaco Rignolo, por no mencionar posibles represalias por parte de entidades desconocidas, Nolon y Grissul accedieron a la petición del pintor.

* * *

En una escena en la que no se oye ningún sonido, aparecen tres figuras. Sus siluetas se mueven con nítidos y cautos pasos por campo abierto, avanzando lentamente, con un movimiento casi imperceptible. A su alrededor, altas cañas entrecruzadas se yerguen totalmente inmóviles, y sus afiladas puntas se perfilan nítidamente a la luz de la luna. Sobre ellos, la luna luce llena y brillante, pero su brillo es un tanto mortecino, como el blanco roto que aparece en los espacios de recargadas ilustraciones que embellecen la página de un libro.

Las tres figuras, de las cuales una de ellas es bastante más baja que las otras, se han detenido y ahora permanecen totalmente inmóviles frente a una mata particularmente densa de cañas de extrañas formas. Ahora una de las dos figuras más altas levanta un brazo y señala hacia el grupo de cañas, mientras la figura más bajita da un paso hacia delante en la dirección señalada. Las dos figuras altas permanecen juntas mientras la más baja simplemente desaparece en la oscura y densa maleza. Tan sólo un zapato con la punta en ángulo con el terreno permanece visible. Y luego, nada.

Las dos figuras que quedan continúan en el mismo lugar sin realizar ningún gesto, con las manos en los bolsillos de sus largos abrigos. Observan la negrura en la que el tercero ha desaparecido. A su alrededor, altas cañas entrelazadas; por encima de ellos, la luna luce llena y brillante.

Ahora las dos figuras se dan la vuelta y se alejan del lugar donde el otro desapareció. Ambos están ligeramente inclinados y sostienen las manos sobre sus orejas, como si quisieran evitar oír algo que no pudieran soportar. Luego, lentamente, con un movimiento casi imperceptible, salen de la escena.

El prado vuelve a estar vacío. Y ahora todo se despierta con movimiento y sonido.

* * *

Tras su aventura, Nolon y Grissul regresaron a la misma mesa de aquel lugar en el que se habían reunido antes esa misma noche. Pero donde habían dejado una mesa vacía, si no se tiene en cuenta la vela en la informe tulipa verde, ahora encontraron dos vasos bajos, junto a una botella alta y delgada colocada entre los vasos. Los hombres miraron la botella, los vasos, y el uno al otro con parsimonia, como si no quisieran precipitarse.

—¿Hay todavía alguien, ya sabe, en la ventana al otro lado de la calle? —preguntó Grissul.

—¿Cree que debería comprobarlo? —respondió Nolon.

Grissul clavó la mirada en la mesa, permitiéndose unos segundos para recomponerse, luego dijo:

—Me da igual, señor Nolon, debo decir que lo que ha ocurrido esta noche ha sido sumamente desagradable.

—Tarde o temprano iba a pasar algo así —replicó Nolon—. Era demasiado soñador, seamos honestos. Nada de lo que decía tenía sentido alguno, y siempre hablaba más de la cuenta. Quién sabe *quién* escuchó qué.

—Jamás había oído antes unos gritos como ésos.

—Ya ha acabado —dijo Nolon en voz baja.

—¿Pero qué puede haberle ocurrido? —preguntó Grissul, tomando el vaso bajo que tenía frente a él, sin ser aparentemente consciente de la acción.

—Sólo él puede saberlo con certeza —respondió Nolon, que repitió el movimiento de Grissul, también aparentemente con la misma ausencia de intención consciente.

—¿Y por qué gritaba de esa manera, por qué dijo que era todo un engaño, una parodia de sus sueños, esa «cosa asquerosa en la tierra»? ¿Por qué gritaba suplicando no ser «enterrado para siempre con esa extraña y horrible máscara»?

—Quizás estaba confundido —dijo Nolon. Con gesto nervioso comenzó a escanciar la delgada botella en ambos vasos.

—Y luego se puso a gritar pidiendo que alguien lo matara. Pero no era eso en absoluto lo que quería, sino todo lo contrario. Tenía miedo de ya-sabe-qué. Así que, por qué iba él…

—¿Es necesario que tenga que explicárselo todo, señor Grissul?

—Supongo que no —replicó Grissul en voz muy baja y con expresión avergonzada—. Intentaba librarse, librarse de algo.

—Eso es cierto —dijo Nolon con igual tono bajo de voz y mirando a su alrededor —. Porque quería escapar de aquí sin tener que ya-sabe-qué. ¿Se imagina que lo hubiera logrado? —Sentaría un precedente.

—Exacto. Ahora aprovechemos simplemente la situación y acabemos nuestras

bebidas antes de marcharnos.

—No estoy seguro de querer irme —dijo Grissul.

—No estoy seguro de que esté en nuestras manos decidirlo —contestó Nolon.

—Sí, pero…

—Sssh. Esta noche es nuestra noche.

Al otro lado de la calle una sombra se movía inquieta en el marco de una ventana iluminada. Soplaba una brisa nocturna por el pequeño parque, y el brillo verde de una vela titilaba sobre dos rostros silenciosos.

La voz en los huesos

LA negrura en lo alto era profunda e inacabable. Hacia ella se alzaba una torre con una sola ventana que enmarcaba una pálida y temblorosa luz. La estrecha abertura pendía en lo alto rodeada de oscuridad y engullida por su densa y sorda uniformidad. Bajo la torre había esparcidos otros edificios, y otras luces emergían aquí y allá en la oscuridad de abajo. Una de estas luces era la de una farola sujeta en una pared al borde de una calle cortada. La farola proyectaba su fulgor sobre la pared gris y sobre dos figuras que permanecían inmóviles frente a ella. Ningún color en sus tensos e inmaculados rostros, ningún indicio de respiración bajo la oscura envoltura de sus formas: simples seres con dedos largos y ojos vacíos. Sin embargo, sus miradas estaban claramente centradas en un edificio al otro lado de aquella calle desierta, rígidamente dirigidas hacia una ventana de aquel edificio. De vez en cuando alguien miraba por la ventana asomándose por un lado de ésta, aunque sólo permanecía allí durante un segundo para después volver a desaparecer. Ocupaba un cuarto donde todo parecía palpitar con sombras.

Las sombras se movían lentamente, oscureciendo muchos objetos del interior del cuarto y dando la apariencia de cambiar los contornos hasta de los muebles más simples. El propio cuarto parecía haber alterado sus dimensiones. En el transcurso de lentas transformaciones se abombaba hacia un enorme abismo para luego estrecharse creando un laberinto de extrañas calles negras. Cada forma se imponía sobre otra forma, alimentando un caos de estructuras superpuestas.

El ocupante de la habitación se mantenía alerta en este entorno. Ahora veía algo que se escondía tras una sombra y que se movía por las molduras de madera junto a la ventana, usando la sombra como una máscara. Golpeó suavemente la pared con el pie y tuvo la impresión de que ésta cedía ligeramente. Pero no había nada tras la sombra, o al menos ya no. Y cuando extendió el brazo lentamente y tiró de la cuerda colgante de una lámpara, no fue iluminación lo que inundó el cuarto, sino una voz.

—¡Señor Ja-ja! —gritó la voz, replicándose en muchas otras voces a su alrededor.

—Ja-ja —repitió una voz similar.

Con letárgica cautela se deslizó hacia la ventana y se asomó para mirar por el borde de la ventana. No podía creer que aquellas voces agudas y entrecortadas perteneciesen a las dos figuras que estaban al otro lado de la calle. No las había visto aún mover los labios cuando le llamaban con algún nombre inventado. Simplemente permanecían firmes y vigilantes junto al alto muro descascarillado. Apartó la mirada.

—¡Señor Tick-tock!

—Tick-tock, tick-tock.

Dio otro paso, un esfuerzo intensamente lento, y permaneció en el centro de la ventana. Ahora lo verían, ahora lo sabrían. Pero los que habían esperado pacientes en su vigilia habían abandonado la escena. Y las sombras se fundieron con ecos que se

apagaban en el cuarto.

Después pudo escuchar nuevos ecos. Sin embargo, no carecían de definición o intención, como era el caso de muchos de los sonidos producidos por el enorme edificio que lo contenía: un amortiguado e interminable estruendo o un breve crujido podían proceder de cualquier sitio sin revelar su origen o identidad. Pero estos nuevos sonidos, estos ecos particulares, no buscaban el anonimato. Y había un foco de atención, un centro en el que convergían. Pisadas, el crujido de una ventana que se cerraba o de una puerta que se abría lentamente, un revuelo de objetos en otro cuarto, todos estos ruidos hablaban una extraña lengua tras las sombras circundantes y se unían a ellas en un esquema más amplio.

Comenzó a moverse de una habitación a otra en una laboriosa expedición y se convirtió en fugitivo en un mundo de retorcidas suposiciones. Una ventana permitía que penetrase alguna iluminación vidriosa, una luminiscencia cristalina, pero con frecuencia se confundía debido a ciertas variaciones que percibía en los diseños de estas habitaciones. Forzado a doblar una esquina invisible, llegó hasta una pequeña puerta, y por el vano se divisaban finas líneas de luz que aparecían y desaparecían de forma intermitente en la oscuridad. Abrió la puerta. Al otro lado había un largo pasillo de techo bajo con una hilera de pequeños faroles que se apagaban y encendían al unísono a lo largo de ambas paredes. Se quedó quieto y observó. Y es que tuvo la impresión de que algo brotaba en el pasillo durante los intervalos de oscuridad, un enjambre de oscuras formas que apenas se dispersaban de forma imperfecta cuando volvía la luz, retorcidos espectros que de alguna manera pertenecían a las propias paredes y se extendían con deformes miembros. Se agachó y luego cruzó los brazos sobre el pecho para no tocar nada que no debiera ser tocado. Cuando la luz volvió a inundar el pasillo, echó a correr por él y se sintió lanzado hacia delante, extrañamente propulsado por una fuerza que no era la suya propia y que no podía controlar. Se quedó trabado en una barandilla, lo cual evitó que se desplomase por el hueco de una escalera que se perdía en las oscuras profundidades.

Sin embargo, estos tramos de escaleras, que desde arriba describían una perfecta línea vertical, pronto comenzaron a deambular. Le condujeron a regiones desconocidas del edificio sin ofrecer ninguna vía de escape, tan sólo refugios. Y cuando se detuvo unos instantes para inspeccionar el oscuro mundo sin puertas que le rodeaba, escuchó las voces que resonaban.

—Señor Fracaso —le gritaron al unísono.

Procedió entonces a descender las escaleras resignándose a ser conducido a cualquier destino, moviéndose siempre con esa irresistible rapidez que había invadido su cuerpo y confundía sus pensamientos. Ahora le perseguían los ecos de otros pasos. Parecían alcanzarle como pequeños objetos apenas visibles, esferas delicadas e irregulares que pasaban rodando a su lado por las escaleras y luego desaparecían ante sus ojos. Pronto los otros podrían verle, pronto le alcanzarían.

Finalmente, descendió hasta los pies de la prodigiosa escalera y llegó a los

abismales cimientos del edificio. La tierra que pisaba parecía ser de cruda arcilla, fría y pegajosa. Frente a él había un tosco pasillo, casi un túnel, que rezumaba algo que desprendía un brillo grisáceo. Y había otros pasillos y también puertas en las húmedas paredes. Parecía que no tenía más elección que esconderse en alguna de estas habitaciones. Y es que ya no era capaz de avanzar más por aquel suelo resbaladizo a la misma velocidad con la que había llegado hasta allí.

Fue descendiendo de un pasillo a otro. Para entonces, los otros ya estaban con él en aquellas oscuras catacumbas. Era el momento de buscar refugio tras una de esas puertas, que encerraban herméticamente el secreto de lo que escondían.

La habitación en la que se encerró estaba iluminada por una luz más tenue que la de los pasillos de fuera. Era una iluminación aceitosa y errática que parecía emerger de densos charcos y manchas de putrefacción que salpicaban el pegajoso suelo de arcilla. Una atmósfera de suciedad y podredumbre inundaba la habitación, una presencia fétida que era el alma de una matanza. De dimensiones indefinidas, la habitación parecía ser usada de vertedero de algún tipo de despojos de carne.

Cuando estaba a punto de buscar un refugio más tolerable, dos figuras salieron de un sombrío recoveco dentro del cuarto.

—Señor Mamporro —dijo uno de ellos sin el menor movimiento de sus finos labios. Así que no eran ellos los que hablaban, sino otra cosa que hablaba a través de ellos, algo que practicaba un extraño ventrilocuismo.

Cuando dio la vuelta para intentar escapar por la puerta, descubrió que estaba cerrada, atascada con el marco por sombras que obstruían los bordes, rezumando algo como sebo negro.

—Mamporro, mamporro, mamporro —susurraron las voces acercándose a él.

* * *

Pasó un intervalo de olvido, y se despertó en un cuarto totalmente diferente. Era un pequeño cubículo vacío e iluminado sólo por un resplandor peculiar que manaba de una estrecha ranura en una enorme puerta cerrada. No había ventanas en el cuarto. El suelo parecía un tanto grumoso y vagamente cambiante, como si estuviera sobre arena muy suelta. Se apoyó contra una pared a oscuras, y sólo sus delgadas piernas eran visibles a través de la línea de luz que se reflejaba en el suelo.

Una voz le susurraba desde algún lugar indeterminado. Poco a poco las palabras fueron ganando fuerza, aunque, de alguna forma, no dejaban de ser un sonido abstracto que meramente flirteaba con un mensaje que nunca alcanzaba coherencia. La voz parecía llegarle desde el otro lado de la pared, porque estaba solo en esa estancia. Aun así, el tono era enfático, incluso desgarrador, como si no estuviera afectado por la amortiguadora interferencia de una barrera.

—Escucha —dijo la voz—. ¿Escuchas ahora? Yo también soy un prisionero, pero no es lo mismo para mí. Las cosas han cambiado en este lugar. Sé que te preguntas

sobre aquellos que te trajeron aquí, y sobre otras cosas. ¿Me escuchas? Alguien se lo ordenó, ya sabes. Él los creó, podía hacer ese tipo de cosas. E hizo algo más, algo que todavía hace. Porque en realidad no puede perecer. Las cosas han cambiado desde que él llegó a este lugar. Vino aquí con extraños sueños, y las cosas comenzaron a cambiar. Se escondió aquí y ejercitó sus sueños. Huesos y sombras, ¿me escuchas? Huesos amarillentos y sombras negras. Y ahora se ha ido pero no se ha ido. Sé que mi voz no es la misma, si aún me escuchas. Ahora sólo es un eco. He oído tantas voces, ¿y cómo no iba a convertirme en su eco? El eco de los sueños, sueños mezclados de huesos y sombras. ¿Sabes a qué sombras me refiero? Te atraen hacia ellas, te arrastran hacia su negrura. Y allí es a donde irás. Algo dentro de los mismísimos huesos se extiende hasta las sombras y su negrura. Él soñaba con esto, y ejercitaba este sueño. Los propios huesos eran tan sólo pálidas sombras, el polvo de sombras. Y allí donde se acumulan, también se acumulan las sombras. Y son soñados al unísono. Estos sueños no han abandonado este lugar. Todo está sujeto a las sombras, todo está sometido a ellas y a su negrura. Los huesos permanecen silenciosos porque las sombras han usurpado sus voces. Él soñó todo esto. Ahora somos los siervos de sombras, y han usurpado las voces de los huesos para unirse a su negrura. Las sombras se han apoderado de estas voces ahora. Y las usan, escucha mis palabras. Las cosas han cambiado pero todo sigue siendo como él soñó que sería. Todo sigue igual pero no es lo mismo. Y eres tú…

Pero las palabras quedaron interrumpidas cuando la puerta gimió y se abrió lentamente hacia él, inundando su cubículo con un resplandor confuso. En la puerta abierta había dos figuras que se alzaban delgadas, oscuras y sin rasgos a contraluz de la llameante incandescencia. Sin embargo esta luminosidad no parecía impedirles el movimiento y se aproximaron a él con una eficacia maquinal. Se colocaron a ambos lados de su encorvada figura, y luego lo elevaron sin dificultad del suelo. Él se resistió torpemente; al final logró asir una de sus pálidas manos y tiró de ella. La piel se escurrió de la muñeca y se frunció como un guante; debajo apareció una especie de relleno compuesto de esquirlas y astillas amalgamadas en una espesa pasta negra.

Lo sacaron al estrecho pasillo circular, donde la luminosidad de una multitud de faroles colgantes suprimía cualquier sugerencia de sombras. Mientras pendía de las manos de los dos siervos, vio que la celda contigua tenía la puerta totalmente abierta y carecía de ocupante. Pero cuando comenzaron a avanzar por el pasillo le pareció que algo se movía por la pared de aquella celda vacía, algo que huía de la luz. Pasaron otras celdas, todas con las puertas abiertas y todas ellas con algo agitándose dentro por las paredes que le hacía concluir que no estaban totalmente desocupadas.

Entonces, sus silenciosos escoltas le empujaron por una entrada rematada en punta y recortada en la gris pared interna del pasillo. Al otro lado había una escalera de piedra que se revolvía a través del corazón de la prisión. Subió las escaleras lentamente y con el cuerpo rígido mientras las manos de largos dedos lo guiaban. Y entonces aparecieron sombras en la pared curvada que se mezclaban y formaban una

criatura informe, un explorador quimérico que conocía el camino y le guiaba a un lugar en las alturas. No apreció ninguna variación en la luz a su alrededor, y sin embargo lo embargaba una sensación de creciente oscuridad a medida que ascendía. En ese momento se aproximaba a una vasta y enorme fuente de lo oscuro, un gran nexo de sombras, una tierra natal y quizás también una tumba donde las cosas sin sustancia esperaban, un reino de primeros y últimos sueños.

Las escaleras acababan al emerger a través del suelo en el centro de una gran estancia. Y aquí una nueva clase de iluminación —una fosforescencia pálida y granulada— se extendía por el espacio abierto a su alrededor. Esta extraña luz parecía emanar de varios recipientes transparentes con forma de urnas y colocados al azar sobre el suelo o sobre objetos de distintos tamaños. Cada uno de estos contenedores parecía estar lleno de una sustancia granulosa e incolora, de la que manaba un brillo frío y arenoso. Pero este brillo, este fulgor chispeante, no revelaba las superficies del cuarto, sino que más bien las cubría con una nueva capa, transformando lo que había debajo.

Y es que bajo ese turbio fulgor todo perdía la densidad y presencia que pudiera poseer. Armarios anchos y altos parecían temblar, precariamente apoyados sobre el suelo irregular. Los rectos contornos de altos estantes parecían ladeados y amenazaban con vomitar los innumerables libros tan precariamente alojados allí. Había una gran cantidad de libros esparcidos por el suelo, con las hojas rotas y apilados en montones irregulares que parecían a punto de saltar por los aires en cualquier momento. Situada en una zona alejada de la estancia había un arsenal de curiosos artilugios montados en la pared o suspendidos en cables, artilugios que bien podrían ser alucinaciones, fantasmas que podían atravesar una mano que intentase darles el uso para el que habían sido diseñados. Y parecían haber sido diseñados para labores que incluyesen desgarros, desuellos y triturados. Sin embargo, todos estos instrumentos aparentemente no habían sido usados durante siglos, y mostraban una corrosión que consumió aún más su anterior sustancia y los situó en la categoría de curiosidades fantasmales. Incluso la larga mesa baja, alrededor de la cual estaban expuestos estos atroces instrumentos, se deshacía por el abandono.

Sin embargo, sus guardianes le obligaron a tumbarse sobre la tosca tabla y le sujetaron con correas tan deterioradas que hubiera podido romperlas fácilmente. Pero los adustos auxiliares no parecían ser conscientes del verdadero estado de las cosas: siguieron con las tareas rutinarias que en otro tiempo tuvieron una razón de ser, pero que luego habían quedado eclipsadas por cambios ignorados por ellos.

A través de la quebradiza neblina de la habitación vio que sus guardianes se dispusieron a realizar sus asuntos diligentemente, recogiendo desechos oscuros esparcidos por la mesa, restos de una labor abandonada hacía tiempo o que ya no era practicada de la misma manera. Depositaron este material en un gran baúl y lo cerraron con llave. Luego, con el estudiado automatismo de portadores de tumba, elevaron el baúl por las asas y se lo llevaron descendiendo por las escaleras en medio

de la habitación y arrastrando los pies por los escalones de aquella enorme torre prisión. Y los ecos disminuyeron abajo en las profundidades.

Con los lentos movimientos de un durmiente despertado prematuramente, se apartó de la mesa. Y fue entonces cuando vio que la habitación contaba con una ventana, una sola abertura sin cristal. Pero tan llena estaba esta abertura de la negrura exterior que parecía tan sólo una sombra pintada en la pared. Avanzó lentamente por los montículos de papel y otros desechos esparcidos por el suelo, teniendo cuidado con las trampas que le tendía la luz fracturada, y se apoyó sobre el alféizar de la ventana. A lo lejos podía ver dos figuras diminutas con un baúl en miniatura balanceándose entre ellos. Se encogieron aún más en la reposada distancia y finalmente desaparecieron en el interior de uno de aquellos oscuros y pesados edificios apiñados en las estrechas calles. Se parecían tanto estos edificios que no lograba decidir por cuál habían entrado, aunque tenía ciertas sospechas. De pie junto a la ventana, contempló la gran negrura arriba, que parecía ejercer un extraño magnetismo, una fuerte atracción en la torre que se elevaba hasta rozar este mudo firmamento sin luz. Tras unos instantes, dio la espalda a la ventana. Ahora estaba solo, y no tenía nada que lo mantuviera firme en aquel lugar.

Pero mientras se dirigía a las escaleras para marcharse, se detuvo y miró con atención los montones de despojos esparcidos a su alrededor. Entre esta desbandada de cachivaches parecía haber algo similar a huesos o trozos de huesos, sobras fracturadas de alguna empresa que tuvo lugar allí. Y también había una gran abundancia de papel garabateado y desechado en pleno caos de composición. Sin embargo, cuando analizó con mayor detenimiento esta masa de símbolos caóticos, comenzó a captar unas cuantas pinceladas del tema sobre el que versaban y a leer sobre el naufragio de una aventura desconocida. Tenía la impresión de ver frases, conjuros y fórmulas, y casi oírlas pronunciadas en alto por una voz rota. *El pacto entre los huesos y la negrura*, declamó la voz. *La colección de sombras… sombras que amalgaman huesos… esqueletos que se convierten en sombras*. Y llegó a captar otras cosas: *la tierra despojada de carne… la hedionda tierra descarnada que se eleva hacia la gran negrura*. Este discurso reverberante lo había tomado por su pupilo, y le impartía teorías y práctica: *huesos golpeados hasta su purificación… fragmentos convertidos en brillantes partículas… las sombras plagadas por la voz de las calaveras… las múltiples voces dentro de la negrura eterna… la tenebrosa armonía*. Finalmente, apartó los ojos de estas palabras que no eran palabras. Intentando alejarse de ellas, avanzó a trompicones hacia las escaleras. Pero la voz que decía estas cosas continuó hablándole. A continuación se desdobló en muchas voces que hablaban al unísono. Las cosas ya habían comenzado a cambiar. Y las escaleras ya sólo descendían hacia la negrura, una negrura que crecía en la habitación como una enorme sombra que le rodeaba. Las sombras y su negrura y las voces que poseían. El que había soñado sobre huesos y sombras —huesos y sombras mezcladas — hablaba con estas voces y conocía el nombre que debía pronunciar, el nombre que

desollaría la carne, el verdadero nombre que llamaba a su poseedor hacia las sombras envolviéndolo con pliegues de negrura y arropándole en su mortaja.

Ahora lo habían invocado a él, ahora estaba con ellos. Las cosas habían cambiado y, sin embargo, todo continuaba como antes. Y gritó cuando la sombra buscó sus huesos y cuando sintió que sus huesos se unían a la negrura. Sin embargo, ya no era su propia voz la que sonaba en la torre, sino el reverberante clamor de extrañas multitudes vociferantes.

Tercera parte

Cuaderno de la noche

Los ojos del maestro brillan con secretos

EL repique de esas campanas en la montaña envuelta en niebla significa que el Maestro del Templo está muerto. Y lo cierto de todo este asunto es que los monjes de aquel lugar finalmente lo mataron.

Parece ser que hace algunos años el Maestro del Templo comenzó a exhibir algunos extraños y desagradables comportamientos. Aparentemente, perdió cualquier sentido de decoro terrenal, e incluso el control sobre su propio cuerpo. En un momento determinado una nueva cabeza brotó a un lado del cuello del Maestro, y esta horrible criatura comenzó a lanzar todo tipo de órdenes e instrucciones a los monjes, y sólo el alto sentido de la decencia y el orden de éstos les impidió llevarlas a cabo. Finalmente, el Maestro del Templo fue confinado a una pequeña habitación en una parte aislada del monasterio. Allí cuidaron a su señor, que en otro tiempo fuera sabio y amado, como a un animal. Durante varios años los monjes toleraron los ruidos que el Maestro emitía, las distintas formas que adoptó. Al final, lo mataron.

Se rumorea entre estudiosos de la Iluminación que se puede alcanzar un estado de existencia en el que la propia Iluminación pierde todo significado, con la consecuencia de que así uno se ve sujeto a todo tipo de extraños destinos.

¿Y los monjes? Tras el asesinato huyeron en todas direcciones. Algunos se escondieron en otros monasterios, mientras que otros regresaron a sus vidas cotidianas de habitantes de este mundo. Pero no podían escapar de su pasado simplemente huyendo de él, al igual que no podían librarse de su antiguo amo simplemente matándolo.

Porque incluso tras la muerte de su yo material, el Maestro del Templo sale a la búsqueda de los que en otro tiempo estuvieron bajo su guía, y ahora ha conferido a estos infelices discípulos, y de forma un tanto insistente, su terrible Iluminación.

Salvación mediante la perdición

EL cuarto de la torre parecía echársele encima mientras dormía, así que volvió a medirlo y descubrió que sus dimensiones no habían cambiado. Todavía no del todo convencido, lo volvió a medir una segunda vez, y luego una tercera. Luego se despertó y lo volvió a medir una cuarta vez, dando pasos entre las paredes de la habitación de la torre. «Estoy midiendo mi propio ataúd», susurraba entre dientes mientras mantenía la mirada clavada en las losas manchadas del suelo.

Examinó de nuevo todos los rincones de su austera celda. Luego se arrimó a la puerta baja y sin pomo y, pegando la mejilla contra la gruesa y astillada madera, entornó los ojos por las estrechas ranuras de la rejilla de hierro para observar el pasillo circular de la torre. Primero echó la mirada en una dirección y luego, cambiando de costado hacia el lado contrario de la rejilla, en la otra. Ambas direcciones ofrecían las mismas vistas: una hilera de puertas de celdas, y cada una de ellas con un guardia armado vigilando junto a ella, que empequeñecía progresivamente en la perspectiva circular del pasillo. Era el nivel más alto de la torre más alta del castillo, un lugar tranquilo cuando los prisioneros descansaban. A continuación, un gemido entre dientes rompió el silencio, y lo despertó una segunda vez de un segundo sueño. Midió las dimensiones de su celda una vez más, examinando todos los rincones, y luego observando el pasillo circular al otro lado de las delgadas ranuras de la rejilla de hierro.

Volvió a acercarse una vez más a la ventana en forma de arco de su celda. Esta abertura, el único medio de escape aparte de la puerta baja, había sido diseñada para albergar cuatro pares de puntas metálicas afiladas: dos pares se proyectaban desde el lado derecho y el lado izquierdo, dos se cerraban por la parte superior y la inferior, y todas formaban una especie de cruz cuyas partes no coincidían perfectamente. Pero incluso si se salvasen estos obstáculos afilados, aún quedaría por delante un peligroso descenso hasta tierra firme. No había ninguna forma de asegurar los cruciales apoyos de pies y manos necesarios para descender una pendiente como la de la muralla exterior del castillo, y tampoco había posibilidad de esconderse, incluso durante las vigilantes noches más oscuras del castillo.

Desde la ventana se divisaban las montañas soleadas, el cielo azul y el susurrante bosque, un retablo aparentemente infinito de naturaleza que, en otras circunstancias, podría haber sido considerado sublime. En las circunstancias actuales, las montañas y el bosque, quizás el propio cielo, parecían estar plagados de enemigos humanos y obstáculos naturales, haciendo que el mero sueño de escapar fuera una total imposibilidad.

Alguien lo sacudía en esos momentos, y se despertó. Era media noche. Al otro lado de la ventana una brillante luna creciente colgaba en medio de la negrura. En el interior del cuarto había dos guardias y una figura encapuchada que sujetaba un farol.

Uno de los guardias inmovilizó al soñador contra el suelo, mientras el otro hurgaba por debajo de su camisa y le arrebataba un arma escondida que había fabricado recientemente con un fragmento de uno de los muros de piedra del cuarto de la torre.

—No te preocupes —dijo el guardia—, te hemos estado vigilando.

Luego la figura encapuchada agitó el farol hacia la puerta y el prisionero fue conducido fuera, arrastrando los pies por la oscura piedra del suelo.

Descendieron de las estancias de la torre —atravesando innumerables escaleras y largos pasajes iluminados con antorchas— hasta la parte más profunda del castillo, a muchos metros bajo tierra. Esta zona era un conjunto de amplias estancias, todas ellas equipadas, desde sus fríos suelos terrosos hasta sus elevados techos apenas visibles, con una gran variedad de artilugios. Además de los incesantes ecos de una gélida filtración que goteaba desde la superficie, el único sonido discernible era el chirrido de este increíble sistema de máquinas, con la excepción ocasional de algún gemido desgarrador.

Pusieron su cuerpo en un arnés y lo izaron hasta que las puntas de sus dedos apenas rozaban el suelo. La figura encapuchada dirigía la operación por medio de una secuencia de señales. Durante un paréntesis en medio de su agonía, el prisionero intentó una vez más explicar a sus acosadores que estaban cometiendo un error… que él no era quien ellos pensaban que era, que estaba sufriendo el castigo de otro hombre.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó la figura encapuchada, con un tono de voz casi amable que no había empleado con anterioridad.

Al oír estas palabras, apareció una expresión de profunda confusión en el rostro del prisionero, bastante distinta a las anteriores expresiones de mero tormento físico. Y aunque no se le aplicó ninguna nueva tortura, todo su cuerpo se arqueó grotescamente en agonía mientras emitía un solo grito imperturbable antes de caer inconsciente.

—Despiértalo —ordenó la figura encapuchada.

Intentaron hacerlo, pero su cuerpo permaneció inmóvil colgado de las cuerdas, doblado y retorcido en su arnés. Ya lo habían reavivado por última vez, y sus sueños de mediciones y dimensiones exactas ya no serían interrumpidos, perdidos como estaban ahora en un sinsentido informe de inconsciencia.

Nuevos rostros en la ciudad

ES necesario hablar de la ciudad impostora.

Nunca se planea llegar a este lugar. El destino siempre es otro. Sólo cuando se llega al final del viaje demasiado pronto, o a través de una extraña ruta, pueden surgir las sospechas. Y luego se debe contemplar todo con una mirada incrédula.

Sin embargo todo parece también estar fuera de cualquier duda sensible. Puede ocurrir que uno se dirija hacia una gran metrópoli, y aquí encuentra el mismo sitio que busca. Sus monumentos se alzan asombrosamente hacia brillantes cielos, a pesar de que una neblina impropia de la estación pueda oscurecer sus lugares más ilustres.

Pero aquí uno pronto es consciente de que oscurece a destiempo. Quizás ocurra inesperadamente pronto, trayendo consigo una oscuridad de cualidad y duración desconocidas. Durante estas asfixiantes horas pueden escucharse sonidos que constriñen de manera extraña los márgenes del sueño.

El día siguiente pertenece a una estación del año sombría. Y todas las torres de la gran metrópoli se han marchitado bajo una niebla que ahora se posa sobre los edificios más bajos y cubre el cielo con un pálido telón.

A través de la niebla, que flota espesa e inmóvil, la ciudad proyecta los rasgos de su verdadero rostro. Pardos edificios ruinosos aparecen en las calles que se extienden sin orden alguno como grietas entre piezas de un rompecabezas. Las oscuras casas se comban; no son ni de piedra ni de madera; la superficie podría perfectamente ser de carne putrefacta que cede ante el más mínimo toque.

Algunos de estos edificios son meras fachadas apoyadas sobre un vacío. Otros falsifican sus interiores con burdas escenas pintadas donde debieran estar las ventanas. Y donde aparecen ventanas reales hay con toda probabilidad algún brazo colgando de ellas, un brazo oscilante y de peluche con una mano con muy pocos o demasiados dedos.

Aquí y allá remolinos de detritus saltan sin que sople viento que los guíe. Ésas son las únicas cosas que parecen moverse por estas calles, aunque se escucha un constante rasgueo que le pisa a uno los talones. Si uno para durante un instante para mirar por el estrecho espacio entre los edificios, podría llegar a ver algo que se arrastra por el suelo, o quizás ya tumbado atravesando la calle, obstruyendo la salida de la ciudad. Esta figura es sólo la de un maniquí de mirada muerta; sin embargo, cuando uno intenta saltar por encima de esa cosa, su boca se abre repentinamente. Eso es lo único que la ciudad puede hacer en ese momento… una farsa de amenaza sin vida, y que no engaña a nadie.

Sólo más tarde —cuando uno se marcha disgustado de este lugar de imposturas poco convincentes— se da a conocer por sí misma la verdadera amenaza. Y comienza cuando los entornos conocidos inspiran, en ocasiones, momentos de incertidumbre. Entonces los lugares deben verificar su existencia, los objetos deben probar su

solidez, una mano escudriña la superficie de una ventana.

Después hay intensos ataques de sospecha que no amainan. Todo parece estar al borde de revelar su irrealidad y de esfumarse entre las sombras. Y las propias sombras se derrumban y caen deslizándose por los tejados, gotean por las paredes y sobre las calles como lluvia negra. Los propios ojos de uno observan ausentes el espejo; y la boca de uno se abre aterrada.

Otoñal

CUANDO el paisaje muere, descendiendo flagrante hasta la tierra, solo nosotros nos alzamos. Después de que la luz y el calor hayan desaparecido del mundo, cuando todos sufren melancolía junto a la tumba de la naturaleza, solo nosotros regresamos para hacerles compañía. Ésta es la estación en la que renacemos. El suave susurro de los árboles de verano se ha transformado en un seco chirrido en el gélido viento, y sentimos un hormigueo en nuestros oídos mientras yacemos en las oscuras profundidades de nuestros lechos. Hojas secas arañan nuestras puertas, llamándonos para que salgamos de nuestros solitarios hogares.

Vamos atontados a la deriva alejándonos de las sombras: acomodados en el olvido, no disfrutamos especialmente de que nos saquen al abrasador aire para la distracción de algún desconocido y travieso creador, un bromista cósmico, maestro de los trucos. Pero puede que haya una vieja granja donde campos en otro tiempo abundantes y perfectamente arados, ahora se extienden en barbecho y abandonados por todo a excepción de unas cuantas cañas desgreñadas. Somos testigos de la escena y, con lo que nos queda de nuestros labios, sonreímos. Bajo una afilada luna guadaña, ahora ansiamos saciarnos.

No odiamos a los vivos, o al menos no más que la noche odia al día; como ellos, se nos ha asignado una tarea que debemos realizar lo mejor que podemos. Por muy asqueados que nos sintamos, somos irremediablemente supersticiosos acerca de rehuir ciertas obligaciones, y es que hay algunas obligaciones que ni tan siquiera la fuerza de un letargo póstumo puede eludir.

Así pues, las noches en las que una lluvia gélida gotea de los aleros, cuando todas las barreras de luz y exuberancia caen, nuestras imágenes aparecen para acechar y atormentar. Siluetas marchitas en las entradas, bultos agazapados en rincones, formas descarnadas en sótanos y áticos… ¡repentinamente encendidos por un relámpago! O quizás iluminados por la llama pasajera de una vela, o el suave fulgor azul de la luz de la luna. Pero no se produce realmente ninguna conmoción, ninguna sorpresa. Los desafortunados testigos de nuestra demente verdad ya están medio idiotizados por la aterradora espera. Nuestro horror es esperado, dadas las antinaturales propensiones de la estación del año.

Cuando el mundo se torna gris de camino al blanco, todos los corazones vivos nos invocan con su miedo, y si las circunstancias son favorables respondemos. Nos llevamos a tantos como podemos a la tumba con nosotros, porque ésa es nuestra tarea. Nuestro ciclo inconsciente va a destiempo de las estaciones de la naturaleza: nosotros vamos por nuestro propio camino, divagaciones de materia que ansían acabar con la farsa de todas las estaciones, naturales o sobrenaturales.

Y siempre soñamos con el día en el que todos los fuegos del verano se apagan, cuando todo el mundo, como una hoja marchita, se hunde en la fría tierra de un

mundo sin sol, y cuando incluso los colores del otoño se marchitan por última vez, disolviéndose en la desolada blancura de un invierno eterno.

Podría ser un sueño

AL otro lado de las ventanas se extiende una densa niebla por el cementerio, y unas cuantas luces brillan en brumosas profundidades, reluciendo como viejos faroles en una calle vacía. La noche comienza suavemente.

Dentro de la ventana hay barrotes finos, tanto verticales como horizontales, que la dividen en varias ventanas más pequeñas. En las intersecciones, estas barras forman cruces que se reflejan más allá de los cristales, en aquellas otras cruces que sobresalen entre la niebla pegada a la tierra del cementerio. Lo que contemplo por la ventana tiene toda la apariencia de ser un cementerio en las nubes.

Sobre el alféizar de la ventana hay una vieja pipa que parece haber sido mía en otra vida. La oscura cazoleta de la pipa debió de iluminarse con un fulgor dorado y rojizo mientras fumaba y miraba por la ventana al cementerio. Cuando el tabaco se consumió por completo, quizás golpeé suavemente la pipa contra la pared interna de la chimenea, rociando las maderas y piedras con cenizas calientes. La chimenea está encastrada en una pared perpendicular a la ventana. Al otro lado del cuarto hay un enorme escritorio y una silla de respaldo alto. La lámpara situada en el rincón derecho más alejado del escritorio debe servir de iluminación a toda la habitación, un modesto accesorio que añade su luz a la de aquellos pálidos faroles al otro lado de la ventana. Hay algunos libros viejos, plumas y papeles esparcidos por el escritorio. En las sombrías profundidades de la habitación, sobre la cuarta pared, hay un altísimo reloj que marca las horas silenciosamente.

Éstos son, entonces, los principales objetos del cuarto en el que me encuentro: ventana, chimenea, escritorio y reloj. No hay puerta.

Nunca soñé que morir mientras se duerme pudiera implicar el propio sueño. Quizás soñé con frecuencia con esta habitación y ahora, cuando estoy al borde de la muerte, me he convertido en su prisionero. Y aquí mi forma sin sangre está cautiva mientras mi otro cuerpo yace en algún lugar inmóvil y sin esperanza. No cabe ninguna duda de que mi presente estado carece de realidad. Aunque sólo sea eso, sé lo que es soñar. Y aunque aquellas luces al otro lado de la ventana, aquella niebla y el cementerio inspiran un universo de extraña sensación, no son más reales que yo. Sé que no hay nada más allá de aquellas luces y que el oscuro terreno allá fuera jamás podría soportar mis pasos. Si me aventurase allí fuera, caería directamente en una absoluta oscuridad, en lugar de aproximarme poco a poco a ella en mis sueños moribundos.

Y es que otros sueños precedieron a este… sueños en los que veo luces más brillantes, una niebla incluso más densa, y lápidas con nombres que casi puedo leer desde la distancia de esta habitación. Pero todo está apagándose, disolviéndose y oscureciéndose. El siguiente sueño será aún más oscuro, y todo estará un poco más confuso, mis pensamientos… vagarán. Y los objetos que forman ahora parte de la

escena pronto desaparecerán; quizás incluso mi pipa —si es que realmente fue mía en alguna ocasión— desaparezca para siempre.

Aquellas luces parpadeando en la niebla parecen el mismísimo rostro del infinito, los rasgos definidos de una máscara vacía. El reloj comienza a sonar en el cuarto y durante un instante el silencioso vacío encuentra una voz reverberante. Todo se oscurece, se disuelve… el siguiente sueño será todavía más oscuro. Y cuando me despierte el cuarto estará más oscuro, se disipará a mi alrededor como si fuera niebla, una niebla negra en la que todo se ahogará y todos mis pensamientos desaparecerán para siempre.

Pero de momento estoy seguro en mi sueño, este sueño. Al otro lado de la ventana se extiende una niebla densa por el cementerio, y unas cuantas luces brillan en brumosas profundidades, reluciendo como viejos faroles en una calle vacía. La noche comienza suavemente.

Muerte sin fin

ANTE otros, siempre intentó dar la impresión de que vivía en un lugar mejor que en el que vivía realmente, uno mucho más confortable y mucho menos deteriorado. «Si pudieran ver cómo son las cosas en realidad, pudriéndose a mi alrededor».

Sintiéndose un tanto taciturno, cerró los ojos y se hundió en sombríos pensamientos. Estaba sentado en una mullida silla enguatada en la que habían saltado los muelles en varios lugares de su desgastada tapicería.

—¿Te gustaría saber qué se siente al estar muerto? —imaginaba que le preguntaba una voz.

—Sí, me gustaría —se imaginaba a sí mismo respondiendo.

Un caballero desaliñado pero con apariencia digna —así imaginaba a la voz— le condujo por las puertas del cementerio (que estaban descascarilladas por su antigüedad y chirriaban al mecerse al viento, justo como siempre se las había imaginado). Las lápidas extrañamente ladeadas, el bosquecillo alrededor de árboles levemente trémulos, el suave cielo gris arriba, el frío aire que olía sutilmente a podredumbre:

—¿Entonces es así? —preguntó esperanzado—. ¿Las últimas horas de la tarde de un otoño perpetuo?

—No exactamente —respondió el caballero—. Por favor, siga prestando atención.

La orden del caballero tenía obviamente una intención irónica, porque ya no había nada a lo que prestar atención: ni lápidas, ni árboles o cielo, ni había fragancia alguna que pudiera ser percibida a ciegas.

—¿Es así? —preguntó una vez más—. ¿Un cuerpo congelado en la negrura, una noche perpetua de invierno?

—No precisamente —contestó el caballero—. Permita unos segundos para acostumbrar su visión a la oscuridad.

Entonces comenzó a percibir, brillando con una iluminación glacial, una fosforescencia subterránea o extraestelar. En un primer momento, el cadáver radiante que veía parecía estar rígidamente erguido, pero no tenía forma de calcular su ángulo de perspectiva, el cual, de hecho, podría estar situado en algún punto directamente sobre el cadáver extendido en horizontal, en lugar de frontalmente ante él. Al igual que sus ropas mohosas, la carne del cadáver estaba hecha jirones, tenía los labios apergaminados hasta quedar convertidos en manchones polvorientos sobre un pálido sudario, ojos resecos en el caparazón de sus cuencas, y el cabello un mero mechón de polvo. Y en ese momento se imaginó la sensación de muerte que hasta entonces había escapado a su imaginación. Esta sensación era simplemente una sensación de picor eternamente prolongada.

«Sí, por supuesto —pensó—, así es como debe ser realmente, un increíble picor cuando todos los fluidos han desaparecido y la carne a jirones se irrita contra la ropa

a jirones. Un terrible picor y nada más, nada peor». Entonces, en alto, preguntó al viejo caballero:

—¿Es así, entonces, como se supone que uno se siente al estar muerto? ¿Sólo esto y no el absoluto e inimaginable horror que siempre temí que fuera?

—¿Es eso lo que quieres tener ahora, este conocimiento verdadero? —preguntó una voz, aunque no era la voz del desaliñado aunque digno anciano que había imaginado al principio. Era una voz totalmente distinta, una voz extraña que le prometió—: El verdadero conocimiento será tuyo.

Pasó mucho tiempo antes de que su cuerpo fuera encontrado, con sus huesudos dedos escarbando el material destrozado de un sillón mullido y enguatado con el cuero ajado y cubierto del polvo de la habitación. Sus descubridores fueron unos conocidos que acudieron para saber qué había sido de él. Y mientras permanecían durante unos instantes paralizados donde estaba su cadáver sentado, unos cuantos, de forma inconsciente, se rascaron ligeramente bajo los cuellos de sus camisas o bajo las mangas de sus camisas.

Además del trauma que supuso este inesperado descubrimiento, también se produjo una conmoción menor debido al ruinoso estado de la casa del hombre muerto, que no era en absoluto el lugar que sus conocidos creían que iban a encontrar. Pero de alguna forma siguió siendo el lugar idealizado de sus imaginaciones cuando, durante las tardes de otoño o las noches de invierno, se acordaban de lo que encontraron en el sillón, o cuando simplemente reflexionaban sobre el fenómeno de la propia muerte. Con frecuencia, acompañaban estas cavilaciones rascándose ligeramente una o dos veces detrás de las orejas o en la base del cuello.

Lo desconocido

HABÍA perdido a su guía, o quizás había sido abandonado por aquel enjuto y nervioso nativo de la ciudad, y ahora vagaba solo por extrañas calles. La experiencia no le resultaba del todo ingrata. Desde el primer momento en que fue consciente de la separación, las cosas comenzaron a ser más… interesantes. Quizás esta transformación había comenzado incluso antes de que fuera totalmente consciente de su situación: la estrecha entrada de cierta calle o los sombríos pináculos de cierto edificio aparecían un tanto amenazadores en los proféticos límites de su visión, placenteramente amenazadores. Ahora sus ojos estaban inundados con la visión de una escena inquietante, y verdaderamente extraña.

Se acercaba ya la noche y las arquitecturas más altas —los tejados extrañamente curvados, los pináculos casi ladeados— se transformaban en formas anónimas de contornos afilados por el bajo resplandor del oeste. Y estos monumentos angulares que bloqueaban el sol cubrían las calles con una espesa capa de sombras, de manera que, aunque el radiante cielo azul seguía reluciendo arriba, aquí abajo ya anochecía.

La confusión aletargada de las calles, el estruendo toscamente musical de sonidos extraños se hicieron aún más misteriosos sin la luz del día y sin su guía. Era como si la ciudad se hubiera fundido con las sombras expandiéndose bajo la cobertura de la oscuridad, como si celebrase allí cosas increíbles, ofreciendo todo tipo de fabulosas atracciones. Una luz dorada comenzó a inundar las ventanas y a derramarse sobre la argamasa descascarillada de las viejas paredes.

Ahora su atención fue atraída hacia un edificio bajo al final de la calle y, evitando cualquier pensamiento que pudiera disminuir su sensación de libertad, entró en su vestíbulo iluminado.

El lugar era de carácter indefinido. Una vez dentro, recibió una mirada no poco cordial de un hombre que ordenaba algunos objetos en una estantería de la estancia y que se volvió brevemente para echar un vistazo por encima del hombro al visitante extranjero. Al principio este hombre, que debía de ser el propietario, apenas era perceptible, porque el color y textura de su atuendo de alguna manera lo confundían, como un camaleón, con la decoración que le rodeaba. El hombre sólo se hizo visible tras mostrar su rostro, pero al volver a girar la cabeza regresó al anonimato del que había sido sustraído momentáneamente por la intrusión del cliente. Aparte de él, no había nadie más en la tienda y, tras ser ignorado por el invisible propietario, pudo ojear libremente en los estantes.

Y menuda mercancía había expuesta. Verdaderas curiosidades de un millar de formas retorcidas se apilaban en los estantes más bajos, captaban la mirada del visitante al nivel de los ojos, y le observaban lascivamente desde sombrías y polvorientas alturas. Algunas de ellas, particularmente las muy pequeñas, pero también las más grandes acurrucadas en rincones, no tenían conexión alguna con

nada de lo que hubiera visto antes. Podrían ser reliquias de extraños dioses, o juguetes para monstruos. Su sentimiento de libertad se intensificó. Estaba embargado por la sensación de que algo desconocido estaba a punto de entrar en su vida, algo que, en otras circunstancias, podría haber pasado de largo. Tenía una sensación de miedo, pero un miedo cargado de la pasión más oscura. Ahora se sentía como la víctima de alguna enorme conspiración que involucraba hasta los confines más alejados del cosmos, innumerables complots y todos apuntándole a él. Ocultos presagios brotaban por todos lados y la cabeza le daba vueltas: primero con imágenes y posibilidades indefinidas, luego con… oscuridad.

Resultaba imposible saber en qué lugar despertó más tarde. Bajo tierra, quizás, debajo de la tienda de tan peculiares mercancías. Desde ese momento permaneció siempre en la oscuridad, excepto en aquellas ocasiones en las que sus cuidadores bajaban e iluminaban con una lámpara su monstruosa forma. (*La víctima de una magia terrible*, susurraba el guía). Pero la brillante luz nunca interrumpía sus sueños, porque su forma en esos momentos no estaba equipada con nada que hiciera la función de los ojos.

Más tarde, se cobraba el dinero a los espectadores visitantes, a los que se les había exigido jurar total silencio antes de permitirles contemplar esta maravilla. Y, aún más, después eran asesinados para asegurar la inviolabilidad de su juramento. Pero cuán más afortunados se sentían éstos, al abandonar sus vidas con la reciente sensación de haber experimentado aquella maravilla exótica por la que habían viajado desde tan lejos, que él, para quien todas las distancias y extraños encantos habían dejado de existir desde hacía tiempo dentro de aquella estrecha y anónima prisión en la que encontró su terrible hogar.

La carrera de pesadillas

NADIE sabe cómo se entra; nadie recuerda la ruta por la que se llega a esas escenas. Quizás exista un blando túnel de negrura, posiblemente sin paredes ni suelo sólidos, un receptáculo aerodinámico en el que se llega flotando hasta una oscura terminal. Luego, repentina e inesperadamente, una luz se enciende derramándose, y objetos de atrezzo aparecen por todas partes, el escenario ya está preparado y es aprendido en un segundo, mientras que ese acceso a la negrura —ese sombrío viejo túnel— es olvidado. Por otro lado, quizás no haya una puerta de entrada hacia el sueño, ningún primer acto del drama: una galería de maniquíes abruptamente despiertan y comienzan a declamar sus papeles en mitad de su frase, sin un comienzo al que regresar.

Pero lo importante no es comenzar, sino continuar; no es llegar sino permanecer. Ésta es la condición fundamental, sobre la que todas las otras arraigan y crecen: la restricción, el encarcelamiento, es la ley de la estructura. Y esta estructura, ahora de hecho un edificio, es extraña; completa en sí misma, no forma parte de un paisaje mayor, como si unas montañas perfectamente pintadas se hubieran quedado sin lago o cielo en un amplio lienzo blanco. ¿Es un hospital? ¿Un museo? ¿Un laberinto gris de oficinas? ¿O simplemente una… institución sin nombre?

Tanto da lo que haya fuera, o dentro… para aquellos que están allí por lo que realmente importa… es muy tarde, y por alguna razón se ha pasado la hora de una cita crucial.

¿En qué habitación se suponía que iba tener lugar? ¿Es esta al menos la sección correcta del edificio, la planta correcta? Todos los pasillos parecen el mismo —sin iluminación adecuada ni viandantes serviciales— y ninguna habitación está numerada. Pero los números no son de ninguna ayuda, ir de una habitación vacía a otra es inútil. Ese encuentro crucial ya se ha perdido y nada en este mundo puede compensar esta pérdida.

Finalmente, se alcanza una especie de clímax en las sombras bajo una escalera, donde uno encuentra refugio de las consecuencias del fracaso.

Y dentro de este aparente refugio se produce un acontecimiento totalmente nuevo: una multitud de arañas enormes oscilan en telarañas colgantes por encima y alrededor tuyo. Tu presencia las ha molestado y comienzan a moverse maniobrando con sus inusuales cuerpos. Pero, por muy horribles que puedan ser, sabes que las necesitas.

Porque ellas son las únicas que te pueden mostrar la salida; es su tacto lo que te guía y te recuerda cómo librarte de esta tortura. Todo el mundo recuerda este vuelo final desde la pesadilla; todo el mundo sabe cómo gritar.

El médico

OTRA fiesta, en esta ocasión muy apartada: una destartalada casa vieja al borde del bosque, y pinos de fondo que aguijoneaban la luna. Todo el mundo tenía un aspecto *horrible*, el peor que jamás hubiera visto, pero, de alguna manera, vestían con elegancia. Las mujeres, con rostros color de cera, llevaban largos vestidos con largas mangas rematadas en guantes de satén; medias negras cubrían lo poco que podía ver de sus piernas; y el poco pelo que les quedaba lo usaban para ocultar, con patética precariedad, la amarillenta y sebosa piel de sus frentes, mandíbulas y mejillas. Un minucioso maquillaje de ojos les ayudaba enormemente. Por su parte, los hombres recurrían a gafas oscuras y grandes sombreros con amplias alas un tanto lacias. Al menos, la *mayoría* de los hombres iban así ataviados (¡en esta ocasión!); y cuánto deseé que los que no iban así cubiertos lo estuvieran. Todos sostenían copas de champán de delicados tallos de cristal y galaxias de burbujas, pero incluso un cristal tan exquisito parecía sobrecargar en exceso sus delgadas manos difíciles de controlar. Era de suponer que se derramaba bebida con frecuencia, aunque, como siempre, se esforzaban por que las pérdidas de líquido fueran mínimas. Fui testigo de dos de estos contratiempos, que dejaron empapados los frontales de los caros vestidos de noche de las pobres víctimas, y estoy seguro de que hubo muchos más. Afortunadamente, el champán era un líquido incoloro (el doctor había mostrado gran consideración en este detalle), y sólo dejaba un manchón de humedad que se secaba pronto.

Decidí llevar gafas oscuras para variar, pero mi espesa cabellera peinada seguía distinguiéndome entre la multitud. El doctor me reconoció casi inmediatamente y me guio hacia un rincón tranquilo.

—Podrías haberte puesto también un sombrero, ¿sabes? —me recriminó.

—Tú nunca llevas ni sombrero ni gafas —contesté—. Y siempre he querido preguntarte por qué te gusta llevar esa espesa barba. Debe de ser desesperante para todos los hombres en este salón, a excepción de mí mismo.

—Soy su médico. Aunque en ocasiones me detesten por ello, en sus corazones se alegran de que yo no sea como ellos. ¿Qué te parece la fiesta?

Por alguna razón, no me apeteció entretenerme con las mentiras habituales.

—No esperarás que esté entusiasmado —dije, pero el doctor fingió no oírme. Aunque parezca extraño, creo que realmente posee un cierto orgullo de anfitrión al abordar estos tristes asuntos. Mientras que mi propia compostura puede ser sólo atribuida a una taciturna necesidad del dinero del buen doctor, él parece estar totalmente cómodo con lo horrible.

—Has llegado un poco pronto esta noche, ¿no? —preguntó, mirando su reloj.

—¿Quieres que me vaya?

—No, en absoluto. Es sólo que, bueno, ya ves lo nerviosos que se están poniendo desde que has llegado. Creo que pensaban que tendrían más tiempo. Podrías mostrar

un poco más de consideración.

—¿Y qué lograría mostrando más consideración? —dije con un tenso susurro—. ¿Crees que eso mejoraría las cosas?

Sabía que no y no respondió nada.

—¿Quieres que desaparezca durante un rato? —dije, cubriendo discretamente las palabras con mi mano. El doctor asintió con gravedad—. Creo que me perderé por las habitaciones del piso de arriba de esta grande y hermosa casa. Avísame o lo que sea cuando quieras que comience.

Se rascó la barba ruidosamente, lo cual interpreté como la señal de que me fuera.

Permanecí en el piso de arriba mucho más tiempo que nunca antes. Las luces no funcionaban. Sentado en un trapecio de luz de luna durante muchos silenciosos minutos. Comencé a preocuparme y bajé de nuevo al piso de abajo antes de que el doctor me diera luz verde.

Estaba todo muy silencioso, demasiado. El doctor estaba derrumbado a los pies de la escalera, tenía el rostro enterrado entre las manos. Estaba sollozando débilmente y se decía a sí mismo:

—Mal, mal, está todo mal.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Han huido todos por la puerta trasera —dijo, señalando la dirección—. Deben de estar ya en el lago.

—Ningún problema —dije consolándole—. Lo haré allí.

Me miró directamente a los ojos, y no me gustó la mirada de sus viejos ojos de cirujano.

—No lo entiendes.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, aunque no habría sido necesario.

—Todavía conservan bastante de sus cerebros —respondió él, aunque también en este caso no habría sido necesario. Pero me sorprendió cuando añadió—: Y bocas, también. Bocas que pueden hablarte.

No había ninguna razón para que vacilara ni un segundo más, ni para seguir pensando sobre todo ello. Avancé rápidamente, aunque sin perder la compostura, hacia la puerta en la parte trasera de la vivienda; pero, en cuanto se cerró de golpe tras de mí, me puse a correr tan rápido como pude hasta el lago entre los pinos. La luna arriba estaba llena, brillante y hermosa.

Seguí las voces que se mezclaban con los sonidos del viento. Cuando llegué al lago, los vi gateando por la orilla. Pero algunos de ellos ya habían comenzado esa especie de baile tan terrible de contemplar: ninguno de ellos era más grande que un plato y sus múltiples patas (que ya tenían pinzas) irradiando alrededor, lo que les hacía parecer molinetes sacrílegos girando bajo la luz de la luna. Muy aterrador. Y el doctor tenía razón, aún les quedaba mucho cerebro. Demasiado… sabían lo que les estaba ocurriendo. No como las otras veces. Y tenían sus bocas, sin duda, justo en medio de sus crispados cuerpos rosáceos. Cuando se apercibieron de mi presencia,

comenzaron a corretear alrededor de mis pies.

—Mátanos, mátanos —gritaban con sus múltiples pequeñas voces—. Mátanos antes de que cambiemos aún más. Algunos de nosotros estamos bailando. Otros se han hundido en el lago para siempre. Mátanos, por favor, mátanos.

—Para eso estoy aquí —dije, pero sólo entre dientes.

Recogí unas cuantas rocas pesadas y comencé a trabajar. Creo que conseguí acabar con todos. Más tarde, cuando regresé a la casa, le dije al doctor que había acabado con todos. Y él no dudó de mi palabra. Necesitaba creerme, pobre hombre. Además, me prometió que tomaría precauciones para asegurarse de que este tipo de cosas no volvieran a pasar nunca más. Me pagó un dinero extra que hizo que todo hubiera valido la pena.

El hombre demonio

INCLUSO en la oscuridad parecían permanecer, fenómenos a medio tono desfilando diáfanos hasta que se difuminaban en el amanecer. Con los ojos abiertos o cerrados, la lámpara encendida o no, sentía que amenazaban con atravesar el umbral y manifestarse al otro lado del sueño. Sus rostros comenzaban a oscurecer el aire, y luego a disolverse. La luz en su cuarto se moldeó momentáneamente formando fantásticas extremidades que entraban y salían del reflejo brillante de sus gafas. Una ráfaga de aire se hizo más espesa y fétida, y rozó ligeramente su mejilla.

Por la mañana salió pálido de su casa, otra noche que le había sido arrebatada por amos desfigurados, un poco más de sí mismo se escapaba hacia el negro espejo de los sueños. Al principio recuperaba parte de las pérdidas de la noche anterior, pero cada vez recuperaba menos de la vida que poseía. La presencia de ellos estaba ahora con él, una niebla invisible le rodeaba y distorsionaba sus sentidos. Las calles que recorría parecían inclinarse bajo sus pies; una escena en la distancia se retorcía perdiendo toda apariencia terrenal y sugiriendo las remotas latitudes de la pesadilla. Unas voces le susurraban desde las profundidades de escaleras y apartados rincones en vestíbulos. En cierta manera las nubes deshilachadas transportaban un olor a matadero que le perseguía de regreso a la puerta de su hogar y a su sueño.

Y en los sueños cayó, deslizándose inútilmente por calles inclinadas, tropezándose con huecos de escaleras, atrapado en una red de nubes que se desmoronaba. Luego los rostros comenzaron a flotar por encima de él, y dedos afilados hurgaban en su carne. Gritó hasta despertarse. Pero incluso en la oscuridad tuvo la impresión de que seguían allí.

Finalmente le sacaron de su casa y lo lanzaron a las calles, deambulando sin cesar hasta el romper del día. Se convirtió en un buscador de multitudes, pero las multitudes se diluían y lo abandonaban. Se convirtió en un buscador de luces, pero las luces se hacían extrañas y lo conducían a lugares desolados.

Ahora las luces se reflejaban en la negra y brillante superficie de las calles mojadas. Todas las viviendas en aquel vecindario eran maltrechas vasijas agrietadas repletas de oscuridad; todos los árboles estaban totalmente inmóviles. No había ninguna otra alma que lo acompañara, y la luna era una demente.

Estaban allí con él. Podía sentir su tacto costroso, aunque no podía verlos. Mientras siguiera andando, mientras continuara despierto, lograría no verlos. Pero alguien tiraba de una de sus mangas, un frágil hombrecillo con gafas.

Era simplemente un anciano caballero que quería que le indicase el camino por estas sombrías calles, intercambiar unas cuantas observaciones con este agradecido extraño, alguien ansioso por tener compañía en aquella particular noche. Finalmente, el anciano de suave voz inclinó el sombrero y continuó andando lentamente por la calle. Pero tras avanzar sólo unos pasos, se giró y dijo:

—¿Le gustan sus sueños de demonio?
Y en el sueño cayó… y para siempre.

Los maestros de muñecas

EL que está sentado todo confundido me decía cosas. Por supuesto su suave y cuidadosamente bordada boca no se movía, ninguna de sus bocas se movía a menos que yo las moviera. Sin embargo, aún puedo entenderles cuando tienen algo que contarme, lo cual ocurre con bastante frecuencia. Han vivido cosas que nadie creería.

Y están esparcidos por todo mi cuarto. Éste en concreto está en el suelo, tumbado sobre su pequeño estómago y con la cabeza apoyada sobre la cruz de sus dos manos y con un pie diminuto echado hacia atrás en el aire. Aquél está perezosamente tirado sobre un estante vacío, apoyado sobre el codo y con una delgada pierna de fieltro doblada como un triángulo. Están en todos lados: en la chimenea que nunca encendería; en mi sofá más confortable, el cual hacen que parezca gigantesco; incluso debajo de mi cama, muchos, y también dentro de ella. Normalmente ocupo un pequeño taburete en medio de la habitación, y la habitación está siempre muy silenciosa. Si no fuera así, sería difícil escuchar sus voces, que son débiles y ligeramente roncas, como podría esperarse de unas gargantas como las suyas.

¿Quién más los escucharía y expresaría lo que han vivido? ¿Quién más podría entender sus miedos, por muy nimios que pudieran parecer en ocasiones? Es por esto, hasta cierto punto, por lo que dependen de mí. Con paciencia escucho las historias y anécdotas de existencias que están más allá de la comprensión de la mayoría. Nunca, creo, les he dado motivo para sentir que ni la más sutil fluctuación de sus ansiedades, ni el más mínimo matiz de sus preocupaciones, no haya sido percibido por mí ni haya dejado de otorgarle mi más comprensiva consideración.

¿Hablo siempre con ellos sobre mi propia vida? No; es decir, no desde cierto incidente que ocurrió hace algún tiempo. Hasta el día de hoy no he averiguado qué fue lo que me pasó realmente. De forma distraída, comencé a confesarles alguna preocupación trivial, he olvidado por completo de qué se trataba. Y en ese momento todas sus voces se callaron repentinamente, todas sin excepción, dejando un insufrible vacío de silencio.

Con el paso del tiempo comenzaron a hablarme de nuevo, y todo volvió a ser como antes. Pero nunca olvidaré ese periodo de terrible silencio, al igual que jamás olvidaré la expresión de infinita maldad en sus rostros que me dejaron sin habla desde ese momento.

Ellos, por supuesto, continúan hablando sin parar… desde el alféizar y la estantería, desde el suelo y la silla, desde debajo de la cama y dentro de ella.

La hacienda espectral

UNO puede estar solo en la casa y, sin embargo, no estar solo.

Hay tantas habitaciones, tantas galerías y misterios, tantos lugares donde un silencio peculiar resuena con secretos. Todos los objetos y superficies de la casa parecen oscuramente vibrantes, un medio para acercar inquietudes distantes que se sienten, pero no siempre se ven o se escuchan: candelabros polvorientos levantan un remolino en el aire, las paredes se ondulan formando relieves de filigrana, sucios retratos se estremecen dentro de sus marcos dorados. Y aunque la luz en la mayor parte de la casa se ha estancado y convertido en una neblina color sepia, sigue siendo una neblina en fermentación, un aura juguetona que envuelve este museo de trémulas antigüedades.

Así pues, uno no se puede sentir totalmente a solas en esta casa, especialmente cuando se trata de un apartado edificio que cuelga en el mismo borde de la tierra y sobrevuela un océano frígido. Por una de las ventanas altas hay una vista de la costa desapareciendo en aguas grises y turbulentas. Las ventanas más bajas de la casa se abren a las susurrantes profundidades de un jardín desde hace tiempo descuidado y lleno de maleza que brota en prolíficas marañas. Un estrecho sendero atraviesa esta caótica exuberancia y acaba al borde de un denso bosque avivado por un suave pero perpetuo viento. Océano, jardín, bosques… los alrededores poseídos por una turbulencia visible que se hace eco de las invisibles turbulencias en el interior de la propia casa. Y cuando la noche enmascara los movimientos de este paisaje, son las estrellas las que se estremecen alrededor de una lívida y palpitante luna.

Sin embargo se puede no creer que haya un intercambio de influencias entre la casa y el mundo a su alrededor, pero sigue habiendo una presencia que invade cada estancia como si no existieran paredes que las dividiesen.

En el momento en que se llega a semejante casa algo parece moverse al fondo de sus escenarios, una compañía oculta de la que se desconoce su naturaleza. Ninguna paz puede instaurarse en estas habitaciones, a pesar de permanecer solitarias en su propio vacío, abandonadas en su sueño sin sueños. Durante las mañanas más inocentes y las tardes más despejadas, perdura una especie de agitada sacudida de las apariencias, una torpe o experta fusión con la fachada de los objetos. De noche una marea de sombras invade la casa, sumergiendo las estancias en una oscuridad que otorga una mayor libertad a estas caprichosas maniobras.

Y puede que haya cierta habitación en la mismísima cima de la casa, una habitación donde se pueda sentir hasta qué punto la casa ha penetrado en una hacienda bastante más grande: un paisaje sin límites por arriba ni por abajo, una arquitectura infinita cuyo interior es tan tortuoso y vasto como su exterior. La habitación es larga y amplia e incluye una hilera de puertas dobles de lado a lado de una de las paredes, puertas que conducen a un estrecho balcón desde el que se

contempla el océano y directamente arriba el cielo. Y cada puerta está hecha con una serie de cristales, abriendo la estancia a las imágenes del amplio mundo allá fuera y permitiendo la menor división posible entre ellos.

No hay lámparas que funcionen en este cuarto, así que, sin duda, comparte los estados de luminosidad del día o la noche desde el otro lado de las ventanas. Si se descubre este lugar cierta tarde nublada, uno puede instalarse durante interminables horas en un apartado cuarto del que cuelgan las propias nubes y envuelto en un tenue crepúsculo. Y, sin embargo, la habitación parece absorber toda la profundidad que el día ha perdido: mientras que el cielo ha quedado enmarcado en un bajo techo de suaves nubes grises, los oscuros rincones y sombríos muebles se expanden hasta espacios inmensos, enormes pozos y hondonadas que se pierden en la distancia. Ciertamente, los ecos que se escuchan deben de estar resonando fuera de este cuarto, que amortigua los movimientos con su gruesa alfombra profusamente estampada, sus sillones mullidos y su laberinto de mesas, arcones y armarios de oscura y sólida madera.

Porque en este escenario constreñido, emergen ecos que solo un vacío de dimensiones sobrenaturales podría crear. Sin embargo, al principio pueden sonar como un gemido reverberante de las nubes en las que dormita una tormenta. Y entonces parecen imitar el siseo del océano arremolinándose abajo sobre la resquebrajada tierra. Pero, lentamente, los ecos se diferencian de estos sonidos naturales y adquieren su propia voz: una voz que alcanza increíbles distancias, una voz cuyas palabras pierden su estrato de sentido, una voz que se disuelve en suspiros y sollozos y locuras balbuceadas. Cada hornacina, cada forma, cada sombra del cuarto es elocuente con esta voz. Y la atención de uno puede distraerse con este extraño soliloquio, esta música asombrosa. Y así puede que uno no perciba que, cuando la tarde se acerca a la caída de la noche, hay algo más presente en la habitación, algo que ha sido sustraído de la vista y espera alzarse a modo de revelación, como el grito en la garganta de uno.

Los efectos de tales fenómenos pueden ser bastante severos, dejando a sus testigos en una peligrosa orientación entre dos mundos, uno de los cuales impone su locura y sus misterios sobre el otro. Sentimos la proximidad de una oscuridad que sobrepasa la razón terrenal, de una tierra críptica de sueños cuyas sombras se entremezclan con las nuestras, insuflando su intensa vida hacia la tierra sin aire de lo mundano. Durante un tiempo nos conformamos con residir dentro de ese crepúsculo metafísico y morar en la profundidad de sus tonalidades. Durante largo tiempo exasperados por preguntas sin respuestas, por respuestas sin consecuencias, por verdades que no cambian nada, aprendemos a embriagarnos del propio ambiente de misterio, del olor de lo desconocido. Estamos extasiados por las sutiles esencias y temblorosos reflejos de lo inimaginable.

Al principio no es nuestra intención buscar orden entre la locura, o dar un nombre a ciertos misterios. No nos ocupamos de crear un patrón de extrañeza en esa casa. Lo

que buscamos —en toda su pureza primitiva— es la compañía de lo espectral. Pero finalmente, como si estuviéramos poseídos por algún instinto mortal, sucumbimos al espíritu de la intriga e intentamos encontrar un enfoque cotidiano de las glorias amorfas que hemos heredado.

Somos como el hombre que, por legado del destino, se instala en otra casa vieja, una muy parecida a la nuestra. Tras pasar una breve temporada en la cavernosa y elaborada soledad del lugar, se transforma en un espectador de extrañas visiones y sonidos. Luego comienza a dudar de su cordura y, finalmente, huye de las sombras acechantes buscando refugio en una ciudad cercana. Allí, entre la buena sociedad de los ciudadanos locales, averigua toda la historia de la casa (parece ser que hace mucho tiempo tuvo lugar allí una tragedia, un melodrama irreparable que se ha continuado representando muchos años después de las muertes de los actores involucrados). Otros que vivieron en la casa presenciaron los mismos sucesos espeluznantes, y su huésped más reciente se siente profundamente aliviado al saberlo. La fe en su buen estado mental ha quedado triunfalmente restaurada: es la propia casa la que está loca.

Pero este hombre no necesitaba ser así reconfortado. Si el drama espectral pudiera ser rastreado hasta sus últimos orígenes, y otros hubieran sido espectadores de ello, esto no garantizaría que cualquier testimonio sobre la casa no estuviera marcado por la locura. Más bien, sugiere un trastorno, una conspiración de la sinrazón que involucra a una pluralidad de lunáticos, un delirio que abarca el pasado y el presente, casas y mentes, los aislados claustros del alma y los interminables espacios fuera de ella.

Y es que somos los espectros de una locura que nos sobrepasa y se oculta tras el misterio. Y aunque buscamos sentido por innumerables habitaciones, lo único que llegamos a encontrar es una voz susurrando desde un espejo en una casa que no pertenece a nadie.

Asco primigenio

NO puedo imaginar cómo esta voz invadió el sueño a pesar de que no pertenecía a él.

—Oh, vida inteligente del futuro de un idiota —decía—, escucha esta canción. Si al menos pudieras echar un vistazo conmigo desde esta simple roca, esta ordinaria losa que, sin embargo, es también un trono ante los mares agitados y la niebla que envuelve un susurrante paraíso. Y bajo esas aguas turbulentas… la lenta y fiera música de un mundo sombrío de monstruos. Y sobre las tierras lisas… ondulaciones caóticas entre enredaderas y vapores verdosos, la titilante danza de innumerables colas y lenguas. Y arriba en los cielos, manchadas por encima con nubes de ceniza… se baten unas alas curtidas. Oh, bestia caída, si al menos pudieras ver todo esto a través de mis ojos sin párpados, este sagrado mundo inocente de esperanza, con qué ahínco seguirías entonces la muerte de todos tus sueños vacíos.

—Inocente de esperanza, quizás —pensé al despertar en la oscuridad—. Y sin embargo, oh lagarto de ojos separados, te oía cantar algo de tu dolor y tu pánico. Un paraíso de prehistoria, sin duda. Qué finamente expresado. Pero una poesía de vida en todo caso… hecha del mismísimo cieno, del fango como tal.

»Desprecio tu elocuencia y tu mundo, la poesía de una inconsciencia *viviente*, y ahora busco un estilo más simple de aniquilación. Mis esperanzas permanecen intactas. Tus palabras de lengua bífida fueron una mera y burda intrusión en un sueño de cosas mucho más profundas… lo Incomparablemente Remoto.

»Y ahora deja que cierre mis ojos una vez más para seguir en sueños el camino de regreso más allá de *todo* ruido y de números, cayendo en ese mundo donde yo soy hermano del silencio y comparto un solo rostro con el vacío».

Pero la voz del reptil continúa burlándose, noche tras noche. Se reirá y despotricará durante todas las húmedas noches de la historia. Hasta que esa perfecta tapadera de oscuridad caiga sobre este mundo una vez más.

El horror sin nombre

EL lugar era un viejo estudio. Le pareció que estaba abandonado, aunque ¿quién sabe? Ciertamente nada allí estaba en su lugar… ni los cachivaches rotos por todos los rincones, ni los papeles esparcidos, ni siquiera el polvo. Los cristales del tragaluz tenían una costra de este polvo. Sin embargo, ¿quién puede saberlo con certeza? Quizás hubo unos intervalos imperceptibles entre la ocupación y el abandono, alguna delgada fase de las cosas que él simplemente no fue capaz de detectar en aquel momento. Se inclinó y recogió unas cuantas hojas arrugadas, parecían ser dibujos. Entonces, una fina lluvia comenzó a resbalar por los cristales del tragaluz.

Los dibujos. Hojeó un gran fajo página tras página ante sus ojos. Eran tan intricados, todo en ellos estaba formado por extremadamente diminutos cabellos o finas venas, venas de insectos. Había formas: no sabría decir qué se suponía que eran, pero algo de la forma de estas formas, el modo en que se retorcían y brillaban, era sumamente horrible. Una fina lluvia se coló a través de unas delgadas grietas en los cristales del tragaluz: goteaba sobre el suelo y dejaba unas extrañas marcas en el polvoriento suelo del viejo estudio.

Se oía a alguien subiendo las escaleras al otro lado de la puerta del estudio. Así pues, se escondió tras la puerta y, cuando ese alguien entró, él, sin volver la vista atrás, salió. Bajó de puntillas las escaleras y corrió por la calle bajo la lluvia.

Ahora andaba, y la lluvia se escurría con fuerza por las alcantarillas. Y vio que algo más también estaba allí. Parecía la cola de un animal, pero era una cola muy elaborada. Era arrastrada lentamente por el desagüe de la alcantarilla, y se retorcía de manera extraña. Cuando estuvo más alejada, los detalles intricados del objeto —esos elaborados diseños en los que creyó divisar un rostro sonriendo apaciblemente— ya no eran visibles, y se sintió aliviado.

Pero la lluvia caía ahora con más fuerza, y por ello buscó un refugio en la calle. Era sólo un pequeño cuarto con un banco de madera, abierto por un lado, y la lluvia resbalaba por el tejado, largos cordones acuosos de lluvia oscilaban ligeramente al viento. Había mucha humedad allí, y los bordes deshilachados de sombras ondeaban sobre las tres paredes. Olor a humedad, mezclado con algo más, un desagradable enigma invade el lugar, algo en sus mismos perfiles, sus contornos. ¿Qué estaba ocurriendo allí dentro? ¿Y era eso de ahí un poco de sangre?

El banco en el que estaba sentado ahora brillaba húmedo bajo la luz de la luna. En el otro extremo, casi totalmente absorbido por la oscuridad del reducido rincón, había una figura inclinada, casi doblada por la mitad. Gimió y se movió un poco. Finalmente, se enderezó y su intrincado cabello enmarañado se desplomó bajo la luz de la luna. Se deslizó sobre el banco, arrastrando su cuerpo y sus harapos lentamente hacia un lado. Él, por otro lado, no podía moverse ni un centímetro, ni un solo músculo.

Entonces, desde algún lugar dentro de toda esa enmarañada complejidad, se abrieron un par de ojos, y un par de labios. Y éstos le dijeron:

—Permítame decirle cómo me llamo.

Pero cuando la figura se inclinó hacia delante, sonriendo plácidamente, aquellos labios deformes tuvieron que susurrar sus palabras en la fría y húmeda oreja de un cadáver.

Invocación al vacío

CINCO velas ardían en todo momento, en las cinco puntas de la estrella. Nunca se apagaban. El hombre que estaba de pie en el centro era alto, y su frente estaba tensa. La camisa en otro tiempo blanca había amarilleado para reflejar la luna en el oscuro cielo sobre los árboles retorcidos al otro lado de la ventana. Dentro sólo había una enorme habitación vacía con la solitaria estrella, las cinco velas y el hombre.

También estaba el libro, sobre el que el hombre se inclinó para leerlo en el centro de la estrella. El Libro de los Malditos. Hablaba de otros mundos, y el hombre los invocó. Tuvo visiones, visiones en el humo de las velas, bajo la luz de la luna que brillaba sobre el mortecino suelo de la estancia. Los estampados de las paredes giraban a la luz de las velas y de la luna.

Los mundos se abrían en flor y se marchitaban, giraban y se detenían, florecían y se pudrían. En el humo de las velas. Pero todos eran el mismo. Todos tenían distintos colores, exactamente como el que él conocía, y diferentes estaciones: cada una latía como un corazón acorralado.

—Ya basta de sangre —gritó, atragantándose—. Estos mundos simplemente imitan el mío —y, de nuevo—: ¡Basta ya de sangre!

Las velas, la luna, el estampado de la pared y el aullido que se percibía del viento; y todos acordaron darle la bienvenida a este otro mundo, que ya era el de ellos.

Ahora también sería el suyo.

Las llamas apenas se agitaron cuando se estampó contra la estrella, con el rostro tan blanco por encima de su amarilla camisa y bajo la amarilla luna. Un hermoso blanco sin sangre.

Qué idiotas los que pensaron que estaba muerto: los que lo enterraron en aquella tierra pegajosa, tan húmeda y cálida en verano. Y oscura como la sangre.

El falso misterio

DONDE se niega el conocimiento definitivo, el misterio debe reinar. Toda empresa es propiciada por él; todas las palabras se basan en él. Vive sobre todo en las ruinas de ciertas ciudades, donde todo ha sido negado e incluso las sombras se ahogan en el denso éter del misterio.

Se puede dedicar incluso un tipo de culto a las ruinas, consagrando objetos terrenales que en su decrepitud logran un estatus divino. Columnas rotas se desprenden de su carga, renuncian a su función, y se alzan serenamente sobre los escombros de viejos frontones. Y las cúpulas y pináculos que todavía permanecen en alto echan sus redes sobre las grises alturas de un yermo horizonte. Abajo, imágenes talladas de dioses y bestias se abandonan en una fragmentada confusión, sus imágenes en otro tiempo perfectas ahora están apiladas y corroídas y su significado perdido. Los esqueletos desprovistos de toda carne se mezclan abiertamente con piedras y polvo, liberados de los deberes de la vida.

En efecto, el ideal de la necrópolis parece ser la aniquilación. Por todos lados las cosas borran o disimulan su existencia, buscando una máscara de sombras o un velo de pálida luz ondeando sobre sus superficies desfiguradas. Pero su lucha por la oscuridad sigue siendo tan sólo una cuestión de forma… una invasión de vitalidad aún amenaza a las ruinas de ciertas ciudades. Y aunque puede llegar bajo distintos disfraces, el resultado será el mismo: una nueva génesis.

Justo antes del momento de revivificación puede tener lugar una repentina oscuridad que envuelve a la ciudad muerta, y en la oscuridad grandes relámpagos de luz crean la apariencia de que las cosas se mueven. Puede aparecer tan sólo una niebla frágil que flota entre las ruinas y penetra en todas y cada una de sus grietas. O puede que no haya nada en absoluto, o nada que pueda ser contemplado. Y, sin embargo, siempre ocurre que algo comienza a agitarse donde, hasta entonces, todo había permanecido inmóvil. Entonces parece que los esqueletos han roto el silencio con gemidos de vida y que hasta las propias piedras emergen de su sueño. Y otras cosas se unen en este despertar, mientras los viejos sueños se hunden en el océano de la desmemoria y las ruinas son recreadas con un nuevo semblante.

La fuente de esta resurrección venidera podría seguir siendo desconocida, y sus propósitos permanecer ocultos en los confines más remotos de la creación. Sin embargo, jamás ninguna fuerza ha logrado resistirse a la acción de este misterioso hacedor de nuevos mundos, al igual que no se permite que ningún mundo perdure en su grandeza. Porque a nada se le permite un rostro a menos que éste sea tan sólo una máscara sin un alma constante; a nada se le permite una máscara a menos que esta pueda marchitarse y finalmente ser arrancada de su rostro. Y sólo sobre estas verdades todas las cosas podrán prosperar en las grandes cadenas de ese extraño e interminable sueño, y florecerán —por así decirlo— en la misteriosa atmósfera de

devastación.

Porque allí donde el misterio sirve de cimiento, sólo ruinas pueden ser erigidas. Allí, toda estructura es secretamente arrasada al erguirse, porque debajo yacen los ondulantes sustratos y una forma de vida extraña que no se mezcla con ninguna otra. Sin embargo, aún es más sorprendente que tampoco tolere durante mucho tiempo la dignidad de un deterioro pintoresco, y por ello se arrastra eternamente por ruinas desoladas de ciertas ciudades para profanar el sueño de éstas. Entonces las ruinas resucitan con nuevas formas, el decorado se alza en otro escenario, caras alegres pintadas sobre actores muertos con las extremidades atadas con cables.

Pero el propio misterio permanece guardado, su vida sellada lejos de su creación. Y en un mundo que simplemente parece poseer una vida propia, desfilan figuras en un estado de terror que es inmortal, inmutable y que perdura a través de todas las fases de un fatídico suplicio, como su único e inviolable derecho de nacimiento.

La ecuación interminable

TRAS calcular nuestro número de días en este mundo, todavía tendríamos que multiplicar este total varias veces para incluir nuestros sueños… esos días *dentro* de nuestras noches. Varias vidas más deben ser añadidas, incluyendo aquéllas en las que los muertos continúan viviendo y aquéllas en las que los vivos están muertos; aquéllas en las que sucesos tan triviales como una risa inocente adquieren una profunda importancia y aquéllas en las que los acontecimientos más sorprendentes no tienen ninguna en absoluto; aquellas que se tornan sumamente extrañas por poderes sobrenaturales y aquéllas en las que la propia magia parece algo cotidiano; aquéllas en las que hacemos de nosotros mismos y aquéllas en las que parecemos ser otra persona; aquéllas en las que todo parece aterrador y dañino y aquéllas en las que la indiferencia es la única nota que suena desde el principio hasta el fin.

Estas contradicciones hacen que nuestros sueños parezcan insignificantes, y esto es lo que hace que sean ignorados en ese cálculo de nuestros días.

Pero todavía quedan aquellos sueños que esperan que lleguen otros sueños cuyos términos y condiciones los anulen. Son sobras de sueños, nuestros días oscuros, que aún tienen que someterse a las matemáticas, y son los únicos que cuentan para cualquier cosa. Y lo mismo ocurre con nuestros días de vigilia. Sólo unos pocos de ellos evitan quedar anulados por la contradicción, ese proceso de anulación que actúa todo el tiempo.

En cualquier caso, ni los sueños ni los días sobreviven mucho tiempo antes de que sus contrarios los aniquilen. Es bastante probable que, en nuestros últimos instantes, no quede nada hacia lo que echar la vista atrás y contemplar como nuestra vida.

Pero ¿perdurará este mismo vacío, o será también anulado por alguna forma de existencia inviolable e insospechada, terminando finalmente en una especie de doble inconsciencia?

El espejismo eterno

LAS ilusiones luchan contra ilusiones.

Y en el extenso silencio de aquel paisaje nada se asienta ni es definitivo, a excepción de la imagen de infinidad presentada por las estrellas y la negrura que parece extenderse inmensamente allá arriba. Y es que abajo, cualquiera podría jurarlo, se extiende otra negrura, un altiplano de ébano interminable cuya superficie es como de piedra pulida. Allí parecía que el cielo había lanzado estrellas, colocándolas dentro de la brillante oscuridad del mundo inferior para que este pueda contemplar desde lejos estas refulgentes reliquias, titilantes desechos de su antiguo tesoro, los restos brillantes de sus sueños.

Así pues, tanto arriba como abajo se puede contemplar el parpadeo de estas motas luminosas, cuerpos temblorosos cautivos en la red intacta de negrura. Y la propia red abismal parece temblar; y es que nada allí está en paz o seguro en su naturaleza. Incluso el vacío que separa la luz de la estrella de su reflejo sobre la gran llanura cristalina es un vacío de imitación. Porque, tras haber convertido la tierra en su espejo, el cielo ya ha mirado durante demasiado tiempo y demasiado profundamente, penetrando en sí mismo y abrazando sus propias visiones, saturando la distancia entre la cosa y su simulacro. Todo espacio es virtual; el infinito es una ilusión. Allí, en aquel paisaje, una dimensión ha muerto, aniquilando la profundidad y dejando tras de sí tan sólo una refulgente imagen que parece flotar a lo largo y ancho sobre la superficie infinita de un océano negro.

Y se cuenta que este océano es en sí mismo simplemente un fantasma refulgente atisbado por ciertos ojos… ojos que pueden ser vistos mientras se deambula por las calles de extrañas ciudades… ojos que son como dos estrellas enterradas profundamente en un espejo negro.

El orden de la ilusión

LE parecía que los viejos misterios habían sido creados para otro universo, y no para el que él había llegado a conocer. Sin embargo, no había ninguna duda de que en otro tiempo le habían impresionado profundamente. Ebrio de asombro, del mismísimo crudo asombro, podría no haberse apartado jamás del filo dorado blandido en alto por manos ensangrentadas, de la máscara con siete ojos, el ídolo de las lunas, de la ceremonia llamada la Noche de la Noche, junto a otros ritos de iluminación y todas las inmemoriales doctrinas derivadas de sus frenesís. ¿Cómo es posible que le fallaran? ¿Cuándo fue la primera vez que se sorprendió a sí mismo impacientándose con su música y sus rotaciones, cuándo tuvo lugar el primer momento en el que contempló estos misterios y descendió hasta otra clase de asombro?

Antes de que se descubriera su decepción, se marchó y regresó a su antigua secta. Sin embargo, no perdió ni un minuto en tratar de encontrar una nueva. Desafortunadamente, se planteaban los mismos problemas en todas ellas: todas, desde su punto de vista, quedaban anuladas por sus propias profundidades y por un conjunto de misterios que no alcanzaban a romper la superficie del alma insondable, no lograban mirar de frente a las cosas. Todos estos misterios condenaban así todo lo que quedaba fuera de ellos como algo trivial, mereciera dicho destino o no. La injusticia era su esencia y su poder. ¿Se habían creado estas rutinas de iluminación realmente para un universo no socavado por la farsa y la confusión? Pero incluso soñar con un lugar de esas características resultaba inútil, especialmente cuando él podía concebir un plan más ajustado a sus propósitos. Estos propósitos implicaban ni más ni menos que la invención de un culto, sin duda un culto solitario, más ajustado a su visión profana.

Se propuso localizar un lugar de veneración, un emplazamiento abandonado, viejo, aislado y decrépito. De hecho, tenía muchos lugares entre los que elegir y, por un método de selección completamente arbitrario, pronto logró instalarse en uno de ellos. En esta estructura sobrenatural —tejado desmoronado y maltrechas paredes— se atrincheró con los fetiches de su nuevo credo. Éstos consistían en cualquier cosa que pudiera encontrar y que tuviera un aura divina de desuso, de incumplimiento, de desesperanza y desintegración, de grotesca imbecilidad y sinsentido. Tenía expuestas muñecas con las caras rotas en los rincones y sobre pedestales desmoronados. Arrancó de raíz flacos árboles sin vida de sus tumbas naturales y los trasplantó a las losas agrietadas del mosaico del suelo; luego colgó lámparas con gruesas tulipas de cristal verde con cadenas oxidadas desde el techo, y las marchitas ramas de los árboles se bañaron de tonos de moho lívido, así como los rostros de las muñecas y las de varias criaturas momificadas, incluyendo dos abortos humanos que flotaban en tarros en extremos opuestos de un altar recubierto con harapos. Sus vestiduras también eran harapos, y los bordes a jirones se agitaban como hojas muertas a punto

de caer. De pie frente al altar, elevó los brazos sobre algo que humeaba, que eran sus propios excrementos secos sobre un plato manchado. Paseó la mirada por el bosque muerto del cual él era el rey, por las quebradizas ramas retorcidas (algunas de las cuales estaban adornadas con muñecas colgantes y otros adornos), por todos los distintos materiales de desecho que había añadido a su colección, y finalmente por las verdes aguas de aquellos dos tarros ocupados que brillaban sobre los andrajos del altar, y separó sus labios para hablar, y no dijo… nada. Tan abstraído estaba por una truculenta satisfacción: su viejo asombro había quedado asolado y su hambre por farsas saciado.

Pero esta satisfacción no duró; ¿cómo podría? La ilusión lanza su invisible resplandor sobre todas las cosas, sin importar a qué niveles de envilecimiento se haya tenido que recurrir para ganar. Daba igual lo que pudiera parecer, más pronto o más tarde se mostraría en su grandeza. Así pues, gradualmente, el patético mundo sin brillo que había creado y que se había esforzado por mantener bajo, se había elevado rebeldemente por encima de su decrepitud superficial y se revistió de una especie de grandeza ante sus ojos. Las extremidades desnudas de lo que en otro tiempo fueron árboles y que ahora eran objetos vacíos, abstracciones huecas ridiculizadas por el sarcástico verdor de las verdes lámparas, sufrieron una transfiguración y heredaron la versatilidad de todos los símbolos y la dignidad de un sueño. Cada una de las muñecas desfiguradas, imitaciones viles y dementes de la pesadilla humana, abandonó su maldad y se revelaron como las protectoras de innumerables misterios inefables y una miríada de encantamientos secretos. Y los cadáveres precoces sobre el altar ya no flotaban inútilmente, embalsamados en sus úteros de nebuloso cristal, sino que planeaban serenamente en encalmadas brazas de infinito asombro.

Fracasaron sus esfuerzos por despojar de sus galas a los objetos y sucesos, y existir sólo en el bálsamo de la desolación. El experimento tan sólo había posibilitado el descubrimiento de un estrato más profundo de la valía en las cosas. Y tras haber revelado este sustrato, sus ojos comenzaron a devorar sus tesoros con todo su salvaje asombro. Todo comenzó a estar sometido a una farsa no creada por él, y a un ataque de confusión que amenazaba con profanar su precioso mundo de muerte y muñecas. ¿Pero es que había quizás un origen más profundo de esa farsa y confusión que pudiera ser exhumado bajo la engañosa riqueza que tan rápidamente había agotado? Si así era, a estas alturas él no poseía la ambición suficiente para averiguarlo. Derrumbándose sobre el destrozado mosaico del suelo, desplomándose bajo los ahora bonitos árboles con muñecas colgando, yació miserablemente en el ropaje andrajoso de la desesperación durante todo un día y hasta bien entrada la noche.

Pero cuando se aproximaban las horas más tardías de la velada, le inquietaron unos sonidos distantes. Había estado alejado de su antigua secta tanto tiempo que, al principio, no reconoció el peculiar clamor de la ceremonia llamada la Noche de la Noche. Cuando salió al frío aire del exterior de su solitario templo, contempló la rotación de sombras sobre la cima de las colinas. ¿Cómo podían persistir en su

locura?, se preguntó. Sin embargo, por razones que están más allá de toda explicación, se unió a ellos.

Y ellos le dieron la bienvenida, porque pudieron ver las terribles experiencias por las que había pasado, los poderes que había ganado. Él, por otro lado, no sentía nada; pero devoraba con facilidad todos los honores que se le ofrecían: éstos eran el único sustento que quedaba que satisfacía su hambre por la farsa. Y cuando le ofrecieron los accesorios de sumo sacerdote, no pudo reprimir una sonrisa mientras contemplaba el amplio y muerto cielo.

Ahora son sus manos ensangrentadas las que sostienen en alto el filo dorado, es suyo el rostro tras la máscara de siete ojos. Y es él quien se yergue en ropajes brillantes ante el gigantesco ídolo de las lunas, temblando en todo momento por el asombro.

THOMAS LIGOTTI, «el secreto mejor guardado de la literatura de horror contemporánea», según el Washington Post, nació en Detroit en 1953 y estudió en la universidad estatal de Michigan. Ha trabajado como editor asociado de la editorial Gale hasta 2001, año en que fijó su residencia en Florida. En 1996 reunió los mejores relatos de sus tres primeras colecciones de cuentos (*Songs of a Dead Dreamer*, 1986; *Grimscribe: His Lives and Works*; 1991; *Noctuary*, 1994) en el volumen *The Nightmare Factory*, que recibió el premio Bram Stoker a la mejor colección de relatos. En 2006 publica *Teatro Grottesco* y, finalmente, en 2010, el inclasificable *The Conspiracy Against the Human Race*, una extraña combinación de guía literaria, tratado de filosofía nihilista y libro imaginario (extraído de su relato «The Shadow, the Darkness»). Descendiente en línea directa de Edgar Allan Poe y Howard Phillips Lovecraft, con quienes compone la insana, justa y necesaria Trinidad de la moderna Literatura Fantástica y Extraña, Thomas Ligotti es un escritor de ficción sobrenatural sin excusas ni condiciones, devenido ya en un clásico.

Notas

[1] *Weird Fiction*, en el original. Traducimos por «ficción de lo extraño», por cuanto Ligotti alude a un tipo de ficción que desvela la experiencia de lo extraño, de lo insólito, sea o no sobrenatural. Como comprobará el lector, en todos los cuentos de Noctuario la experiencia de lo extraño está en el corazón mismo del relato. (N. de la T.) <<

[2] En el original «worshipants»; es un término acuñado por Ligotti, que parece combinar «supplicant» (suplicante) y «worshipper» (adorador, devoto), y con el que se refiere a los seguidores de un culto descrito en su cuento «Nethescurial». (N. de la T.) <<

[3] En el original: «Neither this nor that nor gloom of night». Hace referencia al lema no oficial del U.S. Postal Service: «Neither snow nor rain nor heat nor gloom of night stays these couriers from the swift completion of their appointed rounds». Esta inscripción se podía encontrar en las oficinas generales del servicio postal en Nueva York, y fue tomada de las Historias de Heródoto sobre las campañas de griegos contra persas. Los persas poseían una red de mensajeros postales montados y la frase describe su lealtad a la labor encomendada. (N. de la T.) <<

[4] En español en el original. (N. de la T.) <<